

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

MANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 19 - 25 diciembre 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 316

**CAMBIA LA MUJER,
CAMBIA ESPAÑA**

**DE NORTE
A SUR Y DE ESTE
A OESTE, UN NUEVO
RITMO EN LA VIDA
FEMENINA**

OFENSIVA EN EL FRENTE DEL "MCCARTHYSMO"

El «cazador de brujas» declara la guerra a la Casa Blanca, por M. Blanco Tobío (pág. 19)
EL PROBLEMA DE LA CIRCULACION

Es necesaria una reglamentación que garantice la seguridad de los automovilistas y de los peatones (pág. 32)
Carta del director a don Miguel Utrillo (pág. 9) ● Emigrantes españoles a los Estados Unidos (pág. 10) ● Casi cien novelas en busca de la fama. Información sobre el premio «Elisenda de Moncada», por nuestro enviado especial Diego Jalón (pág. 13) ● Ciencia y política de la población, por José Ros Jimeno (pág. 18) ● La vida de los hermanos Angel y Sebastián Miguel, campeones de golf, por Enrique Ruiz García (pág. 22) ● Entrevista con León Degrelle, por Jiménez Sutil (pág. 27) ● «Abismos de papel», un libro no escrito en balde (pág. 47) ● Simone de Beauvoir, Premio Goncourt 1954 (página 49) ● La leyenda popular de San Cugat del Vallés, por F. Salvá Miquel (página 53) ● Antonio Buero Vallejo, fabulista de este siglo; una entrevista con el autor de «Irene o el tesoro», por nuestro redactor José María Deleyte (pág. 56)

LA NOVELA DE SUS VECINOS
Novela por Pedro de Lorenzo

ASTURIAS NO HAY ALDEANAS

En la página 3, con un reportaje desde Asturias de nuestra enviada especial María Jesús Echevarría, se inicia una serie de trabajos sobre la evolución de la mujer en las distintas regiones españolas



UNA MARCA DE PRESTIGIO MUNDIAL PRESENTA SU MODERNA

Crema dental



Con ANTIENZIMICO ACTIFOAM, el nuevo ingrediente espumoso que limpia los dientes y combate las bacterias.

- **FORMULA CIENTIFICA** recogiendo los más recientes descubrimientos de Laboratorio, contrastados por la más rigurosa experimentación.
- **CALIDAD** de las materias primas, rigurosamente seleccionadas, sometidas a los más modernos procedimientos de elaboración.
- **PODER ANTISEPTICO** de sus aceites esenciales, los mismos empleados en el Antiséptico LISTERINE
- **ACCION DESODORANTE** por eliminación de las bacterias que producen la fetidez de aliento.
- **LIMPIEZA PROFUNDA** con ACTIFOAM, la espuma activa que penetra profundamente eliminando las más pequeñas partículas alimenticias.

LISTERINE



Complemente la higiene buco-faríngea con el famoso Antiséptico LISTERINE que mata en 15 segundos 200 millones de los llamados microbios de superficie.

Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid



Estas muchachas de Llanes componen una estampa tradicional. Pero a veces las apariencias engañan. Es el día de la fiesta, y del fondo de los arcones se sacaron los vestidos de la abuela. Aunque el anacronismo es inevitable: media de cristal y zapatos de tacón alto.

EN ASTURIAS NO HAY ALDEANAS

Cambia la mujer, cambia España

HUMO y niebla. Los altos picachos grises son como torres de rústicas catedrales. Buía una vez más la locomotora, y con un último esfuerzo culminamos el puerto de Pajares: ya vamos de cara hacia el corazón de Asturias, hacia toda esa verdura tan escasa en Castilla. Hacia el cielo gris y el «orbayú».

De momento no llueve. Pero lloverá. Así lo aseguran los técnicos que viajan en mi mismo departamento. No hace frío y el cielo está cubierto. Ambas cosas son síntomas ciertos de que tendremos que usar el paraguas al llegar a Oviedo.

—Aquí este artefacto es lo primero—me dice alguien, señalándome la gabardina.

¿ES QUE NO HAY ALDEANAS EN ASTURIAS?

A través de la ventanilla yo miro y remiro. Contemplo los pliegues de esta coquetona Asturias, preparada para recibir al viajero, vestida de «belén». En realidad busco una mujer. Busco ansiosamente a la primera mujer asturiana. Quiero captarla desde la ventanilla para describir aquí sus maneras, su vestido, su mirada vaga contemplando el peso del tren. Y como querer puedo que-

AUNQUE no pueda aceptarse literalmente el antiguo aforismo que atribuye a las mujeres la creación de las leyes, por ser ellas las modeladoras de las costumbres, es cierto que tomanco el pulso a la vida femenina obtenemos uno de los datos más reveladores sobre el signo y la trayectoria de una sociedad y de un tiempo. Guiados por este pensamiento iniciamos en este número una serie de reportajes que, bajo el título general «Cambia la mujer, cambia España», van a recoger la nueva palpitación y el nuevo ritmo a los que se ajusta la vida de las mujeres españolas de nuestro tiempo. Nueva palpitación y nuevo ritmo, cuyo seguro compás se apoya en una firme tradición de vida particular y familiar inspirada en las mejores virtudes: el sentido de la mejor laboriosidad y el sentido de la honestidad mejor.

La mujer española es una mujer alegre y buena, dinámica y eficiente, que ha ampliado su círculo de acción, que se ha lanzado a escenarios de los que antes solía estar ausente, porque así lo exige el momento. Pero que cumple su tarea sin olvidar su papel de perfecta compañera, sin dar codazos varoniles, de mal gusto, a su pasó por el mundo.

rer muchas cosas, he dado en desearla también campesina. Me la he imaginado ya con sus grandes faldamentas, erguida sobre el prado, al lado de dos o tres vacas.

Y ni una sola encuentro.

—Es que es muy temprano, señorita —vuelven a confiarme los del vagón—. Las mujeres aquí no tienen que madrugar tanto como en Castilla. Ya verá, ya verá cómo dentro de un rato se harta de ver asturianas.

Hartarme, no. Pero es cierto que veo muchas. Infinidad de mujeres, de muchachas, salen al paso del tren. Algunas están en las estaciones, suben al vagón o andan por la carretera con su cántara de leche graciosamente colocada sobre la cabeza. Pero la mía, mi campesina asturiana, la que yo tenía en el magín, esa no llega. Ninguna de las que he visto tiene como ella unas grandes faldas en torno a la cintura ni se



Las fábricas son el lugar de trabajo de cientos y cientos de mujeres asturianas. La fábrica de sidra de Villaviciosa absorbe buena cantidad de brazos femeninos



La vuelta a casa después del trabajo, a través de los majales, es alegre. Ese par de sonrisas lo demuestran.

ata un pañuelo al típico modo que yo he visto algunas veces en los folletos de turismo. Todas las que veo visten rebecas de colores, abrigos flojos. De entre las necesarias madreñas crece una transparente media de cristal.

—Pero estas... estas mujeres... ¿no son aldeanas! ¿Es que no hay aldeanas en Asturias?

LO QUE HACE PETRA

Pues, no. No hay aldeanas en Asturias. Quiero decir aldeana en el sentido tradicional de la palabra. Existe, eso sí, la mujer que vive en la aldea, la mujer que está en continuo contacto con el campo. Pero a esta mujer, a esta muchacha es difícil distinguirla

de las que en Oviedo se pasean por la calle de Uría. Para encontrar una aldeana al modo tradicional es necesario llegar hasta el Concejo de Caso o viajar en dirección a la raya de Galicia.

—Por aquí sólo las «vieillas» vistense con refajos. A «les moxes» bien que nos gusta ir alguna vez a la temporada por Oviedo o Madrid a comprarnos nuestras cosas.

Petra vive en Lugones y yo hago amistad con ella en el auto de línea. Es franca y simpática, como todo el mundo nacido en esta generosa tierra, y me basta tirarle un poco de la lengua para que me cuente cosas que me interesan.

—¿Usted no trabaja en el campo, Petra?

—No. Trabájanlo mis hermanos. No nos da mucho que hacer y solamente ayudo en la recogida de la hierba.

—Entonces, ¿no trabaja?

—¡Ah, sí! ¡Ya lo creo! Que remediu... Bajo a Oviedo para aprender a coser y a bordar. Ahora diónos a las mujeres de estas tierras por aprender algún oficio. La mayoría de «les moxes» de Pola de Siero están aprendiendo en Oviedo en algún taller de modistas.

Petra se sabe todos los nombres y todos los ejemplos. Sabe quién ha puesto ya un taller por su cuenta, y a quién le va bien bordando sábanas y mantelerías. «Se gana mucho», me dice. Porque eso sí, la mujer asturiana es una mujer «echada para adelante», emprendedora. Si ve algo que desea trabajar para lograrlo. Si sabe de alguien que mejora, ayuda o dispone para que los suyos mejoren también.

Como que a la mujer asturiana no se la concibe exclamando:

—¡Si yo tuviera!...

LOS VISILLOS DE UNA VENTANA

El espíritu amplio de la asturiana se pone de manifiesto en todos los aspectos de la provincia. Por ella también el sistema económico asturiano es más arriesgado. Pero esta transformación de la mujer, esta revolución de forma, se ha realizado a partir de la guerra. Pongamos por ejemplo el pequeño pueblo de Sebares, entre Infiesto y Arriondas. En Sebares, hace años, la chica soltera era una simple moza que vestía todavía de aldeana, que cuidaba de las vacas y no venía a Oviedo. Hoy Sebares tiene una fábrica de mantequilla y quesos. La vida ha tomado otro ritmo y la mujer se ha plegado a él. Trabaja de otra manera, y con el producto de su trabajo puede y sabe vestirse como en cualquier ciudad. Y en cualquier villa de esta zona oriental, el tono de la vida femenina tiene una altura y distinción extraordinarias.

Arriondas, por ejemplo, tiene sólo unos pocos miles de habitantes, pero un domingo, a la salida de misa, las mujeres que pasean por la calle de José Antonio van vestidas como pueden ir a la misma hora las madreñas de la calle de Serrano.

La mano de la mujer se revela, además, en tantos y tantos detalles caseros: higiene y limpieza son el común denominador de los hogares asturianos. El cuarto de aso es normal encontrarlo en las casas, cuando no el cuarto de baño. El confort hogareño mejo-

de día en día. Y si bien Asturias es muy varia, y toda regla puede encontrar excepciones, son esta limpieza y esta «coquetería» de la casa una de las cosas que más llaman la atención al llegar a ella. La mujer parece haber estado cuidando, para solaz del viajero, los blancos y almidonados visillos de sus ventanas.

UN AXIOMA BIEN FACIL

No sólo trabaja aquí la mujer en el campo. En primer lugar porque la agricultura de esta provincia tiene un caracter complementario, y ni el maíz ni la hierba absorben todos los quehaceres; si es caso, algunas semanas de trabajo al año. Pero ¿qué hace la mujer el resto del año?

Trabajar. Las grandes fábricas son el lugar de trabajo de cientos y cientos de mujeres. Las mujeres embalan, empaquetan, manejan una máquina. La Algodonera de Gijón y la Tabacalera de la misma ciudad, como la fábrica de sidra de Villaviciosa y la Siderúrgica de Avilés han absorbido una inmensa cantidad de brazos femeninos.

La mujer soltera ya no encuentra dificultades de índole social que la impidan trabajar.

—Fulanita está trabajando... ¡Fíjete! Deben estar en la ruina.

Estos eran los comentarios de antes. Los comentarios de los retrogrados, de los inútiles «señoritas de pueblo», especie —gracias al cielo— a extinguir. Hoy en día se considera como envidiable la posición de una mecanógrafa, de una secretaria. Las muchachas de los últimos rincones de Asturias han despertado. Es ingente la cantidad de chicas de todos los rincones de la provincia que llegan a Oviedo para prepararse: Máquina, idiomas, Magisterio, bachillerato y Universidad en las de más aspiraciones. Nada le está vedado a nadie. No existen cotos cerrados. El axioma es fácil: Toda asturiana puede llegar a donde llegó antes otra asturiana.

«VIELLAS» Y JOVENES

Estoy en la pintoresca región de Pilofia. El pequeño prado, los oscuros setos son del dominio absoluto de la pacífica vaca familiar.

—Aquí todo el mundo tiene un «pradino» y dos «vaques» —me decía el otro día Carlos Cabal, de la Delegación de Información y Turismo.

Y es cierto. Por pequeño que sea, todo el mundo tiene su porción de tierra y sus vacas que sacar a pasear al atardecer. Las grandes «tenadas», dispuestas en las cercanías de la casa, parecen guardianes o espantapájaros.

—¿Habitación? Pase, pase...

La «viella» que me abre la puerta, me atiende solícita. Es luego, a la hora de la cena, cuando le pido permiso para entrar en la cocina a calentarme. La mujer va y viene, se mueve en la cocina con prosopopeya, y para cada cosa encuentra su ritmo. Parte, por ejemplo, la cebolla sobre la gran mesa de madera, con un movimiento ágil e igual, sin alzar nunca de la tabla un extremo del cuchillo. Pela tomate, dispone unos fritos...

—¿No la ayuda nadie, abuela?

—Cuando vengan, pero no las

necesito. Ellas están mejor en su fábrica.

—¿Hay fábricas por aquí?

—De quesos y mantecas. Todas las chicas quieren irse a trabajar a ellas.

—No eran las cosas igual en sus tiempos, ¿eh, abuela?

—No, ¡qué iban a ser!; pero están mejor como están. Ahora, «les mores» ganan más. Antes... ya se sabía: a servir. Yo estuve en mi época sirviendo en Oviedo. Nos íbamos porque no se podía hacer otra cosa aquí en el pueblo. Sólo contemplar el «pradino» y ver llover desde dentro de la casa. El dinero no sobraba.

Hasta la gente acomodada dejaba en aquellos tiempos a sus hijas marchar a servir. A veces, el faltar la hija, metían un criado que supliese a la hija que marchaba. Porque la inquieta muchacha no podía soportar el lento caer de la lluvia sin hacer nada. Igual pasaba en Perres de Llanes, etc. Servir era toda la aspiración de las chicas. El caso era marchar, huir del pueblo, viajar aunque sólo fuese unos kilómetros.

Actualmente es muy difícil encontrar en Asturias chicas que quieran servir. Eran muy apreciadas las chicas de las cuencas mineras, pero ya no quieren bajar a servir a Oviedo.

—Mientras haya fábricas...

Son las fábricas de hierro—La Felguera, Mieres, Moreda de Gijón—las que reúnen en su torno gran cantidad de mujeres. De las cuencas del Nalón y del Caudal, sólo las chicas que no encuentran un quehacer en las industrias que nacen en su región van a Oviedo o a Gijón a servir.

SE MULTIPLICAN LOS RECURSOS

La mujer aquí es una mujer de recursos. Si no se enfadaban los asturianos, me atrevería a decir que la mujer aquí es la que impulsa al hombre. Ella, como madre, como esposa, hermana o hija, no se ha opuesto jamás al progreso, aun a costa de su sacrificio. Deja emigrar al hijo, si sabe que eso ha de reportarle un beneficio. Ve desplazarse al marido de una fábrica a otra, con tal



La ovetense de hoy día. Elegancia y dinamismo. ¿Dónde está la lánguida «señorita de provincia» que inventó el tópicos?

de ganar más cada día. Aunque lógicamente prefiera tener al marido o al hijo cerca.

Es por esto por lo que a esta mujer no le faltan jamás recursos e ideas. Si es necesario ir a trabajar a la fábrica, va. Si no es necesario para la economía familiar, también. Como digna hija de Eva le gusta arreglarse y presumir. Su ambición es digna.



Las mujeres son mayoría. Un aspecto de la calle de Uría, de Oviedo, centro de la vida de la capital asturiana

**CENTRO DE CULTURA
POR
CORRESPONDENCIA
ACADEMIA**

CCC

APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

INGLES FRANCES ALEMAN

LITERATURA INGLESA - LITERATURA FRANCESA

POR EL SONIDO Y LA IMAGEN

Cursos fonobilingües

Poliglophone

CON DISCOS (corrientes o microsuroco)

SIN DISCOS

La eficacia de nuestros cursos de idiomas no descansa sólo en el complemento de los discos; la amena distribución del texto, de técnica insuperable, hacen su estudio tan fascinador como un juego científico.

"Obsequiamos con un tocadiscos miniatura"



★ **RADIO** Televisión - Cine Sonoro

★ **COMERCIO**

Contabilidad - Tributación - Cálculo mercantil
Taquigrafía - Mecanografía - Redacción

★ **CULTURA** Ortografía-Lingüística

★ **CORTE**

Curso de Corte y Confección FEMINA

★ **DEPORTE**

Fútbol - Judo - Jiu Jitsu

Aprenda lo que ignora



CORTE O COPIE ESTE CUPON

D.
señas
solicita información **GRATIS** sobre el curso o
cursos siguientes.....

REMITASE A: **CCC** APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

Y si en la región no hay fábricas ni modo alguno de trabajar fuera de casa, entonces viene el recurso. En la región del Suevo, cada familia se las arregla como puede para mejorar. Atienden el campo, se dedican a bajar la leche con una bicicleta. Al año siguiente han comprado una camioneta vieja y destartada, pero que sirve muy bien, para ampliar el negocio y bajar más cántaras de leche y más paquetes. El precio también se puede ampliar un poco... Esta es la vida, la preocupación de la asturiana... mejorar. La madre, la hermana trabajan junto a los hombres de la casa. Descargan. Preparan la comida para el que pueda subir en la camioneta. Quizá algún día se pueda hacer allí un merendero...

LA TEORIA DEL «CALCETO»

A la «viella», a mi «viella» de Piloña, le llega el cambio un poco tarde. Ella ya pasó su vida de trabajo y de servidumbre. Pero le gusta lo que llega.

—Fué ella la primera que quiso que se trajese una radio a casa.

La tenían ya en la casa de los vecinos y ella quería tenerla también. Así se distrae. ¡Poco que presume ella con la radio y con la nieta que tiene estudiando en Oviedo!...

A las asturianas viejas, por regla general les entusiasma lo nuevo. Anciana ha habido que se ha empeñado en adquirir una araña de cristal que había de ser colocada en un sitio en el que no había de servir para nada.

Esto de *comprar, adquirir*, gastar, es algo que a la mujer de esta provincia le viene de casta. Comprar lo más nuevo y lo mejor, adquirir cuanto más se pueda. Ahorrar no se ahorra mucho en Asturias. Se gasta tanto como se gana. Cuanto más gane una familia, más gastará.

—Preferimos tener un «calceto» más flaco de ahorros y vivir lo mejor posible a tener el «calceto» bien lleno y llevar una vida mísera.

Todo cuesta dinero: el baño, la radio, los vestidos nuevos. A nuevo ingreso, nuevo gasto.

En Avilés intento que Lolina una empleada de la Siderúrgica me dé en una frase el resumen de la economía de la moza asturiana:

—Es sencillo: lo del «pradino» para comer, lo de la fábrica para vestir.

Si que es sencillo, Lolina. Y con esto me has ayudado también a comprender por qué la gábardina que me gustaba la encontré ayer paseándose en las afueras de Villaviciosa.

COMERCIO PARA LA MUJER

Con todo esto, fácil es comprender que el comercio y la industria en Asturias estén en auge. La mujer ya no practica una economía cerrada, sino que sale a comprar sin fabricar lo que haya de necesitar en casa.

Para ella están puestos los escaparates de la calle Uria, los elegantes comercios de Gijón o los del centro de Avilés. Para ella están preparadas todas estas cosas minúsculas, a veces perfectamen-

te inútiles, pero deliciosamente femeninas, de las perfumerías. Y si las ciudades están abarrotadas de perfumerías, por algo será. Las tiendas de moda, las casas de artículos de cuero llenas de bolsos y de estilizados paraguas, se apiñan en el centro de la ciudad, se desparraman por los alrededores. Y allá en las afueras, donde nadie espera ver sino una tienda de comestibles o una lechería, están la mercería con aspiraciones de perfumería de lujo, el comercio de telas que hace su agosto en la barriada.

Y hay más, muchas cosas más que indican que la actividad de la mujer y su influencia en la economía es constante. Oviedo está llena de casas de artículos eléctricos. Y el 90 por 100 de los artículos eléctricos que se expenden son cosas para el confort del hogar. La batidora, la lavadora o la cafetera eléctrica, son cosas todas ellas para el ama de casa. Si los objetos de este tipo se multiplican en los escaparates de los comercios asturianos, quiere decirse que el ama de casa asturiana está muy lejos de ser una adocenada matrona.

«QUE TENGA UN OFICIO»

Hagamos, pues, un hueco, un lugar de honor diríamos mejor, para el ama de casa de la provincia.

Quizá se puede pensar que con este sistema de trabajo, la mujer está menos y se dedica menos al hogar. Y ocurre todo lo contrario. Es ahora cuando la mujer permanece más tiempo dedicada a la casa. Incluso la mujer soltera más dedicada al trabajo se dedica más a las tareas domésticas. Antes, debía salir de la casa paterna para ir a servir. Hoy vuelve todas las tardes a su casa. Queda tiempo aun de sentarse a escuchar la radio tejiendo lanas de colores.

La mujer casada, en la región de Navia, sale mucho menos al campo, al ser la economía bastante más fuerte que lo era con anterioridad. Ya no hace aquel caldo que se cocinaba de una vez para tres o cuatro días, a veces más, con objeto de no volver a casa y permanecer el mayor tiempo posible trabajando. En la actualidad, si se hace esto es una vez al año, en la segunda quincena de julio o primera de agosto. El quehacer del resto del año se reduce a dar de comer al ganado. La mujer puede incluso montar su pequeña industria de cecidinas o de modistería. Los hijos, que trabajen, que tengan un medio de vida.

El mayor afán de la madre asturiana es que el hijo tenga una carrera. O cuando menos, un oficio. Pero que tenga un medio de vida.

UNA MUJER AUTENTICA

El ir y venir de la gente por la calle de Uría, en Oviedo, me arrastra a mí también. En la acera del parque de San Francisco está instalado el obligado paseo de jóvenes y jovencitas, quienes al llegar a la llamada «Escandilera», vuelven sobre sus pasos. Las capas negras y las cintas de colorines de la «tuna» de Barcelona, acaparan la atención de las ovetenses. La mía la acaparan estas ovetenses precisamente. Chicas altas, espigadas; señoras maduras, estudiantes cargadas de libros, todas pueden ser la mujer asturiana que yo buscaba desde el tren, camino de Mieres. Yo quería un prototipo, alguien a quien describir y distinguir por su ropaje, por su dulce acento, por las terminaciones en «ino». La mujer que yo me traje de Madrid en la imaginación era poco menos que una muñeca de Feria de Muestras. Y me he encontrado con ésta.



Una asturiana de otros tiempos. La «vieja» atiende a la casa mientras las jóvenes trabajan en el campo o en la fábrica

Es la mujer que vende en la perfumería de la esquina guantes y pañuelos, es la que maneja una máquina de escribir o un instrumento complicado. La chica del laboratorio con su bata blanca; la modistilla, que en estos días rebulle celebrando su Patrona y trajo de cabeza a todo Oviedo con su alegría; la estudiante de la Universidad que termina la carrera o que acaba de llegar desde el último rincón de la provincia.

Esta es la mujer asturiana que veo. Y la que verdaderamente interesa.

María Jesús ECHEVARRIA
(Enviado especial)

LA EMPRESA DE TODOS

«Nuestro Movimiento comprende a todos los españoles», ha dicho Franco en su reciente discurso a los jóvenes vencedores del Concurso de Formación Profesional Obrera.

No ha de ser la grandeza de España, ni su seguridad política, ni su estabilidad económica ni, en consecuencia, el bienestar de la comunidad nacional obra y empeño exclusivamente de minorías. En el profundo contenido del Movimiento, en su doctrina y en su estilo caben las aspiraciones de todos los españoles, sin diferencias ni distinciones sociales.

«Había que suprimir en España todas aquellas diferencias sociales, no las jerárquicas, sino las materiales, que rebajaban a unos y supervaloraban a otros, levantándolos sobre la peana de un señoritismo cerril.»

Y cuando esta meta se ha conseguido, cuando es un hecho la paridad de oportunidades sociales y se han rebasado las distinciones, un mismo lazo común une a todos en la noble ambición que dignifica al hombre: el trabajo.

«Habíamos de convertirnos todos en trabajadores de una empresa común», porque sólo dos caminos existen para llegar a la grandeza de un pueblo: el camino de las horas difíciles, la hora de la audacia y de la tragedia y las horas pacíficas del trabajo callado, de la aplicación constante, del quehacer diario y del perpetuo estímulo en la superación de cada día.

Y este último camino es el que se ha abierto para España hace ya quince años.

La empresa común exige la labor consciente y esforzada, en la que todo conformismo es absurdo, cuando es la perfección la meta de todos los que trabajan en la tarea noble de hacer una Patria más grande y más justa. «No podemos considerarnos satisfechos», ha dicho el Caudillo refiriéndose a lo mucho que ha quedado ya vencido y a lo que quede por conseguir.

Franco se ha dirigido en esta ocasión, como en otras muchas, al Frente de Juventudes, «el instrumento más perfecto para enraizar el Movimiento en el futuro» y cimentar la esperanza de una continuidad sin quiebras en la doctrina y en el tiempo.

«Había que coger la cera virgen de nuestra juventud para moldear con ella los hombres nuevos.»

Toda nueva doctrina basada en esencias de principios nuevos y en fórmulas desconocidas por el frío mecanicismo de otros tiempos exige moldes hechos a este nuevo modo de pensar y de ser. La doctrina de nuestro Movimiento, fundiendo en su política formativa «lo nacional con lo social bajo el signo de lo espiritual», no podrá nunca compartir su realización histórica con los viejos principios de una antigua política decadente.

EL ESPAÑOL

FRENTE AL EQUIVOCO, CLARIDAD

EL discurso pronunciado por el señor Arias Salgado en Barcelona ante los miembros del II Consejo Nacional de Prensa constituye un admirable ejemplo de honradez política e intelectual.

En la mayor parte de los países, cuantos se dedican a las tareas informativas—empresas y periodistas—se desenvuelven dentro de una situación caracterizada primordialmente por la ausencia de una doctrina clara y congruente a la que ajustar la propia actividad profesional. Resulta, por lo tanto, verdaderamente estimulante y alucinador que los españoles dispongamos ya de un sistema de principios, sólidamente establecidos sobre la naturaleza, fines, derechos y obligaciones de la «información», así como sobre las relaciones naturales existentes entre esta institución social y el Estado. Cuando se dispone de una doctrina, toda política progresiva y de largo alcance es posible. Por el contrario, cuando esta normativa doctrinal falta, la política, la acción de gobierno, necesariamente ha de verse afectada siempre por la interinidad e improvisación o por tendencias más o menos miméticas.

He aquí un primer hecho perfectamente esclarecido por el Ministro. Nuestra política de información obedece a un pensamiento orgánico y bien definido, cuya legitimidad filosófica e histórica descansa sobre cimientos absolutamente firmes. Por añadidura, este pensamiento pone de relieve hasta qué punto las ordenadas ideológicas que accionan y regulan la vida más profunda del Estado español, nacido del Movimiento Nacional, son válidas y fértiles para su aplicación concreta a todos los órdenes y actividades sociales del país.

Tanta es hoy la importancia de la función que corresponde a la información, tales son su sustantividad y su fuerza causal en relación con los intereses públicos, con los intereses de la comunidad, que a la luz de los postulados doctrinales que sobre ella se mantengan puede conocerse exactamente si la concepción que se tiene sobre la naturaleza y finalidades del Estado es o no aceptable.

La información no solamente puede ser un auxiliar eficaz del progreso político, cultural, moral y económico de un pueblo, sino que frecuentemente el avance o el retroceso de una nación en cualquier orden puede estar determinado de modo directo y principal por la acción de los órganos informativos propios o de los extranjeros.

Ante esta realidad, que no es de nuestros días, sino que fué siempre así; ante este factor de carácter y funciones eminentemente asociadas, son los derechos de la misma sociedad al logro de los fines para cuya consecución existe lo que el Estado ha de tutelar y la «información» respetar, defender y fomentar.

En el primer plano de estos derechos figura el derecho a que sean la verdad y el bien, y no el mal y el error lo que pueda divulgarse. Se trata sencillamente de que no sean desnaturalizadas las dos facultades más nobles del hombre: su inteligencia, ordenada exclusivamente a la verdad y para la verdad y su voluntad, cuyo único y específico objeto es solamente el bien. En la posibilidad de errar o de obrar el mal no está la perfección y dignidad del hombre, sino precisamente su imperfección. Y por lo mismo la perfección de la ley, del ordenamiento institucional y jurídico radicará no en las facilidades que para el ejercicio del mal y la influencia del error puedan darse, sino en la eficacia y el acierto

con que la verdad y el bien se vean amparados y protegidos.

La obligatoriedad de esta regla básica en la esfera social es indudable y, por consiguiente, ha de representar el punto de partida de todo planteamiento y ordenación de la vida en comunidad y particularmente de aquellos órganos destinados a la difusión del pensamiento.

Estas y otras muchas cuestiones fueron formuladas y resueltas con magistral acierto e innegable solvencia por el Ministro de Información. Es imposible, dentro de los límites obligados de un comentario, la exposición y análisis de todas ellas. Pero importa sobremanera detener la atención en la distinción que establece entre «libertad de expresión» y «libertad de divulgación a través de los medios técnicos».

Era preciso desmontar el equivoco atreado por el liberalismo, un equivoco que tiene su origen precisamente en que identifica ambos conceptos. Los razonamientos del señor Arias Salgado ponen de manifiesto cómo esta identificación es absolutamente impropcedente, ya que en la persona humana hay que distinguir entre «facultades individuales» y «facultades sociales». Su proceso discursivo es de un rigor incontrovertible: «El desenvolvimiento y ejercicio de las unas y de las otras implica lógicamente la existencia de un área privada y de otra zona más específicamente social y pública. Si en la práctica resulta algunas veces muy difícil distinguir el área privada del área donde comienza la proyección pública y social del individuo, puede, no obstante, establecerse como norma fundamental que hemos de considerar ámbito tutelado por el fuero personal todo aquello en lo que no se interfiere la razón de bien común o la defensa de los derechos individuales de uno frente a las posibles extralimitaciones de los otros.»

Dentro de esta zona de autonomía y responsabilidad personal es donde hay que situar la llamada «libertad de expresión», aunque, como muy bien puntualiza, «el ejercicio de esta libertad privada de expresión esté también sujeto a la norma y al límite del Decálogo y la Moral».

Pero esta zona de autonomía personal se ve rebasada cuando esta libertad de expresión incide y se proyecta en el área pública y social mediante el uso público de instrumentos técnicos, imprenta, radio, etc. Auténticamente hace su aparición una realidad distinta, una manifestación nueva del individuo. Nos encontramos ante una libertad civil, ante el hombre ejercitando actividad social, ante el individuo como miembro orgánicamente inserto en una totalidad social, y, por lo mismo, en el área del bien común nacional.

Ahora bien, puede afirmarse que esta nueva realidad, que esta «libertad civil de información» no exige un tratamiento distinto y una regulación distinta a la que pueda regir la simple libertad privada de expresión? Evidentemente el Estado y la institución social de la Prensa han de disponer de los medios y facultades necesarios para que los órganos de difusión cumplan sus deberes y no omitan sus obligaciones en relación con el bien común.

Queden aquí, por ahora, nuestras reflexiones sobre este importantísimo documento que, unido al discurso con que el señor Arias Salgado clausuró el I Congreso Nacional de la Prensa española, ofrece un verdadero y sistemático cuerpo de doctrina española sobre la información.

EL ESPAÑOL

SEÑOR DON MIGUEL UTRILLO

USTED ha regresado de Finlandia, desde donde de mi paisano el cónsul don Angel Ganivet enviaba cartas para los amigos, pues en un país en el que se sostiene tan poca correspondencia, hay algunos españoles excepcionalmente invadidos por la manía epistolar, como un servidor de usted, como don Angel Ganivet, cuyas misivas fechadas en Helsinki se recogieron en el libro titulado «Cartas finlandesas», aparte de las otras cartas más confidenciales y, sin embargo, publicadas en el diario «El Defensor de Granada», pero que luego han constituido el brevariario de estética y granadinismo que se llama «Granada, la bella». Ya había inventado el turismo en Granada el americano Washington Irving y ya esperaba su padre, Miguel Utrillo, al americano de Sitges. Fabuloso y dispendioso señor norteamericano que parece extraído de una novela de Edgard Allan Poe o de un cuento jovial de Mark Twain; porque ha quedado la leyenda sitgetana de que disponía de un criado chino que lo transportaba a la manera de un fardo inerte cuando la saturación alcohólica culminaba en la crisis y porque era fabricante de maquinaria agrícola y acaso debió adelantar con sus productos industriales importados la maquinación del campo español y haber sido un pionero, en vez de dejarse llevar por el hechizo arqueológico del «Cau Ferrat», de Santiago Rusiñol y de aquella egregia banda de pintores y de bohemios chararileros.

Aquellos pintores no eran cuatro gatos (ya que en Cataluña ya se me entiende), sino que eran la representación más cabal de Cataluña, en el momento en que no mandaba Rey ni Roque en Madrid ni en Barcelona. Asoma la anarquía o el nacionalismo, cual un sarampión, cuando no se sienten gobernados viril y humanamente, al modo de don Felipe Acedo, Gobernador Civil de la provincia y de la capital barcelonesa (don Felipe Acedo es un militar, es un jurista, es un aviador de los fundadores de nuestra aeronáutica castreña y es un hombre cristiano que ama a su prójimo, sin arredrarse más que en presencia de Dios, aunque entonces, más que temer, su sentimiento es de religiosa reverencia), o al modo de don Antonio Almirall, el Alcalde de Sitges, que es ingeniero agrónomo, como si los claveles que se cultivan deportivamente en Sitges necesitaran de un técnico supremo, aunque la técnica profundísima y acertadísima de don Antonio es la bondad. Sin Acedo y sin Almirall, los barceloneses, que nunca pierden el buen gusto, se pusieron a hacer locuras; esto es, a pintar mejor que en Francia, a coleccionar hierros y vidrios, a reunirse en cafés, en tabernas y en cervcerías, decorándolas como si fuesen catedrales. Rusiñol abandonó el negocio paterno, igualmente que Sert, parejamente que el señor Puget, el señor de Barcelona... Los hilados y tejidos catalanes han vestido a la desnuda España, ejecutándose una obra de misericordia, y han urdido la fantasía española, la música española, la pintura española, cuando los hijos y los familiares de los fabricantes desertaban del telar y se disfrazaban de habitantes del «quartier latin» con chambergo, chalina y pipa. Aun se ven tipos con tal facha, a pesar de que el «Cau Ferrat» es un museo, donde las camas con baldaquino de Rusiñol no soportan un cuerpo vivo y caliente, y el traje de torero de Fuentes, guardado en un arcón, se han transformado en algo medieval, como el falso tesoro del cofre del Cid; y a pesar de que las fábricas de Cataluña, por su modernización mecánica, atraen más que repelen; y a pesar, sobre todo, de que usted y otros catalanes como usted se han trasladado a Madrid, que se va convirtiendo, en algún sitio, en una ciudad generosa, romántica, catalana. Tenemos a los catalanes en Vigo desde el siglo XVIII, y después se establecieron en Béjar, en Sevilla, en San Sebastián, en Burgos, antes de emigrar algunas fortunas a Tánger o instalarse en las Islas Canarias. Alrededor del barón de Grifó gira el círculo catalán con más vigor que otras tertulias de los españoles de Madrid, y alrededor de usted, aun cuando no se den cuenta de esta dependencia, dan vueltas los que

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

dejaron Sitges y sus gigantones veraniegos, cual Mingote, González Ruano (más catalán del tiempo de Rusiñol que madrileño), etc., etc.

Al principio me referí a Ganivet sin seguirle la pista hasta Sitges, donde estuvo de paso, como pasaron por allí todos los escritores de España, todos los millonarios de España, todas las mujeres más bonitas de España, además del turismo internacional, que no encuentra nada semejante. Nada tan claro, tan diáfano, con tanta luz de día y de noche; nada tan cómodo y tan atrayente, desde sus hoteles a su Chiringuito junto al Mediterráneo; nada con tanta flor y con tanto Museo (desde el Romántico, más romántico que el Museo de Madrid, gracias a don Alberto del Castillo al Maricel, comprado a los herederos del americano en tres millones de pesetas por el Ayuntamiento que preside don Antonio); nada con tanta paz en invierno y con tanta guerra fría en verano. El turismo lo hacen los hombres y las mujeres (acaso ahora más las mujeres que los hombres, pues se han evadido o emancipado de su casa, donde no hay servidumbre); pero es menester prefabricarlo por anticipado, como se lo sacaron de una manga o de una cachimba su padre, señor don Miguel Utrillo; el grupo de «Cau Ferrat», incluido el americano, que trajo dólares, sin traer maquinaria agrícola, el don José María Catusús, con doscientos cincuenta años de sitgetanismo a cuestas, no obstante su fachenda juvenil, simpática y norteamericana de magnate que maneja el petróleo. El Sitges actual es una creación de don José María Catusús y de sus colaboradores; pero, como los grandes descubrimientos de la ciencia contemporánea, fué antes una idea, una teoría, una chifladura, que un hallazgo concreto. En su comienzo fué siempre el Verbo, con toda la amplitud filosóficamente helénica de esta palabra. Cuando una muchacha se baña, en el estío de Sitges, con la indolencia de que en su arquitectura física comienza y termina el mundo, no puede figurarse, llena de juventud y de alicientes, que antes ha existido en Sitges una arquitectura mental, y si usted me apura, don Miguel Utrillo, una arquitectura moral, que nunca se ha perdido.

ACABA DE APARECER

EL NUMERO 35 DE

POESIA

ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA LITERARIA

CADA MES: 10 PESETAS

Administración: Pinar, 5, Madrid



EMIGRANTES A ESTADOS UNIDOS

La laboriosidad de los trabajadores y técnicos españoles, reconocida por las autoridades americanas

SOLO 250 españoles pueden emigrar actualmente a los Estados Unidos. Pero, según las declaraciones del representante demócrata por el Estado de Nueva York, míster Enmanuel Celler, miembro del Comité de Inmigración de los Estados Unidos, la cifra puede ser muy bien ampliada hasta el número de 10.000 personas españolas por año.

A la coordinación de esfuerzos en el terreno de mutua defensa militar y en el de la economía han seguido iniciativas de buena voluntad en otras actividades. No podía olvidarse un tema, el de la emigración, porque, como declaró recientemente Enmanuel Celler, resulta ridículo que a la nación que descubrió América sólo se le conceda anualmente la posibilidad de emigrar a unas pocas docenas de españoles aplicando la ley de cuotas.

Hoy la laboriosidad de los trabajadores y técnicos españoles, su competencia, su calidad técnica y su facilidad para la adaptación a los más modernos métodos de producción se han abierto el justo camino, y semioficialmente, los hombres que dirigen la inmigración en los Estados Unidos lo han reconocido. La reducida colonia española en Norteamérica ha dado, en el campo de la alta especialidad, figuras excepcionales. La futura colonia española proporcionará, en aquellos campos del trabajo que mejor convengan para ambos países, figuras también de categoría. El tiempo dará la razón.

Al Congreso de los Estados Unidos le será propuesto, pues, un aumento en la cuota de emigración con respecto a España. Estados Unidos, en frase de míster Celler, necesita la cultura y

las costumbres de los españoles. En California, Texas, Nuevo Méjico y Arizona hay muchos millares de americanos que hablan español. En Nueva York existen más de 250.000 portorriqueños; cines y Prensa españoles llevan una vida próspera y desean dar la bienvenida a nuevos compatriotas.

España y los Estados Unidos tienen un objetivo común: la batalla contra el comunismo. Los pueblos con un mismo destino presente y futuro han de conocerse bien, saber de sus reacciones, intimar en sus sentimientos y ayudarse en sus necesidades. El mejor camino es el mutuo conocimiento.

—Una manera eficaz de construir un puente más sólido entre nosotros—ha dicho míster Celler—sería la modificación de las leyes de inmigración de los Estados Unidos en lo que afecta a España.

Madrid, Barcelona, Bilbao y Valencia tienen presentadas instancias para la marcha de españoles a los Estados Unidos. Entre las cuatro hacen 5.000. La cifra de 10.000 que propuso el diputado demócrata estaría, pues, dentro de una cierta exactitud.

Sastres—ésta es la profesión que más falta hace en los Estados Unidos—mecánicos, profesores, médicos, pastores, albañiles... tendrán, el que quiera, su oportunidad. Y dejarán, como los españoles que hasta ahora fueron

a Norteamérica, su influencia, su buena influencia, su estupenda influencia. Porque la historia íntima de las ciudades de Norteamérica lo confirma.

LA MEDICINA, ORGULLO DE ESPAÑA

Veinte millones de habitantes de los Estados Unidos llevan sangre de Castilla en sus venas. Desde que en 1513 Ponce de León descubrió Florida, la historia de los Estados Unidos fué larga y pródiga en acontecimientos. La gran conquista de América del Norte ha sido la conquista de la técnica. Y en esa conquista, en las alas de esa victoria, hay plumas potentes de España.

Penetramos en el campo de la Medicina. Nueva York, la fabulosa ciudad de las casas estiradas, contempla la obra de médicos españoles. Allí están, escogidos casi al azar, los nombres de José María Castroviejo, el logroñés de mediana estatura, de cerrada barba y muy moreno, que ha creado una escuela de técnica operatoria en la Oftalmología; allí está José Manuel Rodríguez Delgado, Premio «Ramón y Cajal» de Medicina en España, especialista en Neurología, sentando cátedra en la Universidad de Yale, especulando con la ciencia y curando enfermedades psíquicas gracias a nuevos procedimientos electrónicos de su exclusivo descubrimiento; allí está José María Sánchez Pérez, que en la Universidad de South, Cali-

fornia, ha proyectado un novísimo aparato para fotografiar interiormente el cráneo; o Rafael Alemany, considerado por los principales cirujanos norteamericanos como el primer dibujante médico de Europa, hasta el punto de que el doctor H. L. Borkus, presidente del Departamento de Medicina Interna de la Universidad de Pensilvania, se ha apresurado a solicitar sus servicios; o igualmente Joaquín Alier, catalán, que ha recorrido las cinco partes del mundo, desde la venezolana provincia de Barlovento hasta la misma Indonesia, donde curó a un ministro del Presidente Sokarno, pasando por Sidney y Java a través de las tormentas del Pacífico, hoy renombrado psiquiatra con cientos y cientos de clientes de toda Norteamérica; allí está el doctor Durán Reynolds con su aspecto de sabio distraído, con su pelo blanco en revuelto desorden, pensando tal vez en el más importante descubrimiento de la Medicina teórica: el factor de difusión; allí están, como estos médicos españoles, varios centenares más que ocupan principales cargos científicos y que gozan del mejor y más renombrado prestigio entre esa técnica americana, que, como se ve, se ayuda de la medicina española.

LOS ALAMOS, CIUDAD ATÓMICA

El padre José Cubells es de Figueras (Gerona). El padre José Cubells hacía veintidós años que no venía a España. El padre José Cubells es ahora en Nuevo México el capellán de la ciudad atómica de Los Alamos.

Por eso, cuando llegó a España para visitar a su anciana madre, él dijo:

—El cielo, en todos los lugares es el mismo. Pero el cielo de España tiene una luminosidad única. Quizá sea que aquí, en Figueras, casi junto al mar Mediterráneo, junto al mar de las culturas milenarias, la energía atómica sin liberar posee más belleza. Un ciclón, al fin y al cabo, es la obra de un hombre; un paisaje es la obra de Dios.

PROFESORES DE ESPAÑOL Y ABOGADOS

Grande es la legión de profesores de español en las Universidades americanas. Y la mujer, igual que el hombre en el ejercicio, también presenta su enseñanza. Así, Elisa Gutiérrez de Abello, anteriormente profesora en la Universidad de Filipinas, ilustra sobre el idioma de Cervantes a la parte que le corresponde de los dos millones de estudiantes que todos los años aprenden el español en los Estados Unidos de América.

Nuestra tradición jurídica —nombres hay en nuestra historia que lo confirman— se mantiene. Roberto Reyes, abogado y nacido en España, ha sido elegido vicepresidente de la Asociación de Derecho Internacional en Nueva York. El Derecho y el idioma se complementan. Y juntos triunfan.

LA INVASION DE LOS PASTORES

Hablemos ahora de los esforzados pastores vascos.

A los pastores vascos no les alcanza la ley emigratoria de los

Estados Unidos. Pueden entrar en el país sin ninguna traba; sin ellos la ganadería norteamericana perdería su actual valor. Hace meses han marchado dos grupos a cuidar ovejas en la pradera; ganan un jornal mínimo de 300 pesetas diarias, comida, ropa y habitación.

Su historia se remonta a sesenta años atrás, en que cruzaron el océano doce audaces vascos decididos a emprender la conquista del lejano Oeste. Atravesaron las grandes praderas hasta llegar a los inmensos terrenos deshabitados que riega el río Snake, y se establecieron en la ciudad de Boise, en el Estado de Idaho. Con el transcurso de los años aumentó el número, y hoy aquellos territorios son una nueva Vasconia.

Sus primeras aventuras son dignas de ser cantadas en versos de epopeya. Pero unas veces el tinte aventurero se convierte en matiz cómico. Este es el caso de Domingo Aldecoa. Por las noches frecuentaba un cafetín, donde escuchaba atentamente lo que decían sus vecinos de mesa, procurando comprender el significado de las palabras. Pasó el hombre varias semanas sin adelantar en su empeño hasta que por fin se enteró que el idioma que se esforzaba en aprender no era el inglés, sino el chino, pues los escasos establecimientos que existían por entonces estaban en su mayoría servidos por asiáticos.

Juan Archabal es hoy un poderoso millonario. Proprietario de una de las ganaderías más importantes del país, cuenta en sus rebaños con cerca de un cuarto de millón de cabezas de ganado. Con sólo un billete de ferrocarril, una navaja y un pañuelo en el bolsillo llegó a San Francisco en 1893. Pronto se independizó y se hizo pastor. Después el negocio aumentó, hasta nuestros días.

Otro fue Antonio Azcuenaga, llegado de Bilbao a los diecinueve años de edad. Trabajó duramente hasta convertirse en pastor después en vaquero y posteriormente en herrero. Fundó una gran Compañía dedicada a la ganadería. Hoy es un hombre importante en la colonia vasca de Boise.

SAN FRANCISCO, LUGAR DE VACACIONES

Una de las calles más gratas y animadas de la ciudad californiana

refleja, nada más entrar en ella, el ambiente de cualquier ciudad de las Vascongadas de España. En una esquina se ve una taberna, y en la puerta grandes barriles de vino. Allí está instalado el hotel España, al lado de la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe. En él se reúnen los ganaderos españoles de aquella zona. Martín Astiz es su propietario. Llegó en 1903. Durante doce años viajó por toda la nación, buscando un lugar apropiado para residir definitivamente. Trabajó de pastor y de ganadero y levantó el hotel.

—Yo conozco a todos los vascos de esta parte de los Estados Unidos. El señor Yurdarte es el más poderoso. Medio San Francisco le pertenece. Empezó como pastor, luego se hizo ganadero y, por último, propietario. Con este millonario existen diez vascos más. Tienen sus ranchos en Vaca Hills. Allí está Nate Yanci, que abandonó Navarra a principios de siglo. Hoy posee cerca de 1.000 hectáreas de terreno y 30.000 cabezas de ganado. Otro vasco es Martín Abaurrea. Trabajó en las minas de oro y con el producto de su trabajo edificó el hotel Español. Y aún hay más, hombres que hablan constantemente de nuestra España, de sus cosas, de sus canciones y de las danzas populares de la Patria que dejaron al otro lado del mar.

LA MUSICA Y LAS FLORES EN NUEVA YORK

¿Quién no conoce a Xavier Cugat? Cugat nació en La Bisbal —en el Ampurdán— y es hoy uno de los músicos más populares de Estados Unidos. Llegó a América sólo con un violín y un arco. Y la conquistó. Figura de la raza.

He aquí a José Iturbe, el pianista valenciano. Su impecable técnica ha hecho morder el polvo de la derrota a centenares de pianistas norteamericanos. Los públicos se entusiasman cuando dos españoles tocan un violín y un piano.

Después de la música, nada mejor que un oloroso ramo de flores.

Long Beach es una playa sobre el Atlántico en Long Island. Por el año 24 sólo poseía cava-chas sin agua y sin luz. Se co-

Una de las calles más gratas y animadas de la ciudad californiana

La última expedición de pastores vascos emigrantes, fotografiados en el aeropuerto de Orly, antes de partir para Estados Unidos





Un grupo de pastores vascos con el jefe de Emigración, señor González Rothvos

treros rojo y gualda que dicen: «Juan Gallego, Corporation».

CUARENTA MILLONES DE EMIGRANTES

mienza a edificar. Entre las cuadrillas de albañiles hay un muchacho gallego que se llama Ramón. Pronto llega a capataz. Hubiera ascendido rápidamente en su carrera a no ser porque una señora americana le ofreció pensión en su casa. Los alojamientos estaban entonces difíciles, y en agradecimiento Ramón cuida el jardín. Una nueva y numerosa clientela se le vino a las manos de repente. Todos los jardines de los hoteles de Long Beach fueron diseñados por el jardinero gallego. Hoy los ricos propietarios neoyorquinos tienen contrato singular con el jardinerero que llegó de Galicia. Una cuadrilla de operarios especializados trabaja a las órdenes de don Ramón, porque ya es don, que es el jefe.

Esta es la apresurada biografía de Ramón Seijo, presidente de la Casa de Galicia en Nueva York, que llegó, allá por el año 20, a comprarse un camión para repartir leche y hoy hace esperar turno en el arreglo del jardín desde el gobernador del Estado al mismo alcalde de la tabulosa ciudad de los bosques de cemento.

Y PARA TERMINAR CON EL NORTE, EL REY DE LOS VISONES ES DE ESPAÑA

Don Antonio de la Peña es alto, moreno, corpulento. En su andar hay un cierto aire torero; dijérase que lleva invisible sombrero ancho o imaginada chaquetilla corta.

Antonio de la Peña, emparentado por línea materna con el duque de Alba, llegó hace treinta años a las Américas. Su compañero era Moya del Pino, pintor. Querían hacer una Exposición con las copias de los cuadros de Velázquez. América es grande y los cuadros también. No cabían por ninguna puerta. Al fin, son regalados, después de dos Exposiciones y de la merma total del presupuesto, a la Universidad de Berkeley.

Corta la vida. Se dan clases de arte, de música, de lo que sea. Un alemán recibe clases de español de don Antonio. Paga en crias de visones. Y las crias—leyes de la madre Naturaleza—se multiplican; y los dineros de don Antonio también.

Los abrigos de pieles de las peleterías americanas tienen esencia española.

Así es la vida de algunos españoles en Norteamérica. Igual conquistan los terrenos, que las ciencias, que las industrias. Igual dan de comer a los banqueros de Wall Street, como Paco Carro, coruñés, cocinero del «40 Wall Street», que efectúan transportes en camiones pintados con grandes le-

norteamericana y de las actuales leyes de inmigración.

—Cuál es la repercusión de la emigración en los censos de población de los Estados Unidos?

—Establecidos los censos de población en 1790, el incremento —desde los cuatro millones en ese año a los nueve millones de 1820, los 23 millones de 1850, 76 millones de 1900, los 106 millones de 1920, los 131 millones del censo de 1940, y 168 millones de 1953—es fabuloso.

—¿Cuál es la explicación de las restricciones a la emigración que existen en los Estados Unidos?

—En la historia de Norteamérica hay una época en la que no solamente se concede verdadera libertad de emigración, sino que incluso se dan facilidades a la misma, y aun se hace propaganda para poblar territorios. Tal período concluye en 1875. Entonces comienza la época de restricciones en la emigración, época en la que pueden estimarse dos períodos diferentes: no es el de las restricciones cualitativas, que primero impiden la entrada de criminales; más tarde, la de mendigos, enfermos contagiosos, psicópatas y anarquistas, asiáticos, obreros con contrato, salvo domésticos, analfabetos y obreros contratados o no. Al mismo tiempo se imponen tasas cada vez más gravosas y se dan poderes a la Policía para impedir la entrada y expulsar a los emigrantes indeseables. El otro período es el de los sistemas de cuotas o restricciones cuantitativas, en virtud del cual sólo se admite cada año una cantidad de extranjeros equivalente al 3 por 100 de los residentes en el país. Con esta medida se trataba de detener la avalancha de europeos que deseaban afincarse en América.

La ley de Mac Carran en 1952 ha sustituido a las anteriores y fija la cuota en un sexto del 1 por 100 de cada nacionalidad existentes en 1920 en los Estados Unidos, dando un total de 154.657 inmigrantes.

—¿Qué cuota de inmigración corresponde a España?

—Solamente 250 unidades. Y la ridiculez de la cifra atribuida al país madre de América al que dió toda su sangre, su religión, cultura y lengua, resalta aun más comparándola con las cuotas de 65.361, 25.814 y 17.756 concedidas, respectivamente, a Inglaterra, Alemania e Irlanda, cuotas que no suelen ser colmadas.

También esa cifra de 250 debe compararse con la de 3.069 concedida a Francia, país de inmigración y no de emigración y las de 3.136, 2.364 concedidas a Holanda y Noruega y las de 438 y 308, otorgadas a Portugal y Grecia, países todos ellos con una población numéricamente muy inferior a la española, ya que entre las cuatro no superan la población de España.

Es aun más curioso saber que tienen derecho a cien inmigrantes por año (un poco menos que a la mitad de España) Trieste, Yemen, San Marino, Andorra, Mónaco, con poblaciones cada una sesenta veces inferiores a la española y que entre todas ellas no llegarían ni con mucho a la cifra de residentes en Madrid.

El italiano Tammeo sostiene que todos los americanos son inmigrantes o descendientes de inmigrantes. Lo que sí puede decirse es que carecen de toda importancia los núcleos descendientes de los primitivos habitantes.

Comienzan las estadísticas de emigración de americanos el año 1820. Entre 1820 y 1890 entran catorce millones de emigrantes. En este período las más importantes aportaciones son las de ingleses, por la crisis de 1827; la de irlandeses, en 1847 en aquel éxodo en que queda empobrecida la población de un modo aterrador, hasta el punto de que descendiendo desde ocho a cinco millones en el período de 1841 a 1881, y la de alemanes, en 1854. Ello produce cifras de emigrantes que se elevan a 234.968, en 1847; 427.833, en 1854; 449.483, en 1872; 149.043, en 1877, y 764.283, en 1882.

En el período de 1891 a 1913 se incrementa la emigración a Estados Unidos hasta el punto de que absorbe los dos tercios de la emigración trascontinental europea. Entran en Norteamérica un promedio anual que llega a medio millón, entre 1891-1900; un millón, de 1901-1910, y 1.368.000, entre 1911-1913. En el período 1920-1924 ingresan 2.759 millares de emigrantes, o sea, un promedio anual de 551.000. De 1925 a 1929 ingresan 1.373 millares de emigrantes, con promedio anual de 274.000. De 1937 a 1945 ingresan 124.000, con promedio de 14.000, y en el de 1946 a 1950 ingresan 700.000, con promedio anual de 140.000.

Puede calcularse, por tanto, que en los ciento treinta y tres años entre 1820 y 1953 ingresaron en los Estados Unidos cuarenta millones de emigrantes, casi todos los cuales permanecieron allí.

Tal cifra y la descendencia de ellos explican la actual población de los Estados Unidos.

LA EPOCA DE RESTRICCIONES EN LA INMIGRACION

Don Mariano González Rothvos es uno de los técnicos españoles más documentados y especializados en materia de emigración. Profesor de la Universidad y de la Escuela Social, su historial, en la parte dedicada a problemas de emigración ocupa un destacado lugar en el mundo. El, pues, nos explica todo el proceso de formación de la población

Y, sin embargo, la ley de Mac Carran continúa subsistente, obligando a la Administración y Parlamento norteamericanos a adoptar leyes concediendo admisiones migratorias al margen de la ley citada, la cual está siendo combatida por bastantes, algunos de los cuales (el síndico de Nueva York, Robert Wagner) la llamó «un feo monumento a las teorías racistas y aislacionistas». Tales leyes han decretado la admisión de desplazados y refugiados (proyectos Celler y Langer y la ley de 1953) y pastores vascos.

La emigración de pastores vascos surge como tema.

—Esta emigración no es de ahora, sino de hace muchos años. Incluso durante ese período de apartamiento que hemos superado por fortuna, Norteamérica dictó leyes especiales para admitir un número de pastores vascos fuera de las cuotas que se nos habían asignado por las leyes de 1921 y 1924.

Se trata de pastores con psicología apropiada para vivir meses enteros sin ver persona humana, con conocimientos del cuidado del ganado, con honradez tan acrisolada que no precise el ojo del amo para defender los intereses de éste y con corazón para luchar contra ladrones de ganado y alimañas.

Todas estas condiciones han sido reconocidas en el pastor vasco por los propietarios de ganado en Ohio, Colorado, Nevada, California, etc. Las montañas de Navarra y Vasconia han acostumbrado al pastor al aislamiento y muchos, después de largos años en Norteamérica, vuelven sin comprender una palabra de inglés. La competencia profesional, la dedicación al cuidado del ganado y el valor del pastor vasco es proverbial: estos pastores salvaron todos sus rebaños durante la gran nevada de hace unos años, y no hace muchos meses fué asesinado uno de ellos por unos malhechores en defensa de sus borregos. De ahí el interés de las asociaciones de ganaderos norteamericanos en contratar pastores vascos, consiguiendo de Mac Carran el apoyo a leyes especiales que aceptaron 350 pastores el pasado año y otros 500 en el actual.

—Y ¿cuál es el porvenir de la emigración española a Norteamérica?

—El problema de la protección obrera y la emigración es obsesión de la Dirección General de Trabajo. Ahora mismo, el señor Reguera y Sevilla está en América para conocer de cerca todas estas cuestiones. Serán muy interesantes las soluciones jurídicas que se deduzcan de los estudios. Por lo demás, el porvenir de fijación de cuotas depende de los representantes y senadores americanos.

El valor técnico y profesional del hombre español se ha abierto paso en el mundo. En todas las naciones, en todas las actividades del trabajo y de la ciencia, una persona española, por encima de muchas, destaca. Esta es la gran verdad, sobre todas.

CASI CIEN NOVELAS EN BUSCA DE LA FAMA



El Jurado, compuesto por Aurora Díaz Playa, Carmen Conde, Ana María Matute, Susana March y María Fernanda G. de Nadal

ASI FUE EL "ELISENDA DE MONCADA 1954"

Por nuestro enviado especial DIEGO JALON

CON sólo un par de convocatorias, la del año pasado y la de éste, el Premio «Elisenda de Moncada», instituido por la revista «Garbo», ha adquirido la celebridad, el interés y el rango propios de los premios literarios tradicionales. De los que, si se permite la expresión, podemos llamar clásicos. Vamos, pues, en la mañana del 8 de diciembre volando hacia Barcelona en un estúpido cuatrimotor de la Iberia para asistir a la concesión del «Elisenda de Moncada 1954».

El avión avanza recto, sin el más leve temblor. A ratos, perdido todo punto de posible referencia, parece inmóvil, parado en el aire.

Carmen Conde, ganadora el año pasado de este premio con su novela «Las oscuras raíces», acu-

de ahora a Barcelona como Jurado del mismo.

Naturalmente, mientras no se reúne el Jurado y realiza las sucesivas votaciones nadie, ni sus propios miembros, sabe quién será el premiado. Aunque esto no impide que cada uno de ellos tenga formada su idea sobre aquél o aquéllas de los presentados que, a su juicio, reúnan más posibilidades. Pero Carmen Conde no se deja «sondear». Esquiva, prudente, cualquier insinuación. Menudo se ha puesto este asunto de los premios literarios, ¡como para irse de la lengua!

NOVENTA Y OCHO NOVELAS, CINCO MUJERES CASADAS, UN DOLAR Y UN OPTIMISTA

En el bar del hotel Colón, y en



Una marcha triunfal en honor del matrimonio Marlet-Masoliver: ella ha ganado el Premio «Elisenda de Moncada» 1954



María Fernanda G. de Nadal, directora de «Garbo», firma el cheque del premio

torno al matrimonio Nadal, creador del premio, formamos la primera rueda de Prensa. María Fernanda Gañán de Nadal nos proporciona las noticias iniciales:

—Se han presentado casi cien novelas. Noventa y ocho exactamente. Pero este no será seguramente el número definitivo, porque cuatro novelas han llagado fuera de plazo y hay otra que no se ajusta a las medidas, que no cumple las exigencias de extensión. En fin, el Jurado decidirá. ¿Nombres? No; no...

Y termina la frase con una sonrisa que hace imposible cualquier insistencia sobre este punto. El Jurado lo forman cinco mujeres: ella, que actúa además como secretaria del mismo, Aurora Díaz Plaza, Carmen Conde, Susana March y Ana María Matute. Las cinco están casadas. De forma que este Jurado absolutamente femenino reúne sin duda esa condición genérica de honores

to proceder y sentido de la equidad que suelen atribuir las leyes a los «padres de familias».

Alguien pregunta si han acudido hombres al premio.

—Aproximadamente la mitad de los que se han presentado.

Así que, por lo visto, y lo confirman estas palabras, quedan aún varones empeñados en ser novelistas premiados. De ilusión también se escribe. Y esta ilusión ha saltado en el segundo «Elisenda de Moncada» incluso sobre el mar.

—Una señora mejicana de origen español que nos ruega callemos su nombre ha enviado una novela titulada «Palmeras de plata». ¡Ah! Y un dólar para que le mandemos el ejemplar de «Garbo» donde se recoja toda la información relativa al premio y al premiado.

El optimista ha sido otro. Este:

—Uno presenta su novela con esta advertencia: «Si me premian no se arrepentirán.»

Aunque el Jurado no se ha dejado seducir por el consejo no creemos que ande arrepentido.

ELISENDA, REINA Y MONJA

Por la tarde, para llenar las horas que quedan hasta la cena y la concesión del premio, visitamos el monasterio de Pedralbes, el mejor escenario para trazar la biografía de Elisenda de Moncada. Se encargan de ello, en colaboración improvisada y oral, Antonio Nadal y Ramón Goicoechea. Nadal, ni alto ni bajo, habla con voz rápida, muy en consonancia con su dinámico hacer periodístico y sus gafas modernas, de montura reducida a lo imprescindible y cristales «al aire». Goicoechea, alto, pausado, tiene una expresión más solemne, propia de un profesor o un ensayista, acentuada, además, por la flema del fumador de pipa.

El resultado de este dúo, mezcla de «allegro» y «adagio», es, dato más o menos, el siguiente:

Los orígenes de la noble casa de Moncada se remontan al siglo VIII. El primer caballero de este apellido, que tomó su nom-

bre del castillo y pueblo situados a orillas del río Besòs, a ocho kilómetros de Barcelona, participó destacadamente en las luchas de los fabulosos «nueve varones de la fama», que iniciaron desde los Pirineos la liberación del suelo catalán, en poder de los sarracenos. Elisenda fué hija de don Pedro de Moncada, señor de Aytóna y gran senescal de Cataluña. En 1322 se casó, siendo todavía muy joven, con Don Jaime II de Aragón, llamado «el Justo». Pronto, nacido a no dudar de su profundo espíritu religioso, mostró vivo afán de fundar un monasterio de clarisas, bajo la advocación de San Francisco.

Según la tradición, el lugar se eligió después de verificar una curiosa prueba encaminada a la averiguación de las mejores condiciones de salubridad: se colgaron de unos árboles en distintos sitios unos jamones. Y sucedió que el situado en Pedralbes se conservó más tiempo y en mejores condiciones que todos los demás. Pedralbes, pues, llamado así por la abundancia de piedras blancas, calcáreas, fué el sitio elegido.

El 17 de enero de 1326 los Reyes compraron los terrenos por 3.000 sueldos barceloneses.

El 26 de marzo se puso la primera piedra, y poco más de un año después, el 3 de mayo de 1327, el monasterio fué inaugurado en presencia de Don Jaime y Doña Elisenda. La primera comunidad la formaron catorce religiosos del monasterio de San Antonio de Barcelona, profesando en el acto inaugural seis doncellas de nobles familias catalanas y aragonesas.

A la muerte de Don Jaime, acaecida en noviembre del mismo año, Doña Elisenda se hizo construir un palacete adosado al monasterio, donde vivió treinta y siete años entregada a las prácticas de devoción y humildad que prescribían las reglas monásticas.

Murió el 11 de abril de 1334 y fué enterrada ante el altar mayor de la iglesia, en un panteón de alabastro. Este panteón es doble: por el lado exterior de la clausura, en la iglesia, una estatua yacente representa a la Reina con traje y corona reales; por el lado interior del convento aparece en idéntica posición con el hábito de clarisa y coronada de flores.

LA HISTORIA SENTIMENTAL DE UN PREMIO

El monasterio de Pedralbes está enclavado en un recinto que acotan a trozos unas murallas. Visto así, a la doble luz de los faros y la luna, el juego y el contraste de los muros y los jardines, del marrón violáceo de la piedra y el verde azulado de las hiedras, tiene una perfecta calidad de evocación romántica, de escenario cinematográfico.

En una oscura superficie lisa se destaca la mancha blanca del escudo de los Moncada, en el que figuran, amén de un campo de gules, ocho monedas de oro alineadas en dos pilas de a cuatro. Esto me recuerda los cinco mil duros del premio que va a



Las dos Premio «Elisenda de Moncada», Carmen Conde (1953) y Liberata Masoliver (1954), con nuestro redactor Diego Jalón

otorgarse dentro de unas horas. En un aparte, Antonio Nadal me explica, a grandes trazos, algo de donde se deduce la predilección que su mujer y él sienten por Elisenda de Moncada y, por lo tanto, de la razón por la que escogieron esta denominación para el premio.

—Durante la guerra, en poder de los rojos Cataluña, un buen amigo mío, el doctor Jerónimo Moragas, conocido psiquiatra de Barcelona, me encontró un «refugio». Fui nombrado director de una guardería infantil, situada aquí cerca, en el paseo de la Reina Elisenda. En ella conocí a María Fernanda, a mi mujer, que andaba dedicada por aquellas fechas a una tarea similar. Nos casamos en octubre de 1933 en un pueblecito, en San Felip de Codinas. Una hermana mía, monja, buscó un sacerdote. Como puede suponer procuramos ocultar la ceremonia, pero un sobrinito mío solió a la calle gritando con entusiasmo: «¡En casa hay un cura! ¡En casa hay un cura!» Estuvo a punto de descubrirlo todo.

En una pausa encendemos un pitillo. El deja vagar unos momentos la mirada por los jardines y el paseo de la Reina Elisenda. Debe recordar sus primeros diálogos con María Fernanda.

—Los últimos días de la guerra, las vísperas de la toma de Barcelona, los pasamos dentro del monasterio. A nuestra primera hija le pusimos el nombre de la Reina: se llama Elisenda.

Así, por la peripecia de su historia íntima, el amor y el matrimonio de los Nadal nacieron en el escenario en que transcurrió la mayor parte de la vida de Elisenda de Moncada. Y bajo su signo.

Tienen cinco hijos: Elisenda, Oriol, María Fernanda, Mariano y Javier. Elisenda va a cumplir quince años y piensa dedicarse al periodismo. Vocación lógica, heredada, por igual, del padre y de la madre, un matrimonio de directores: él, de «Fotogramas»; ella, de «Garbo». Y matrimonio, además, feliz en su vida y en su profesión.

El dice, pensando en su mujer:

—Me gustaría ser musulmán para tener veinte mujeres como María Fernanda.

Y recordando su trabajo, añade riendo:

—Y veinte revistas como la que tengo.

Ella, refiriéndose a él:

—Es encantador y muy comprensivo. ¡Con decirle que no tiene celos de mi revista, que va mejor que la suya!

EMPEZO EN CENA Y TERMINO EN BAILE

El Premio «Elisenda de Moncada» ha comenzado, como todos los grandes premios literarios, por una gran cena, servida en los salones del hotel Colón. Terminada, y mientras los camareros se afanan sirviendo café y licores, las cinco señoras que forman el Jurado se retiran para proceder a las votaciones. Estas, pese a la proverbial fama de tardanza de las mujeres, no se hacen esperar. Y eso que, según parece, han empezado discutiendo si dos de las novelas que llegaron fuera de pla-

zo, una de ellas de Eugenia Serrano, debían admitirse. Pero, frente a la tesis de la «admisión» —basada, por lo oído, en el prestigio de las formas—, triunfa pronto la tesis del exacto cumplimiento de las bases sin excepciones en favor de nadie. Y en seguida el locutor de Radio Nacional, Federico Crallo, anuncia por el micrófono:

—Primera votación: «Efún», de L. Masoliver, cuatro votos; «La lepra», de Antonio Miralles, cuatro votos; «El héroe», de Julio Calvo Alfaro, tres votos; «La casa gris», de Josefina Rodríguez, cuatro votos; «La rebelión nació con el diablo», de Rosa María Aranda, dos votos; «El incendio», de Manuel Arce, cuatro votos; «Todo queda atrás», de María Teresa Cortés, dos votos; «Castillo de mar», de José Llampayas, un voto, y «Bajo una guerrera caqui», de Amalia Abad, un voto.

En las votaciones siguientes van cayendo los hombres. La racha de mujeres afortunadas continúa. A la cuarta votación llegan sólo «La casa gris», de Josefina Rodríguez; «Efún», de L. Masoliver—cuyo sexo se ignora, como han dicho desde el micrófono—, y «El incendio», de Manuel Arce. Pero «El incendio» se apaga: obtiene únicamente dos votos. El último varón —porque L. es Liberata—cae. La galería femenina de novelistas contemporáneas va a enriquecerse con un nombre nuevo.

Mientras las señoras del Jurado deciden, en un saloncito próximo a las cocinas del hotel, donde han buscado el aislamiento necesario para realizar su tarea sin interrupciones, algunos de los maridos—Fernández de la Reguera, esposo de Susana March; Goicoechea, de Ana María Matute y Olasaverri, de Aurora Díaz Plaja—conversan en la mesa presidencial.

Al fin, María Fernanda G. de Nadal recibe las últimas hojitas de bloc, papel cuadrulado, donde Aurora Díaz Plaja, Carmen Conde, Ana María Matute y Susana March han escrito sus últimos votos.

El micrófono canta:

—Última votación: «Efún», de L. Masoliver, tres votos; «La casa gris», de Josefina Rodríguez, dos votos.

Una señora rubia, vestida de

negro, empieza a recibir las primeras felicitaciones: es Liberata Masoliver de Raballat, Premio «Elisenda de Moncada» 1954.

Como fin del acto, se organiza un baile. Pero tenemos un nuevo premio, una nueva novelista. Las damas del Jurado han vuelto al salón y no hay que perder tiempo.

LAS CINCO OPINIONES DEL JURADO

Mientras Liberata Masoliver contesta a las preguntas del locutor, me dirijo a Susana March. Lleva un sencillo vestido negro, animado por un largo collar de perlas. Pelo negro, muy corto, y gafas oscuras.

—Se ha premiado lo mejor, cosa que suele ocurrir generalmente. La novela es interesante y amena. Está escrita con soltura y su tema es original. La «racha», como usted dice, de mujeres novelistas, quizá pueda explicarse por dos cosas: porque antes no escribían apenas las mujeres, y porque tienen más sensibilidad, son, en conjunto, mejores narradoras.

Ana María Matute—brillante melena negra, ojos negros brillantes, una blusa de punto amarilla y una falda negra—no ha votado a la triunfadora:

—Lamento mucho que la novela de Eugenia Serrano no haya llegado a tiempo. Si hubiera sido así, para ella habrían sido mis votos. La he leído y es muy buena. Por lo tanto, me he decidido en todas las votaciones por «La casa gris», de Josefina Rodríguez. A «Efún», aunque reconozco su interés, no la he votado ninguna vez.

Al decir que lamentaba «el retraso» de Eugenia Serrano, ha hecho un gesto de difícil interpretación. Algo como expresando que no está conforme con tal llegada fuera de plazo. Y hasta juraría que añadió el calificativo «misteriosamente» en la frase «no ha llegado a tiempo». El triunfo repetido de las mujeres lo explica así:

—Puede que influya el instinto maternal. Escribir tiene mucho de alumbramiento.

Aurora Díaz Plaja—pelo cortorizado, vestido negro con encaje al cuello—no cree que el sexo femenino, por ser tal, tenga ninguna



José Marlet, a la batería; Liberata Masoliver, con el contrabajo, y María, la hija, al piano. La familia hace música.

condición más favorable para la literatura.

—Es una cuestión más de inteligencia que de otra cosa. Esto aparte, hoy la vida lleva a las mujeres a trabajar, a ayudar al hogar. Y una de las formas más apropiadas es escribir. Escribir puede hacerse en casa. Es una actividad doméstica. Observe cuántas de las actuales novelistas son casadas. «Efún» me ha gustado por su tema y su desarrollo.

Carmen Conde—la mirada con un no sé qué de tristeza y lejania y una sonrisa inacabada en los labios—cree que la novela de Liberata Masoliver ha ganado mercedamente el premio:

—«Efún» trata un panorama inédito en nuestra novelística: Guinea. Creo que es la mejor. Y también creo que las mujeres han traído a la novela una observación, interpretación y descripción de ciertas «zonas», superiores a las versiones que suelen dar de ellas los hombres. Hay, en cambio, otras cosas que ellos tratan mejor.

Por último, María Fernanda G. de Nadal—traje gris con adornos de piel, perlas naturales, muy poco maquillada, con los labios apenas iluminados por un toque de carmín y unos reflejos de oro en el pelo, afirma:

—La acción de «Efún» se ajusta al ritmo de un relato cinematográfico. Toda la novela es un documental impecable de Guinea. Creíamos que el autor era un hombre. Y no me hubiera disgustado que lo fuera. ¡Ah! Una cosa: la obra de Liberata Masoliver es una novela decente, pero no es una novela cursi.

LIBERATA MASOLIVER. AMA DE CASA Y NOVELISTA

A la mañana siguiente nos hemos reunido otra vez con Liberata Masoliver en el bar del hotel Colón. Ha llegado ataviada con un abrigo azul pálido de línea muy sencilla, acompañada de su marido, José Marlet.

Liberata es una mujer alta, rubia, de facciones finas y expresión serena. Tiene una figura y un aire que recuerdan las mujeres de los cuadros de Rubens. Y cuarenta y tres años. «Sin quitarme ninguno. Créalo.» Y una hija de veinte, ya casada.

—Ahora, pronto, seré abuela. Mi hija es muy guapa. En casa, todo lo hacemos bien.

Y ríe contenta, mirando hacia su marido. Y él ríe con ella.

—Antes que novelista, soy ama de casa. Muy trabajadora, muy tenaz. ¿Se ve? Primero atiendo a todas las cosas de mi hogar y, por las noches, cuando ya tengo todo hecho, escribo. Empecé a los veintisiete o veintiocho años. Siempre fui muy aficionada a leer, y un día, al terminar una novela rosa, me dije: «Esto lo hago yo.» Y escribí mi primera novela: «Claroscuro». Me costó rechacerla tres veces. Hasta que la encontré bien.

La ofrezco un pitillo. No fuma. Y no parece nerviosa. Ni envanece. Acepta el premio, diría yo, como una cosa completamente normal, como algo que, tarde o temprano, tenía que llegar.

—Tengo escritas, además de «Efún», otras veinticuatro novelas.

Pero no he publicado ninguna. Soy inédita, o novel, cien por cien. De todas, la que yo prefiero es «Lelislás», una novela muy romántica, con un ambiente muy bien conseguido. También he tratado el género policíaco, en otro libro: «Ciego de colores». ¿Le gusta el título, verdad? Es bonito. ¡Lo que he disfrutado yo escribiendo!

—Y de teatro, ¿ha escrito algo?

—No. Bueno, hice un drama, «La flauta histérica», para unos amigos que querían representar una obra. Pero, al fin, no la entregué. Guiones de cine, tampoco los he intentado. Ni sabría.

—¿De qué trata «Efún»?

—De un hombre enamorado de las tierras de Guinea, que sacrifica todo para colonizarlas. Un médico, un tipo de hombre catalán de hoy. «Efún» es el nombre de un poblado negro.

Liberata Masoliver es de Sabadell. Paisana y amiga de Luisa Forrellad. «Escribe muy bien. Y diría lo mismo aunque no fuera amiga mía.» Liberata no conoce, por observación directa, Guinea. En esto coincide literariamente con el modo de hacer de la Forrellad. Pero ha leído el «Quijote». En esto se aparta.

—Sí, he leído el «Quijote». Dos veces. Primero, a los dieciséis años. Después, ahora hará diez, estando enferma de gripe.

—De los novelistas actuales, ¿cuál prefiere?

—Camilo José Cela, como prosista. Quede bien claro: como prosista. Como novelista, Delibes. Ella está siempre contenta y satisfecha de todo. No le gusta, por lo tanto, el tremendismo.

VIVE COMO QUIERAS

Liberata Masoliver y José Marlet, su marido, viven en San Cugat del Vallés. El, alto, delgado, de ademanes gráficos y nerviosos, profesa una filsofía optimista y alegre. Y la alegría y el optimismo reinan en su casa.

—Somos una familia feliz, en la que cada uno desarrolla sus gustos y su actividad sin pretender imponerlos a los demás.

Y pinta a continuación un cuadro digno de aquella célebre película «Vive como quieras».

—Mire, en casa no es extraño que al mismo tiempo, por ejemplo, yo dicte unas cartas a la secretaria, un amigo escuche unos discos de música moderna, mi hija toque el piano y mi mujer haga alguna tarea o escriba.

La vida de José Marlet gira en torno a tres ejes: su familia y amigos, su trabajo y la música moderna. El es un virtuoso de la batería, su yerno se encarga del contrabajo y su hija María del piano. Juntos forman una extraordinaria orquestina de música moderna, «ultramoderna», como dice él. Todo ello, claro está, por afición. Por sana y honesta afición, porque él es fabricante de maquinarias textiles. La calidad de su música de «jazz» y la hospitalidad de su casa son bien conocidas de los marinos de la VI Flota. Cuando pisan tierra catalana tienen siempre un itinerario obligado: un coche o un autocar y a las «jazzsession» de los Marlet, en San Cugat. A «hacer» música. A bailar.

El dice que alguna vez ella toca el contrabajo. Ella simula molestarse por la «indiscreción»:

—Cada vez estoy más convencida de que los maridos estorban a las escritoras.

Y añade:

—Acuérdate de que soy yo quien te hace las sopas:

El, sonriente, replica:

—Y acuérdate tú de que alguna vez, por tus escritos, se te han quemado las patatas.

Y los dos se miran divertidos y contentos. La mujer admira el humor rápido y la inteligencia del marido. El hombre admira el sosiego, el equilibrio de su mujer. Se complementan, se comprenden los dos.

UN BUEN FINAL: 25.000
PESETAS

Liberata Masoliver presentó al Premio «Elisenda de Moncada» del año pasado, al primero, dos novelas. Pero no consiguió llegar a esa primera selección sobre la que comienzan las votaciones. Y ha seguido trabajando sin desalentarse. Escribiendo noche tras noche, con la cabeza llena de esos divertidos lacitos con los que se recogen el pelo las mujeres. Continuando una afición que se desarrolla en buena parte alentada por el estímulo de la hija, que lee las obras de la madre y las comenta con ella.

—Yo escribo a mano. Con rapidez, siguiendo el hilo de la inspiración. Y luego corrijo, corrijo mucho. «Efún» la hice en unos dieciséis o dieciocho días.

Se mira la mano derecha y recuerda:

—Habré escrito ya unas veinticinco mil cuartillas... Me gusta dejar las novelas, «colar», tamizarse. Las guardo, pasa el tiempo y vuelvo a leerlas; lo malo «se cae» solo, lo bueno queda. Me compré una máquina de escribir para pasarlas a limpio. Pero escribo tan despacio con ella, que cuando me dedico a hacerlo parece que hay en casa una gotera.

Mientras Liberata Masoliver contesta a las últimas preguntas, Antonio Nadal saca un talonario, descorcha una pluma estilográfica y extiende un cheque.

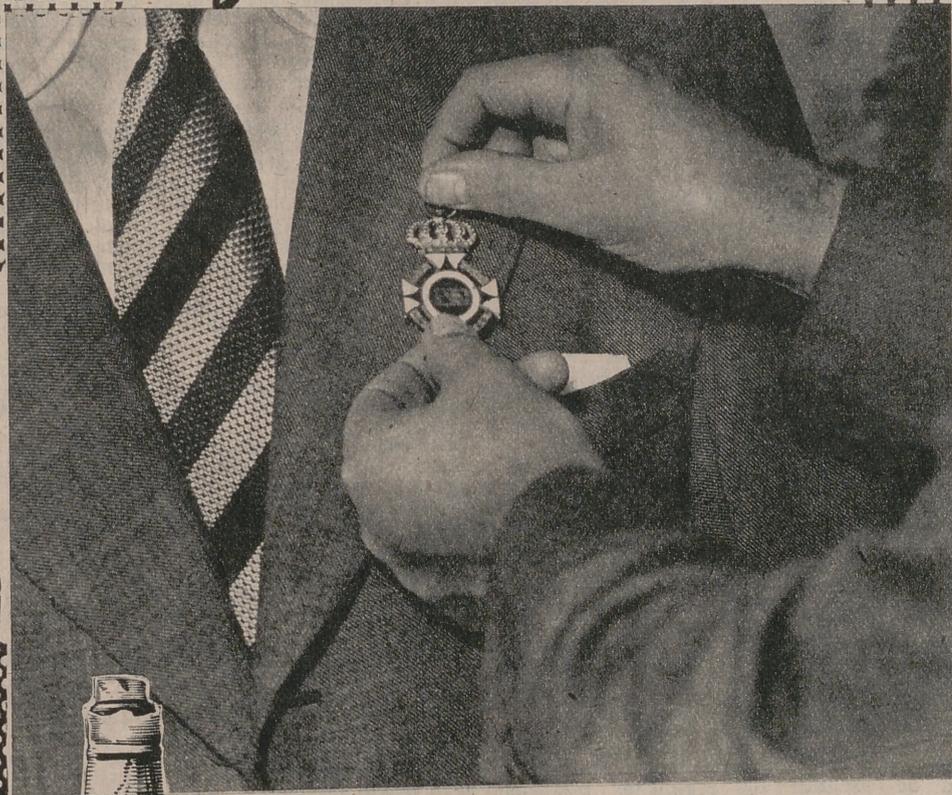
—Aunque no me hubiera presentado al Premio, aunque no me lo hubiesen concedido, seguiría escribiendo. Lo hago, sobre todo, para mí.

Antonio Nadal pasa el cheque a la firma de su mujer. María Fernanda G. de Nadal pone con letra segura su firma. Y lo entrega a Liberata Masoliver, desde ahora dueña efectiva de la fama y el dinero del «Elisenda de Moncada 1954». Veinticinco mil pesetas de beneficio son el mejor final de cualquier charla.

Nos despedimos del matrimonio Nadal, creador afortunado de un Premio nuevo con solera de Premio a feijo. De Liberata Masoliver, nuevo orgullo de Sabadell, que cree que escribir es cosa más propia del corazón que de la cabeza, razón por la que, según ella, triunfan las novelistas Y de su marido, José Marlet, que finge ignorar todos los libros, incluso los de su mujer, y dedica su afición a la música moderna.

¡Conseguido...!

AZOR



Llegar al final victorioso es el más digno remate de una noble ambición; es conseguir, lograr lo que se ha propuesto...

Pero si lo que se pretende es halagar el paladar, entonces nada mejor que el brandy viejo VETERANO, un brandy de exquisita calidad de un prestigio mundial justamente conseguido.



Sanchez
CANIARES

BRANDY VIEJO
VETERANO
OSBORNE

PUERTO DE SANTA MARIA

CIENCIA Y POLITICA DE LA POBLACION

Por José ROS JIMENO

UNA COLABORACION FRUCTIFERA

EL reciente Congreso Mundial de la Población, convocado por las Naciones Unidas, ha reunido en Roma a numerosos estadísticos, economistas, sociólogos, sanitarios, ingenieros, actuarios e historiadores de los distintos países para examinar las cuestiones demográficas desde el ángulo internacional. Esto significa que un organismo político del mayor alcance llama a los hombres de ciencia para que estudien unos problemas sociales de la máxima importancia: los problemas de población.

El hecho merece ser subrayado y difundido como ejemplo de la eficacia que el asesoramiento del hombre de ciencia puede tener en las decisiones del político. Se ha hablado mucho de las relaciones que deben existir entre la política y la técnica; de la diferencia esencial entre las funciones del intelectual y del gobernante; hasta de la posibilidad de sustituir los regímenes políticos tradicionales por el gobierno de la tecnocracia. Cualquiera que sea la verdad de estas ideas, hay que reconocer que la creciente complejidad de la vida moderna, producida no sólo por el gran desarrollo de la población, sino también por el incesante aumento de sus necesidades, hace cada día más difícil la labor del político y más precisa, por tanto, la colaboración de los técnicos en el planteamiento y resolución de los asuntos colectivos.

Desde los tiempos faraónicos (más de tres mil años antes de J. C.) siempre ha habido recuentos de población, realizados con fines principalmente fiscales y militares. Las encuestas demográficas tienen una larga historia, en la que no falta, muchas veces brillante, el nombre de España. Mas las investigaciones científicas de la población no surgen hasta el siglo XVII, en que los «aritméticos políticos» comienzan a aplicar los recursos matemáticos al estudio de los fenómenos sociales y aparece, radiante en sus albores, la Demografía.

En nuestro tiempo, los métodos demográficos se han extendido de tal modo que no hay aspecto social de la vida humana que no se estudie con la máxima atención. Bastaría ojear el temario del referido Congreso de Roma para ver cuán ampliamente se consideran hoy día los fenómenos sociales y cómo se han multiplicado las relaciones de las diversas ciencias con la ciencia de la población. Esto plantea problemas metodológicos que trascienden al concepto mismo de la Demografía. Esta recibe de la Estadística el principal instrumento de investigación; de la Antropología, la Sociología y la Economía, ideas fundamentales que contribuyen a formarlas; pero da a los especialistas en estas ciencias materiales de estudio y al político elementos de juicio para resolver los problemas que plantea la vida del hombre en espacios diversos, desde el íntimo recinto de la familia hasta el orbe ecuménico, universal.

Si la población de un país tiende a aumentar o disminuir en proporciones anormales será el demógrafo quien precise esa tendencia, analice sus causas y señale sus efectos; quien descubra el mal para atacarlo y promueva el bien al conocerlo. El será quien mida con precisión el influjo de la procreación y de la muerte en el desarrollo de los pueblos, quien describa las ondas de la nupcialidad, quien calcule con mínimo error el volumen futuro de las colectividades humanas. Sin las enseñanzas de la Demografía, ¿cómo podría un Gobierno estimular o restringir los movimientos migratorios y prever sus efectos?

El éxodo rural y el urbanismo, la estructura y evolución de las clases sociales, el volumen y distribución de la población activa, el envejecimiento de la población, el valor económico del hombre son otras tantas materias que al político interesan vivamente y caen de lleno en el campo de la Demografía.

Todo esto hace pensar, por una parte, en la necesidad de una mayor colaboración entre la ciencia y la política; por otra, en la conveniencia de fomentar los estudios demográficos para conocer con la mayor precisión posible la estructura actual de los pueblos y su probable evolución. Ahora bien, la colaboración del científico y el político sólo puede ser fructífera—como recordaba el señor Hersch, presidente del Congreso de Roma—cuando ambos tienen clara conciencia de su capacidad y de los límites de sus respectivas actuaciones. Por ello, los demógrafos deben permanecer como tales al margen de la política; pero, aun manteniendo ante los hechos y las ideas una actitud estrictamente científica, pueden arrojar rayos de luz en el camino del gobernante.

En el proceloso mar de la vida social, el político debe ser el timonel, y el demógrafo, un vigía.



Champain

Erzcaba

HIJOS DE PABLO ESPARZA

BODEGAS NAVARRAS, S. A. VILLAVA (NAVARRA)



AZOR.—Reina 25 - MADRID

EL "CAZADOR DE BRUJAS" DECLARA LA GUERRA A LA CASA BLANCA

CRISIS DE LA CONCIENCIA DEMOCRATICA AMERICANA

OFENSIVA EN EL FRENTE

DEL "MCCARTHYSMO"



El senador McCarthy en la pantalla de la televisión, uno de sus platos fuertes como presidente de la famosa Subcomisión Investigadora

CUANDO en el próximo mes de enero se reúna por primera vez el LXXXIV Congreso de los Estados Unidos, resultante de las elecciones de noviembre, el senador por Wisconsin Joe McCarthy habrá perdido la jefatura de su famosa Subcomisión investigadora, y la televisión americana, uno de sus platos fuertes. Al frente de esa Subcomisión estará un demócrata—por ahora no sabemos cuál—, y tanto sus procedimientos—tan criticados—como sus fines—tan temidos—se habrán alterado por completo.

¿Es esta, la muerte de McCarthy y del «mccarthysmo»? ¿Será declarada la veda de brujas? («Cazador de brujas» llamaban al senador aludiendo a un antiguo y pintoresco proceso de brujería, fruto de la superstición y de la ignorancia.)

Los hechos contestarán a estas preguntas; pero desde este momento podemos decir que la lucha entre partidarios y enemigos del senador será a muerte. En esta lucha están comprometidas muchas cosas, y una de ellas, sin duda la más importante, es el mismísimo partido republicano, que se está acercando a las próximas elecciones presidenciales de 1956 en plena diáspora.

En vísperas, como si dijésemos, de pasar McCarthy a ocupar su asiento en el Senado entre las filas de la oposición, se han producido dos hechos importantes en la historia del «mccarthysmo»: primero, la moción de censura presentada contra él por el Comité del senador Watkins, de Utah; segundo, la acusación lanzada por el propio McCarthy contra el Presidente Eisenhower a propó-

sito del asunto de los trece prisioneros de guerra condenados como espías por los comunistas chinos, calificando su conducta de «softnés» («blandura»). Esta acusación ha sido lógicamente interpretada como una ruptura entre la Casa Blanca y McCarthy. Una ruptura, es verdad, que se esperaba hacía mucho tiempo y que existía ya, aunque no había sido proclamada «oficialmente».

EL PROCESO DEL «MCCARTHYSMO»

Nuestros lectores conocerán, sin duda, por la Prensa diaria el desarrollo e incidencias del «proceso» contra McCarthy en el Senado. Apresurémonos a decir, sin embargo, que ese proceso, que al final no se quedó en carne ni en pescado, no fué más que una manera de «vestir» con colores escandalosos una cuestión de fondo a la que hemos de aludir irremediatamente.

El autor de la moción de cen-

sura—estos términos no corresponden exactamente al vocabulario político americano, pero de alguna manera hemos de entenderlos—fué el «Selet Senate Committee», presidido por Watkins, como queda dicho, e integrado por tres republicanos y tres demócratas. Al lado de Watkins se sentaron los dos colegas suyos: Francis Case, de Dakota del Sur, y Frank Carlson, de Kansas. Los demócratas eran: Edwin C. Johnson, de Colorado; John C. Stennis, de Mississippi, y Sam J. Ervin, Jr. de Carolina del Norte.

Este Comité fué el que propuso la «censure resolution», tras innumerables modificaciones. En ella se acusaba a McCarthy de negarse a cooperar con el Subcomité de Privilegios y Elecciones del Comité del Senado sobre Reglas

McCarthy, con el brazo en cabestrillo, después del largo y tormentoso debate en el que se le censuró por 67 votos contra 22





Joseph McCarthy muestra una de las fotocopias de documentos presentada en alguna de sus acusaciones

y Administración, diciendo que ello afectaba al honor del Senado. En la Sección Segunda se le acusaba, igualmente, de mal trato de palabra al general Ralph W. Zwicker, «tratando de destruir la buena fe que debe existir entre las ramas ejecutiva y legislativa de nuestro sistema de gobierno».

Se pedía, pues, una moción de censura para el senador por Wisconsin. La cosa tiene escasísimos precedentes en la historia del Senado de los Estados Unidos. Sólo tres senadores, hasta ahora, han sido censurados: dos, por liarse a puñetazos en el mismo Senado —¡si hiciesen lo mismo en Montecitorio y en la Dieta japonesa!—, y un tercero, por haber introducido en una sesión ejecutiva de un Comité del Senado a una persona que se creía era parte interesada.

Mientras se estaban levantando las tablas para esta «mise en scene», Joe McCarthy yacía en la cama del Bethesda Naval Medical Center con un brazo en cabestrillo.

Naturalmente, no faltó quien sospechase que McCarthy estaba representando una comedia para evadir el reto que le había lanzado el Comité Watkins. Incluso un alma caritativa llamó al «Washington Post» el Día de Acción de Gracias para decir que había visto a Joe y a sus amigos en un automóvil por la avenida de Connecticut, en Washington.

Pero ése no es el estilo del senador. Cuando llegó el momento dió la cara, y no precisamente con humildad, sino con cierta fiereza, que tanto entusiasmo a sus seguidores. Sustancialmente no se retractó de nada de lo dicho, pese a que hay que reconocer que su vocabulario es con frecuencia extremadamente duro. Que nosotros sepamos, sólo una vez retiró sus palabras, y para eso en privado y como de pasada.

McCarthy había dedicado hace algún tiempo uno de sus más floridos «piropos» al senador republicano por New Jersey Robert Hendrickson. Había dicho de él que era «un viviente milagro, sin cerebro y sin agallas». Cuando le recordaron en una de las sesiones del «proceso» esta afilada «saeta», Joe McCarthy se volvió hacia Hendrickson y, dándole una

carriosa palmada en la espalda, gruñó socarronamente:

—Bien, Bob: te devuelvo el cerebro y las agallas y pondré esto en el papel.

Fatigáramos innecesariamente al lector si diésemos cuenta detallada del «proceso». Además, hay que estar fuerte en procedimientos para penetrar el sentido de muchas sutilezas. Lo que nos importa consignar aquí es que McCarthy se mantuvo en sus trece, dramatizando unas veces y otras conduciéndose con gran ecuanimidad. Al final, los miembros del Comité Watkins se reblandecieron un poco—en el fondo no les agradaba aquel asunto—y no se votó la moción de censura contra McCarthy. La votación se hizo sobre la palabra «desaprobación», que viene a decir lo mismo, pero que guarda ciertas apariencias de benignidad. Así, McCarthy fue desaprobado, sobre todo en sus procedimientos, y la cosa quedó, por el momento, en tablas.

ESCENOGRAFIA

Más interesante para nosotros es consignar aquí el hecho de que las audiencias transcurrieron en plena atmósfera «mccarthysta». Este fenómeno, difícilmente inteligible por nosotros los europeos, ha sido siempre acompañado por cierta escenografía relampagueante, por coro de damas sollozantes y por la emoción de un final de la liga de «base-ball». De todo esto se vió en el Senado. Una venerable anciana se tropezó con McCarthy en el pasillo del Capitolio y salió corriendo, gritando en el colmo de la felicidad: «¡Le he tocado, le he tocado!»

En otra ocasión el senador se sacó el pañuelo para sonarse las narices. Un grupo de damas que se encontraban en la galería para el público creyeron que su héroe se estaba limpiando «una furtiva lágrima», y todas ellas comenzaron a llorar desconsoladamente, sacando de sus bolsos sales inglesas y polveras.

A todo esto hay que añadir algunas peregrinaciones «mccarthystas». De Wisconsin llegó una caravana con refuerzos. Y de Nueva York, nada menos que un tren especial fletado por un rabino llamado Benjamín Schultz, de la Liga Judía Americana contra el Comunismo.

Este hecho tiene bastante significación y habla de la diversidad de medios sociales, políticos y confesionales en los que ha calado el «mccarthysmo». El senador es católico, como es sabido, y cuando un rabino fleta un tren especial para trasladar refuerzos a Washington es que algo poderoso hay en las palabras y en la conducta de McCarthy.

NI CARNE, NI PESCADO

Si hemos traído a colación esta escenografía, un poco de charrinón, es porque, como decíamos más arriba, el «mccarthysmo» y lo que comporta no se puede comprender bien si le desnudamos de este aparato. Un «mccarthysmo» sin televisión, sin chorros de luz cegadora sobre la cara de los sometidos a interrogatorio, sin denuestos, sin espectaculares revelaciones habría perdido el cincuenta por ciento de esa fascinación que ejerce sobre el americano medio. Sin todo ese aparato se ventiló el caso Oppenheimer, de verdadera trascendencia, y mucha gente ni se enteró.

Bueno. Ha pasado el «proceso» y, poco más o menos, las cosas quedaron como estaban. Aunque McCarthy hubiese sido «censurado», no por ello habría perdido su escaño en el Senado, ni mucho menos. Hay un artículo en la Constitución norteamericana que otorga a ambas Cámaras la facultad de «castigar a sus miembros por conducta desordenada y de expulsarlos por una votación de las dos terceras partes». Pero que nosotros sepamos, sólo un senador fue una vez expulsado del Capitolio, y el caso de McCarthy ni siquiera se planteó en estos términos. A mayor abundamiento, el propio senador denunció la irregularidad que suponía la celebración de su proceso cuando ha sido ya elegido un nuevo Congreso.

Generalmente, una moción de censura contra uno de los miembros del Congreso se traduce en una retracción de votos en las elecciones próximas, y nada más. No parece probable que a McCarthy, sólo «desaprobado», le ocurra esto.

CRISIS

Con todo, dijimos antes que la «ofensiva contra el «bombardero de cola» de Wisconsin sólo era el vestido puesto a una cuestión de fondo, mucho más grave. ¿Cuál? Sencillamente, la crisis de la conciencia democrática americana.

A medida que hemos ido estudiando el fenómeno «mccarthysta», envuelto en tantas pasiones, hemos llegado a la conclusión de que es la misma conciencia democrática americana la que ha entrado en crisis. El «mccarthysmo» no es más que precipitado de ella. Ante él, el pueblo americano, y sobre todo sus dirigentes políticos, han adoptado dos posturas antagónicas e irreconciliables.

Para un sector de la opinión pública, McCarthy es un debelador de la tradición democrática americana. Sus interrogatorios, sus procedimientos—a veces poco nobles, es preciso confesarlo—, sus persecuciones implacables, su misma escenografía, repugnan violentamente a quienes creen que la democracia, sobre todo la democracia americana, se basa

esencialmente en la libertad de pensamiento y de asociación, aunque ambas lleguen a conspirar contra esa misma democracia. Todos recordamos los escrúpulos que difirieron por tanto tiempo la decisión de poner al partido comunista norteamericano fuera de la ley.

Convocar a un hombre ante una Subcomisión senatorial, accarlo a preguntas delante de las pantallas de la televisión y bajo una batería de luces violentas, sacando a relucir su vida privada, sus ideas, su conducta, a veces recurriendo a tretas dudosas, es decididamente algo que choca con el «instinto» democrático americano.

Parece ser, además, que las actividades de la Subcomisión de McCarthy provocaron en los Estados Unidos una tenebrosa oleada de delaciones, de denuncias anónimas, de falsos testimonios y, como consecuencia de todo ello, de injusticias. Es famoso, por ejemplo, el caso de Abe Chasanov.

Este hombre, director del Servicio Cartográfico de la Marina, en Parkview, Greenbelt, fué acusado de haber pertenecido a una sociedad comunista. El 29 de julio de 1953 le llamó su jefe de personal y le comunicó que quedaba destituido. Chasanov recibió un golpe moral terrible. Se quedó en la calle y todos sus conocidos le retiraron la palabra, a él y a su familia. Al cabo de trece meses de desesperación y de impotencia, Abe Chasanov fué rehabilitado con todos los honores. Fué el propio subsecretario de la Marina, James H. Smith, quien, en una sala del Pentágono y ante una rueda de periodistas, pidió perdón a los Chasanov por la grave injusticia de que habían sido víctimas.

Chasanov había sido vilmente denunciado por unas personas sin escrúpulos. Bastó esta denuncia para que un funcionario de conducta intachable fuese «recompensado», al cabo de veintitrés años de servicios, con una expulsión afrentosa.

Casos como éste han sembrado la alarma entre muchos buenos americanos. Piensan que en un país libre estas cosas no deben ocurrir, y tienen razón. La delación, la calumnia, la denuncia, son precisametne armas de uso corriente entre los comunistas. Los interrogatorios agotadores, en la forma a que antes nos hemos referido, también.

VIA PURGATIVA

Sin embargo, esto es sólo una parte de la verdad. La otra nos dice que en Washington, por ejemplo, y ocupando cargos que permitían el acceso a los más altos secretos de Estado, trabajaban funcionarios vendidos al comunismo, por ser comunistas o simplemente «fellow travelers», «compañeros de viaje».

En virtud de este hecho fueron licenciados en el país 6.947 funcionarios del Estado. Es indudable que puede haberse cometido alguna injusticia, como con Abe Chasanov. Pero en la mayor parte de los casos existían pruebas suficientes como para que el Estado les retirase su confianza. Recuerde el lector, por ejemplo, el famoso caso de Alger Hiss, quien precisamente ahora acaba de salir de la cárcel.

De forma que si son muchos los americanos que se preguntan si los Estados Unidos pueden seguir llamándose una democracia existiendo una Subcomisión como la de McCarthy, no son menos los que se preguntan, por lo menos con igual razón, si los Estados Unidos podrían seguir siendo una democracia si se permitiese a los comunistas infiltrarse en los centros vitales del país con su bien probada capacidad de subversión y, por supuesto, con el confesado propósito de poner patas arriba el «sistema de vida y de gobierno de la nación».

Que McCarthy y su famosa Subcomisión han prestado a los Estados Unidos, en este sentido, un gran servicio, es cosa que no se puede poner en duda. De ello tiene conciencia ese millón de ciudadanos americanos que han estampado un millón de firmas en favor del senador.

ATRAPADOS POR UNA CONTRADICCION

La crisis a que antes aludíamos parte así de dos conceptos de la democracia y alcanza, no sólo a los procedimientos, sino a los principios. De la intrínseca dificultad que hay que conciliarlos, deriva esa crisis. Este conflicto forzosamente tiene que emplazar a todo buen ciudadano ante un caso de conciencia, que podemos plantear así: ¿Puede, en verdad, una democracia limitar la libertad de pensamiento y de asociación, que son su esencia, para defender esas mismas libertades de pensamiento y de asociación?

Hoy el pueblo y los gobernantes americanos están atrapados por esta contradicción, nacida de una doctrina política en la que precisamente no impera la coherencia lógica, y que en un noventa por ciento está hecha de pragmatismo. Tejas abajo, este conflicto se materializa en hábitos mentales y de conducta tan enraizados en el alma americana, que sólo la desaparición del comunismo como amenaza mundial podría unir a los americanos, hoy divididos y confusos en una cuestión que no se puede resolver metiendo papeletas en una urna.

La división ha alcanzado de lleno al partido republicano. Este partido cuenta exactamente con un siglo de historia y, que nosotros recordemos, nunca ha atravesado por una crisis parecida.

La cuerda tenía que romperse por el punto más sometido a fricciones: la conducta a seguir frente al comunismo. La escisión republicana, arrancaba ya de la Convención de Filadelfia en 1952. Conocen ustedes la historia. Entraron entonces en colisión dos tendencias opuestas en el seno del partido: la de quienes sostenían que el G. O. P. llevaba demasiados años apartado del poder, siendo preciso ganar las elecciones a cualquier precio, aun a costa de renunciar a los principios, y la de quienes sostenían que lo primero eran los principios y la tradición histórica del partido. Los primeros votaron por Eisenhower; los segundos estaban con Bob Taft y, al final, se sacrificaron para impedir el cisma. No hicieron más que aplazarlo. El cisma se ha producido ahora y el primero en abrir fuego fué McCarthy. El senador ha polarizado así dos crisis agudas en la familia republicana, que tienen un denominador común: el comunismo.

LA SOLUCION EN 1956

Es difícil, a estas alturas, hacer pronósticos sobre el porvenir de McCarthy y de los que están dispuestos a seguirle, como Knowland, bien reconciliándose con el G. O. P., bien fundando un tercer partido, como ya se ha dicho por ahí. Sólo las elecciones presidenciales de 1956 darán una respuesta definitiva a esa incógnita.

Pero entretanto, la crisis está planteada, dentro y fuera de los Estados Unidos, y su evolución es posible que llegue a caracterizar un día diez o quince, o, tal vez, veinte años de historia de este poderoso país, que hasta ahora sólo había conocido grandes crisis económicas y no políticas, pues no podemos considerar como tales el cisma de Henry Wallace, ni la disidencia de Wayne Morse. Ni mucho menos, claro está, la guerra de Secesión, pues fué después de ella cuando en realidad nacieron los Estados Unidos de Norteamérica.

Los orígenes del «mccasthysmo» habrá que buscarlos a partir del segundo mandato de Roosevelt. Su fin, francamente, no lo vemos. Nos parece que confunden los deseos con las realidades quienes dicen que el senador está, políticamente acabado.

M. BLANCO TOBIO



Eisenhower estrechando la mano de McCarthy en Chicago durante la campaña electoral de 1952

LA VIDA DE LOS HERMANOS ANGEL y SEBASTIAN MIGUEL

De "caddies" del Club Puerta de Hierro han llegado a campeones de España de golf



Dos muchachos de modesto origen admirados y aplaudidos en los lugares más elegantes

UNAS LIMPIAS FIGURAS HUMANAS



—¿A quién quiere ver?
—A uno de los Miguel.

La señorita encargada del guardarropa del Club Puerta de Hierro, amablemente, sale hasta la puerta y me dice:

—¿Ve al del jersey amarillo? Pues es el campeón de España.

Desde la puerta le llama: «¡Angel, quieren verte!»

Desde el escenario de nuestra conversación, desde el cuidado paseo del Club, se domina el panorama casi fabuloso del «green», la ondulada y bella superficie verde del campo de juego. Una atmósfera de plena naturaleza, de árbol arrimado a las montañas, es la primera sensación que se tiene al llegar hasta aquí. Los salones del Club, solitarios en las tempranas horas de mi visita, están vacíos. Los camareros preparan los manteles en las mesas. Una mujer limpia cuidadosamente una alfombra. En una vitrina, las copas ganadas en decenas y decenas de Campeonatos. Un silencio especial, de campo grande, que da al Club una fisonomía de chalet de alta montaña.

A la llamada que le han hecho,

Arriba reproducimos una fotografía de Sebastián Miguel en un «swins», y abajo otra de Angel Miguel en un movimiento característico. En la tercera fotografía vemos a Angel recibiendo la felicitación del cñde de Fontanal, presidente del Club Puerta de Hierro

Angel Miguel abandona el grupo y viene a reunirse conmigo. Es un muchacho joven, moreno, con un aire entre fuerte y tímido, que ahora, vestido con el atuendo deportivo, con los pantalones de franela príncipe de Gales, el jersey amarillo y la visera del mismo color, le dan un aire norteamericano. Con la mano, Angel levanta con un gesto familiar y casi automático la gorra. Luego, sin más, andamos por los caminos. La mañana está fresca y los «caddies», con el saco de los



«clubs», de los palos al hombro, persiguen las pelotas.

Hay mucha gente jugando ya. Los coches se van alineando a lo largo de los paseos. «Los señores —dice Angel— madrugan.» En el camino nos encontramos con un muchacho alto, espigado, de pelo negro, alisado, con un pleno jersey rojo.

—¡Sebastián, ven aquí!

El mozo viene rápido.

—Este es mi hermano Sebastián—dice Angel.

Así he conocido a los dos campeones españoles. A los dos muchachos que, día tras día, año tras año, han llevado en el hombro la bolsa de los palos, el saco de los «clubs» y el paraguas, tras los pasos parsimoniosos de los jugadores. Ahora, en esta mañana de nuestros días, los dos tienen



Angel Miguel, ganador del Campeonato abierto de Portugal, recibiendo de las autoridades federativas la copa disputada.

prisa. Los dos hermanos, uno el jersey amarillo, otro el jersey rojo, me han dicho:

—Perdone, pero tenemos que dar clase a los señores.

Desde el otro lado del seto podía ver el «primer golpe» de Angel. La pelota blanca, minúscula, volaba por el aire. «No se fiaba Sebastián—; en la primera lección lo verdaderamente difícil es dar a la pelota...»

ONCE HERMANOS A LA MESA

Los hermanos Miguel eran de masiados a la hora de sentarse a la mesa. Once hermanos comienzan, amén de los padres, significa algo así como el preliminar de un buen rancho regimental. Así lo debían de entender los muchachos, porque desde bien pronto comenzaron a traer el pan a casa. «Éramos pequeños, pero ya sabíamos bien lo que pasaba...»

El padre, Francisco Miguel, trabajaba en unas tierras que luego, con mucho esfuerzo, pasaron a ser suyas. Un pequeño huerto que apenas daba lo mínimo para el batallón. Vivían en Valdeconejos con la naturaleza próxima y cercana como un acicate para los muchachos. Puerta de Hierro estaba próxima.

Tradicionalmente, en aquellos tiempos, Valdeconejos parecía tener dos misticnes. De un lado, los muchachos se sentían tentados por el oficio de «caddy» en el Club. Desde los altos de las tierras, en las escapadas, podían adentrarse hasta el campo verde, maravillosamente cuidado y apacible del golf. En el barrio había siempre algún crío que ya estaba empleado allí. Entre la algarabía familiar de los gritos, los hermanos, que eran ocho varones y tres hembras, fueron intentando la oposición al Club. Antes de Angel y Sebastián otros Miguel abrieron la ruta. Cuando después del primer día volvían a casa se les preguntaba:

—¿Y qué hiciste?

—Pues ya soy «caddy»—decía Roberto barbarizando un poco la palabra inglesa.

—¿Y eso qué es?

—Pues llevar la bolsa de los palos y recoger las pelotas.

—¡Uf, qué fácil!...

La otra misión que parecía estar asignada a Valdeconejos era, en muchas ocasiones, el proveer de empleadas al Instituto Llorente que está situado por aquellos alrededores. De un lado al otro, de la blusa blanca a la caminata por aquellas tierras que parecían estar todavía fuera de los problemas de las aglomeraciones y de los tranvías, los muchachos partían sus preferencias. Unos palos y unas piedras podían ser feliz sustitutivo de los «clubs» y la pelota oficiales para el golf. Otras veces se tenía ya, como un tesoro, un palo auténtico, aunque viejo y destartado, regalado por uno de los socios, se convertía en el centro de todas las admiraciones. A veces también aparecía una pelota «que se perdía...»

«No por nosotros que siempre fuimos de verdad. Los señores»

—dicen con una admirable y varonil humildad que asombra un poco—siempre nos han querido porque nosotros no perdíamos nada...»

Así, pues, iba creciendo el hormiguillo del juego.

«IBAMOS A LLEVAR LA COMIDA»

La forma en que fueron entrando los «Miguel» en el Club no deja de ser pintoresca. El primero que entró fue Roberto. Un amigo de la familia, a quien se presentó la madre para ver «si podía hacer algo», se interesó de verdad y le metió allí. Lo demás que se lo ganen ellos. La madre regresó alborozada a casa: «Ya tienes trabajo.»

Como no había ni que pensar en que pudieran comer en el Club, otro de los mozos cruzaba el campo cada mediodía con el puchero metido en una cesta. La comida era algo así como una bomba cargada de posibilidad-

des. «Se veía aquello de cerca.»

Uno tras otro, los hermanos, llevando la comida, se convirtieron en «caddies». Después de Angel le tocó la ocasión a Sebastián. Y así se terminaba alegremente el coro de los chicos menores. Cuando se quedó también Sebastián no quedaba en casa nada más que la madre. Y la madre subía los campos con su puchero.

—¡Y buenos pucheros que nos llevaba!—dice Sebastián, y sorprendido, como si cayera por primera vez en la vida de aquellos días, añade—: ¡Y caliente que llegaba todavía la comida!

Pies ligeros de madre, muchachos.

LA HORA DE LAS BOMBAS

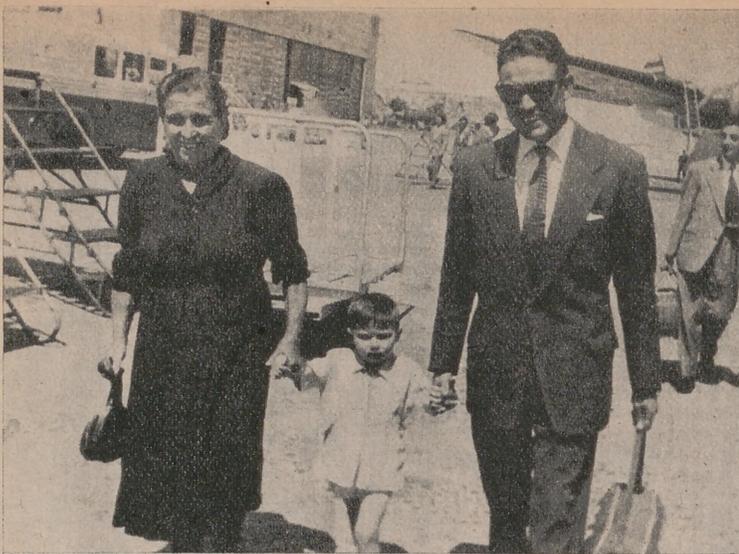
Más arriba del «green», buscando la sombra de un breve bosquecillo, se ven aún las líneas de las trincheras. Un obús, una «espoleta», dice uno de ellos, alcanzó al padre. Estuvo herido durante ocho meses. Parecía tan pronto bien como mal. La herida de la pierna se infectó y no hubo remedio. Todo lo que tenía la familia, el poco y el mucho, se gastó en medicinas. El huerto familiar se fué otra vez, por traspaso, al dueño antiguo.

Pero por una azarosa y fatal circunstancia, los años bélicos no terminaron para los Miguel con la muerte del padre. Una hermana, la que Angel y Sebastián consideran la belleza de la familia, resultó muerta durante un bombardeo en una calle, por Francos Rodríguez. «Se empeñó en recoger a un herido...»

Cuando los dos hermanos rememoran la escena no pueden evitar la emoción. Sebastián, como si hablara para sí, repite: «Todo el mundo que la conocía decía que era guapísima...»

«LA CIUDAD NO NOS GUSTABA»

Angel y Sebastián son dos muchachos que siguen siendo, en buena manera, los muchachos que eran. Angel tiene ahora vein-



La madre de Angel Miguel y uno de sus sobrinos acompañan al campeón en esta fotografía obtenida en Baraja, a su regreso de El Cairo

ticinco años. Sebastián, veintitrés. Los recuerdos, los que tienen, afloran espontáneamente; las cosas que les han ocurrido, los Campeonatos, los viajes por el mundo, todo lo que forma parte de su gran experiencia actual, apenas si ha transformado su existencia de viejos «caddies». El alma sencilla sigue llamando, sin un solo rictus, «señores», con respeto y con cordialidad, a los socios que les han ayudado, visto crecer y convertirse en campeones.

Ahora, al hablar de la muerte del padre y de la hermana. Al recordar los años malos, dicen una cosa importante, algo que retrata, en cierta manera su naturaleza montañesa: «Nos hicimos a la vida de campo, a la vida un poco salvaje...; no nos gustaba ir a la ciudad. Las colas de los trolebuses y de los tranvías...; de los cines...»

En el Club era distinto. Desde bien temprano el campo estaba en su recorrido. Con la bolsa al hombre se recorrían diariamente muchos kilómetros. Cuando llegaba la noche entregaban el dinero que habían recogido al hermano mayor, a Hilario. Era ésta una tradición natural. Nadie se lo había dicho. Pero era Hilario el encargado de dárselo cada día a la madre. A veces llegaban, entre los «caddies» familiares, a las 75 pesetas. Otras veces menos. «Para comer—dirá Sebastián—las tres comidas bastante curiosas...»

Los entretenimientos y gastos eran mínimos. Se pedía dinero a la madre para el cine y para «pipas». Las «pipas», sobre todo para Sebastián parecen ser importantes. Juguete de como y come mientras con un palo viejo se intenta un buen golpe. «Los domingos—dice Angel—no salíamos de casa...; la ciudad llena, abarrotada, nos asustaba. Aun hoy, donde nos gusta estar es en el «green». Y pronuncia el «green», el verde en que se clava la bandera en el agujero, como si se tratara de algo verdaderamente definitivo e importante.

SEBASTIAN, A VIAJAR DESDE LOS TRECE AÑOS

En el Club se celebran anual-

mente Campeonatos entre los «caddies». Los socios vigilan ceremoniosamente esta cantera porque de ella suelen salir posteriormente los profesores. Los campeonatos ejercen un estímulo importante sobre los muchachos. Saben que tras esos torneos están pequeños, pero importantes títulos: el de «caddy» jugador, «cady» profesional, profesor y, ¿por qué no?, un campeón.

Los Miguel sienten el Club, el «green» como algo suyo. Y lo curioso es que se trata de un amor deportivo y al mismo tiempo respetuoso. Ningún empaque campeonil, nada descriptado y agrio se desprende de ellos. Están en ese lado rústico, humilde y confortador que hace de ellos simplemente unas limpias figuras humanas.

A Sebastián lo tomó por su cuenta don Enrique Fernández Villaverde. «Lo poco que sé hablar—dice Sebastián—de él lo he aprendido.» La gente se preocupaba de los muchachos. Los socios aprobaban ya el «swing» y el «stroke» (el primer movimiento y el movimiento completo para dar la pelota) de Angel. Roberto el otro hermano, parecía que iba a convertirse en un gran campeón. Las cosas iban así en esa lenta cuesta del poco a poco.

Tenía Sebastián trece años cuando una noche se presentó en casa con una noticia sorprendente: «Me dice don Enrique que si me das permiso me lleva con él de «caddy» a San Sebastián...»

La madre, con su pañuelo negro, se presentó al día siguiente en casa de don Enrique.

—Yo, sí señor, le doy permiso. Sé que estará en buenas manos...

«Fijese, en ese viaje con don Enrique, que me ha tratado como un padre, me empecé a dar cuenta de la vida. Me decía: el tenedor se coge así...; piense que todo lo teníamos que aprender—dice repentinamente emocionado el mozo—porque en casa éramos tantos que madre no se podía ocupar más que de tenernos la comida...»

En esos años Sebastián viaja por España con su protector. Asiste impacientemente, «dándole y recibiendo buenos consejos», dice con ingenuidad, a los cam-

peonatos de golf en los que el señor Fernández Villaverde se presentaba.

Algunas veces la bolsa, el saco en que se llevan los palos, pesaba en el hombro. Sebastián se volvía hacia don Enrique:

—Así no voy a crecer...

Uno averigua entonces que el «bag for golf clubs», la bolsa de los palos, viene a pesar unos 14 kilogramos. Y que no es bien visto el «caddy» que la apoya en el suelo. La tradición exige que se lleve en el hombro, que en él repose.

—¿Y qué le dice ahora don Enrique Fernández Villaverde?

—Siempre que me ve me dice: Y decías que no ibas a crecer...

En el transcurso de esta conversación animando los recuerdos, resucitándolos, se asombra uno de la fuerte entereza de estos muchachos, que no sienten, varonilmente, decir las cosas, en mostrar, sin una sola duda, su agradecimiento.

—Mire ahora que he crecido tanto—dice Sebastián—, ya no me vale la ropa de don Enrique...; antes nunca compraba nada.

LOS «CADDIES» PROFESIONALES

Estamos ahora ante la primera parcela verde del «recorrido» de los 18 agujeros. Ante las piernas, verde pista, ondulaciones y banderines, unos ocho kilómetros de marcha. Angel da el golpe. El «caddy» que lleva con él mira, como yo, la pelota que busca el «green». La verdad es que a la cuarta la pelota hace buen juego. Entonces el campeón de España empieza a contarme eso que es el muchacho que nos acompaña. A los veintitrés años me hicieron ya «caddy» profesional. Cuando siendo «caddy» profesional se gana algún campeonato existe la posibilidad de hacerse profesor. No se elige a cualquiera; los Miguel son profesores. Angel, desde julio de 1954; pero han tenido que pasar por una serie de reglas.

—¿Cuáles?

—Una de ellas es el comportamiento. Por muy buen jugador que sea uno el comportamiento lo es todo. Después—dice—hay que saber las cuatro reglas y leer y escribir...

—A mí—dice el mozo Sebastián—, desde que me han hecho profesor sufro más. Desde que tengo responsabilidad mi vida está como asentada; ya no ando tan suelto como antes...

Llevan los dos muchos años jugando al golf. En el invierno hay que llevar siempre en la bolsa el paraguas. Los socios juegan con bueno y con mal tiempo, y entonces hay que hacer frente a los chubascos. Otros días se trata de la lluvia; pero el paraguas es siempre indispensable. Sebastián Miguel, que parece querer resumir todos los recuerdos en uno solo, dice una cosa notable: «A mí me han crecido las manos jugando al golf...; yo siempre tuve unas manos muy pequeñas...»

Angel, que tiene dos años más, de vez en vez interrumpe a Sebastián: «Eso no es así.»

Les pregunto por Roberto. Roberto parecía iba a ser una gran promesa. En esta familia de «caddies» y jugadores se dan los

tipos humanos sobresalientes. Roberto participa en los Campeonatos nacionales de 1946. Salió también a Francia, donde alcanzó un octavo puesto. «Como profesional, el séptimo, para el dinero, como solemos decir—explica Angel—: porque iba un «amateur» muy bueno...»

SERVICIO MILITAR: EN AVIACION

Otra tradición entre los hermanos. Sirven los «caddies» Miguel en el Arma de Aviación porque inveteradamente así se ha hecho a la hora de servir en el Ejército.

—Yo—dice Sebastián— nada menos que en las cocheras de Quintana, 7, las que pertenecen al Estado Mayor del teniente general Gallarza...

—¿Es que sabe conducir?

—Me enseñó también don Enrique Fernández. A los dieciocho años me sacó el carnet de conducir y me dijo: Ahora sigues jugando y si después vales, mejor; pero, caso contrario, así tienes una manera de ganarte la vida...

—Nuestra madre—dice Angel— bien que le quiere.

—¿Y qué dice ahora su madre de los triunfos?

—Pues, mire, cada vez que nos ve en los periódicos se le saltan las lágrimas.

Recuerdo ahora una conversación que sostenía hace unos días hablando de estos muchachos con Edmund Howard, secretario de Información de la Embajada británica. Me decía: «En el Campeonato, la madre, una mujer de pañuelo negro, asistió a la comida con su hijo, que lo acababa de ganar. Era una escena tan sencilla y emocionante que gusta recordarlo.» Y añadió: «Una cosa muy simpática.»

EL CLUB PUERTA DE HIERRO

Los Miguel, porque así hay que llamar a esta generación de «caddies», se han formado en el Club. Ese juego del golf, que es, ciertamente un juego de área restringida, un juego que no cuenta con una dimensión popular, como ocurre en Inglaterra o en Norteamérica, ha tenido con los Miguel una alteración sustancial. Ha puesto simplemente el juego en contacto con la emoción y la simpatía de las gentes. ¿Por qué? Por ese hecho limpio y escueto de ser los Miguel dos mozos azarosos, dos muchachos de modesto origen que han llevado la representación del juego de lujo por el mundo. Y eso, creo, es importante.

Angel y Sebastián, cuando hablan del Club, dicen cosas como éstas: «Ahora, aparte de lo que ganamos dando clases, nos han puesto un sueldo para que todos los días podamos entrenarnos para los Campeonatos un par de horas...»

Y estos muchachos, los Miguel, crecidos en esta verde naturaleza, parecen tener una esperanza: que el juego se extienda.

—¡Uí!—dice Angel—; en Norteamérica no hay quien gane. Allí juega todo el mundo. Y no se crea que se necesita tener mucho brazo. En Chicago vi jugar a Joe Louis, y lo hacía regular...

LOS CAMPEONATOS

Mientras Sebastián está en el Ejército de Aviación, Angel con-

sigue sus primeros triunfos importantes.

En septiembre de 1952 Angel Miguel salía por vez primera, llevando sus palos fuera del marco de Madrid. «Tenía—dice el muchacho—un complejo de inferioridad terrible...; además, en los Campeonatos, los nervios le van trabajando a uno».

Quedó en el sexto puesto y ganó la primera suma importante, dice sonriente; unas 1.500 pesetas. Pero allí había competido con extranjeros.

Cuando vuelve otra vez a ser «caddy» a pasar por la humilde tradición de llevar al hombro la bolsa de los demás, don Francisco Brandón, uno de los socios, reñía cordial a Angel: «Eres un vago.»

—¿Y por qué?

—Porque—dice el vivo Sebastián—algunas veces se retrasaba.

—¿Y qué dice ahora don Francisco?

—¡Hombre, si alguna vez me decía algo era para ayudarme! Ahora, cuando me ve, dice: ¡Cualquiera iba a decir que ibas a llegar a ser un campeón de golf!

Y al contarlo los dos hermanos, sonrientes, recuerdan la anécdota con simpatía. Pareciera que ellos no han tenido intervención en sus éxitos.

EL CAMPEONATO DE ESPAÑA. POR UN PUNTO

Cuando en mayo de 1953 el «caddy» Angel Miguel se presenta al Campeonato de España de profesionales le temblaban un poco las piernas. El primer día de la competición hizo las «vueltas» bien. Al segundo día estuvo mal; pero ya parecía decidido que la competición estaba entre don Marcelino Morcillo y él. En la cuarta vuelta Angel Miguel quedaba a su altura. La competición cobraba así, repentinamente, un alto interés.

A la mañana siguiente, en los primeros 18 agujeros, los dos jugadores quedaban empatados. Morcillo, un gran jugador, se animaba también en la lucha. En la tarde parecía evidente a todos los espectadores otro empate. Así iban hasta que en el agujero 16 Angel Miguel le sacó un punto. Ese punto dio al «caddy» el Campeonato de España.

—Y yo—dice Sebastián—aquella tarde no pude salir del cuartel. ¿Qué le parece?

Angel Miguel en aquella hora de triunfo, recibió la felicitación de Morcillo. De Morcillo, de quien por extraña casualidad, había sido numerosas veces su «caddy». Los dos muchachos, callados durante un momento, se quitan la palabra para decir lo mismo: «Ha sido siempre un maestro para nosotros.»

LA INVITACION PARA CHICAGO

El campeón nacional de España de golf profesional recibió una invitación para asistir al Campeonato del Mundo, que se celebraba en el campo de Tomosante. Es un viaje impensado, que rompe el equilibrio familiar: quince días antes de marchar Angel Miguel se había casado.

—¿Y el viaje de bodas?

—Hubo que suspenderlo... Fijese para arreglar tantos papeles...

Angel pasó veintidós días en Chicago. La ciudad le sobresaltó. Los Campeonatos, los tres que se celebraron, contaban con la intervención de centenares de jugadores. Angel, que no sabía una sola palabra de inglés, salvo, naturalmente las que se referían al juego, lo pasó mal hasta que encontró la tabla salvadora de un matrimonio colombiano. Con ellos comenzó a dar la vuelta al gran tiovivo de una gigantesca ciudad norteamericana.

Una de las cosas que aparece siempre en la conversación de los Miguel es siempre la misma: los dos hermanos se emocionan sólo de recordar lo que es representar a España fuera. Sebastián dice: «Dan escalofríos.»

Angel: «Yo entré en un gran almacén y ahí en el tocaciscos que ponían esa canción famosa del «bayón»... Yo, claro está, ya sabía que no era española... Pero en aquel ambiente me recordaba tan intensamente a España que la puse cuatro veces, a 25 centavos de dólar por vez... La gente me miraba como si estuviera loco...»

Es de una sencillez tan extrema el relato, tan fuera de todo propósito de contar algo extraordinario, que transcribo esa incoherencia del «bayón» como un dato que refleja bien fielmente la sensibilidad del muchacho.

No tuvo un puesto ni mucho menos extraordinario Angel Miguel entre los concurrentes. En el primer Campeonato quedó en el puesto 90; en el segundo en el mundial, en el 62. En el tercero hacía el 70.

—¿Y qué más?

—No le puedo decir todo lo que vi. Le diré que fui un héroe presentándome allí sin saber ni una palabra de nada. Nada más que el orgullo y el deseo de representar a España...

EL CAIRO EN DIA DE HUELGA

La siguiente visita de Angel Miguel al extranjero fué a El Cairo, invitado por la Federación Egipcia. Fué en avión, y en Roma estuvo seis horas...

—¿Conoció la capital?

—No salí porque no tenía visado... Además yo no me moví allí hasta que no me llamaron para subir al avión... no sea que me dejaran en tierra...; no estaba yo muy ducho todavía en los viajes.



Los hermanos Sebastián y Angel durante la entrevista con nuestro redactor

En ese viaje a El Cairo, Angel Miguel conoció al campeón de Italia a Angelino, que realizó con él la travesía.

En El Cairo, a pesar de que llegaron a las dos de la mañana, les hicieron un gran recibimiento. Pero, a los dos días, la ciudad estaba paralizada por las huelgas. En el Club, dice Angel, no daban ni agua. Los «caddies» tampoco estaban dispuestos a trabajar. Menos mal que, para nosotros, se arregló todo en seguida... yo no me sentía bien con tantos líos. Son cosas que dan respeto, dice sencillamente, cuando se está fuera de casa.

En el campeonato de El Cairo quedó en el puesto 16. En el de Alejandria que se celebró después llegaba a la final. Mientras tanto, para animar la vida de los últimos días, el vicecónsul de Argentina los llevó a todos a una excursión por el canal de Suez y el mar rojo.

—¿Y qué tal?

—Pues puede imaginarse. Eran los días aquellos de los ingleses... Se contaban bulos terribles. Todos los días había muertos...

LA COMPETENCIA ENTRE LOS DOS HERMANOS

Al regreso del servicio militar, Sebastián se incorporó de nuevo a la lid del golf. Los dos hermanos, noblemente, rifen la batalla deportiva del Campeonato de España de 1954. Este es un momento de gran emoción en la conversación. Al vencedor le duele haber vencido. El vencido se alegra de la victoria del vencedor. Pero la guerra es la guerra. Las vueltas favorecían a Sebastián.

—Le sacaba ocho puntos—recuerda un poco apesadumbrado Sebastián—. Tenía casi ganado el Campeonato...

—No digas «tenía», hasta que no lo tengas en la mano...

—¡Hombre, con ocho puntos que te llevaba...!

—Pero ya sabes que mi fuerte está en eso precisamente, en hacer una jugada imprevista en el peor momento...

Durante un momento, los dos hermanos se han batido en la conversación. Las palabras iban y venían como la pelota de caucho.

La victoria se inclinó por Angel Miguel, que así revalidaba el título nacional de España por segunda vez. Antes habían estado en otros sitios, pero esta victoria colocaba a Sebastián a un punto del hermano. De ahora en adelante el vencedor tendrá que afinar. Aquí, después del campeonato, los dos hermanos salen a representar a España a América. Angel otra vez a Chicago. Sebastián con su pareja, Carlos Téllez, a Canadá.

Este es el momento quizá más emocionante y singular de la vida de estos dos «caddies». Un punto culminante que les va recogiendo en las fotografías y en las peripecias de una lengua que no comprenden. De unas costumbres y unas relaciones que afinan su naturaleza amiga del «green», del verde campo.

Ahora, los dos, se recuerdan mutuamente estos últimos meses de la gran aventura de su vida. Angel dice:

—Yo tengo un padecimiento de

hígado, y con los viajes y las comidas me puse peor...

—¿Qué comía en Chicago?

—Mire, me aprendí lo de la carne y los medios pollos y no salía de ahí... El cuarto de pollo tres dólares... El filete y otro poco más que comía en un restaurante italiano, ocho dólares.

—¿Qué dietas tenía?

—Nos daban 20 dolares diarios para pagar la comida y el «caddy». La estancia y los viajes nos lo pagaban ellos...

—¿Conoció a mucha gente interesante?

—Tengo un libro de autógrafos con unas 200 firmas. Tengo la de Joe Louis. También la de Clark Gable...

—¿Habló con él?

—Sí, me dijo, a través de un amigo, que tenía muchos deseos de venir a España. Que había estado en una ocasión, pero brevemente y que ahora quería venir a pasar más tiempo. Hasta creo que dijo al argentino que me servía de intérprete, que lo iba a hacer este mismo año...

SEBASTIÁN, EN EL CANADA

Era agosto cuando Sebastián y Carlos Téllez marchaban para el Canadá. Por una limpia casualidad, el día que comenzaba el Campeonato, en el sorteo la primera nación que salió fue España y, el primer nombre, Sebastián Miguel.

—Cuando yo lo oí me sobrecogí de emoción... me entraron unos escalofríos terribles. Tenga en cuenta que, entre 25 países, nosotros representábamos a España.

El vicecónsul de España en Montreal, señor Daniel Iturralde, no se separó un momento de ellos. Fue, además su jurado durante la competición. El embajador, que había estado los días anteriores con los jugadores, tuvo que salir ese mismo día a cumplir unas misiones oficiales... Antes les había preguntado:

—¿Cómo andáis de ropa?

Sebastián Miguel le explicaba cuáles eran las prendas reglamentarias que tenían.

—Quiero—decía el embajador—que vayáis impecables a representar a España...

Les llevó al almacén que tiene su hermano en Montreal y le dijo:

—Vístelos de arriba abajo y me lo pasas a mi cuenta...

En el Campeonato se quedaba bien. De 25 países, España quedaba en el puesto 12.

El cónsul de Montreal, las autoridades españolas, les arreglaban rápidamente la documentación para que pudieran pasar un par de días en Nueva York. La aventura, pues, se corría en grande. El «caddy» Sebastián podía pensar que el mundo es un pañuelo. Que la lámpara de Aladino es un club de golf y una pelota blanca.

EL CAMPEONATO ABIERTO INTERNACIONAL

En el Campeonato abierto internacional, en España, iban a competir otra vez los dos Miguel. La balanza se inclinó, en esta ocasión, por el benjamín. Sebastián salió vencedor con seis puntos de ventaja sobre su hermano, que quedaba en un inmediato segundo lugar.

Una vez tras otra, con energética insistencia, con tenacidad deportiva, ajenos a cualquier tensión de enemistad, los hermanos Miguel combaten por los mejores puestos. Uno dice:

—Lo más importante es la flexibilidad de la cintura.

El otro contesta:

—Lo más importante son los brazos. Unos brazos sin músculo, suaves al impulso...

—Las piernas—dice Angel—tienen que ser muy fuertes. Hay que estar de pie durante horas enteras.

—Oiga, Sebastián, ¿qué ganó, entre una cosa y otra, con el Campeonato abierto internacional?

—El Campeonato eran 25.000 pesetas, la copa Vallejo, 5.000 y 7.000 de regalos. Todo eso gané. Además me dieron un reloj de oro...

LA FAMILIA MIGUEL, A PORTUGAL

Creo que en escasos deportes se habrá dado el caso de que en una selección nacional de seis personas, tres sean hermanos. Y más, sobremanera, que esta «triple alianza» se produzca en el campo de un juego tan extremadamente minoritario como lo es, al fin y a la postre, el del golf. Pues bien, éste fue el caso de la representación española en Portugal. De los seis, tres eran los «Miguel». Roberto, Angel y Sebastián.

En este viaje, precipitado y sin seguridad de asientos en el avión, hubieron de decidir, a última hora, por exceso de equipaje, que los viajeros con billete condicional, que eran Angel y Sebastián, dejaran las maletas en Barajas. Hubieron de llevar, única y exclusivamente, las bolsas de los palos. No otra cosa.

Al día siguiente llegaron a Lisboa el resto de los expedicionarios que, vertiginosamente, para poder concurrir tuvieron que tomar un taxi y presentarse, desde el avión, al campo de juego.

En el Campeonato de Portugal intervenían los mismos jugadores que lo hicieran en el «abierto internacional» de España. Sebastián, medio enfermo, bajaba al 16 puesto. Angel alcanzaba el primero. Volvía, pues, a plantearse otra vez el pugilato. Un pugilato siempre pendiente.

De vuelta de Portugal, los dos hermanos, Angel y Sebastián, fueron seleccionados para ir a París. Estos muchachos convertidos en viajeros de España han estado ya en muchos sitios. Los países, repentinamente han pasado y permanecido, calladamente, en sus pasaportes de jugadores de golf. Pero lo verdaderamente estimulante es encontrarles, ahora, en estas frescas horas de la mañana en el campo. Oírles decir:

—Anímese, el primer golpe se suele dar en el aire...

Sebastián, que se lleva de vez en cuando la mano a la cara, al repasar los recuerdos se emociona un poco. Los dos «caddies», abierto el estímulo, serenos y firmes en su modestia son un buen ejemplo para todo el que comienza:

—¿Qué consejo darían?

—Tener paciencia.

Enrique RUIZ GARCIA

(Fotografías de Aumente.)



DIALOGO CON LEON DEGRELLE

ACABA DE APARECER EN MADRID SU LIBRO "ALMAS ARDIENDO"

LEGUE, lo vi y lo conocí. Nunca había hablado con él. Pero hay fisonomías que el tiempo, por cruel que haya sido, no desfigura. Esta de León Degrelle, jefe en otros días del movimiento rexista de Bélgica, es una de ellas.

«Si es usted León Degrelle, le ruego me permita unos minutos de charla. Soy español.» A esta tarjeta respondió con una sonrisa abierta, franca; con gestos de mucha expresividad. Y charlamos.

—¡Oh, español, español!

Clamando «¡español, español!» y reafirmando por mi parte que sí que era español, y además andaluz, nos sentamos. No hizo falta más. Sentí, por español, una gran satisfacción.

—Yo «estaba» muy amigo de José Antonio.

—¿Es que conoce bien España?

—Mucho. Mucho. De joven soñaba ir con mis padres. Durante vuestra Cruzada de Liberación recorrí varias ciudades e incluso el frente. Y después..., después de la última guerra europea, cuando el armazón defensivo de los combatientes contra Rusia cayó hecho pedruzcos, yo, soldado belga en los helados campos de Rusia, me agarre a esa roca firme de vuestra Península como naufrago de una gran tragedia.

UN HOMBRE CURTIDO EN LA LUCHA

León Degrelle, con sus ojos aguileños divagando por el horizonte, como dejos de mí, prosiguió en tono más bajo. Hablaba

para sí, para su propia memoria. Hacía la síntesis de un pasado, hondo y siempre vivo en él.

—No lo olvidaré. El recuerdo de España irá siempre conmigo.

Sin embargo, no pude observar el menor atisbo de blandenguería. Si una gratitud a sangre y vida. La gratitud de un hombre curtido en la lucha, duro, cinámico, vital, emprendedor, construido mentalmente para animar. Un hombre de pensamiento para la acción inmediata, de pensamiento operante.

León Degrelle conoce, ha saboreado las explosiones masivas en los triunfos. Pero también sabe, ha tragado la cicuta de los reveses, del desastre. A la hora de valorar prescinde de sus propios sentimientos. Analiza las cosas tal como son en sí o como han sucedido. Hombre de lucha. A esta conclusión llega uno hablando con él.

A los veintinueve años tenía tras sí una masa del pueblo belga. Era capitán de un movimiento, el rexista, muy social, basado en principios del catolicismo. Inquieto, de fácil y ardiente palabra, gran parte de la juventud estaba con él. Personalmente consiguió más votos que ningún otro diputado de su país.



Esta es la más reciente fotografía de León Degrelle

—Estuve a unos milímetros del Poder.

Decía esto agitando los dedos como él que quiere acercar una cosa que se desea impacientemente, apretando los dientes, alargando el cuello hacia adelante y contrayendo los pómulos. Algo oratorio. Aunque estábamos solos, creí que hablaba a muchos.

Bajo aquel cutis curtido y bronceado por el sol, aquel traje gris oscuro a rayas, también debido a estar mucho bajo el sol; aquel pelo liso y algo entrecano, peinado hacia atrás con ligera inclinación a la izquierda, me pareció entrever una tragedia, las huellas de grandes borrascas por que ha debido pasar su ánimo.

Mis ojos me daban esta estampa: un campesino algo acomodado que se encuentra de paso en la capital:

«¿Hará vida de campo?», dije

para mí. ¿Qué puede hacer un hombre tan separado de su patria, un hombre condenado a muerte en su país? ¿Vive a solas con el sol, con el aire, con las nubes que pasan? ¿Lejos de los hombres, vive a solas con sus recuerdos y esperanzas? ¿Qué piensa un hombre así, un hombre dinámico en estas circunstancias, fuera de su tierra natal, fuera de su propio continente, desconocido, silencioso por fuerza, con todo extraño y a veces receloso?

NOTAS DE PAZ, DE GUERRA Y DE EXILIO

—Tenga usted. Posiblemente encontrará lo que busca.

Me dió un libro. El título, *Almas ardiendo*. Traducido al castellano y editado en Madrid, con prólogo del doctor Marañón. Leí ur: subtítulo: «Notas de paz, de guerra y de exilio.» Al final un sumario dividido en cinco partes, y una serie de títulos todos vitales, de movimiento, de nacimiento, de caída. Un sumario donde no hay más que vida, en su orto o en su ocaso, pero vida.

«Agonía del siglo», «La tierra original», «Corazones y piedras», «El despertar de la carne», «Perfil del dolor», «Crucifixión eterna», «Haber amado mal», «Nadie», «El poder de la alegría», «La gran retirada», «Domar los corceles», «Flotilla de almas», «Cimas»... He ahí algunos de los treinta y dos títulos que aparecen en el sumario final.

Y al principio: «A Chantal, Anne, Godelieve, León-Marie y Marie-Christine.»

—¿Tiene usted familia?

—Sí. Mis padres han muerto después de dos años horriblos de cárcel. Mi mujer y mis niños estaban en Suiza en 1946. Los suizos los entregaron a los aliados. Condenaron a mi mujer a diez años de trabajos forzados. Mis hijos han cambiado de apellido y nombres de pila. Ignoro todo de ellos después de diez años.

Da media vuelta en el asiento y mira lejos, tal vez el continente europeo, no muy lejos de nuestro lugar de charla.

—No. Ni mi mujer ni mis hijos tienen culpa. La política es una vocación. El político solo es el responsable. Mi mujer está en libertad vigilada, tras varios años de cárcel.

Teníamos el diálogo en torno al corazón. Llevé mis ojos al capítulo «El corazón y las piedras.» ¿Qué dirá?



Degrelle abraza a esta niña de la familia con la que vive en exilio, con la nostalgia de los hijos a los que no puede ver

Leí: «¿Qué nos dicen esos tabiques, esa cocina, abierta al sórdido jandincito lleno de piedras, y los estrechos senderos, sin rincones imprevisos, sin follaje y sin nidos? ¿Qué nos dicen esas camas y esos muebles, puestos de cualquier modo, incómodos, molestos, como si se sintieran fuera de su ambiente, pobres, desgraciados nómadas, como nosotros?»

«Porque los muebles tienen alma, como nosotros.»

«Ese arcón que estorba en el pasillo, ese reloj de pared que se ha parado para no molestar, han vivido también antes y han conocido una verdadera casa, han tenido durante cien años, durante doscientos años su sitio, sus tropiezos, su dolor. Sus puertas se abrían como alas. Las horas surgen cantando del reloj de pared.»

«ME SALVE PORQUE CREIAN QUE CONOCIA LOS SECRETOS DE HITLER.»

Me miraba cuando levanté la vista. Conoció sus patéticas ocupaciones, que por la expresión de su cara nunca podría conocer. La eterna nostalgia del exilado: su hogar. El emigrante es un tipo humano esencialmente nostálgico, en el cual el mito del hogar perdido desempeña a caso una función más profunda que las esperanzas de una tierra de promisión, por halagüeñas que sean. Así lo ha dicho otro exilado de otro país.

«El recuerdo—seguí leyendo—de las horas errantes en esa prisión del alma que es el cuarto del hotel, nos pesa y nos oprime.»

—¿Por qué ha escrito este libro, señor Degrelle?

—El político no sólo debe dar leyes. Ha de dar también alma al pueblo. Hay que escribir. El libro es para incendiar a la juventud.

Pero es posible que la visión de un político fuera de su tierra original, solo, sin conexión alguna, bajo mirada hostil, no pueda llegar por influencia de sus intimidades a certeras concreciones, o, por lo menos, a las más adecuadas en su momento.

—¿Y usted no ha experimentado en el destierro cambio psíquico alguno?

Reía por la pregunta, mientras que con la mano izquierda no dejaba de sacudir la hebilla de una gran cartera de cuero que tenía a su lado.

—No. Nada. Tan sólo me he hecho un poco más perezoso—siguió riendo.

Molestaba el ruido de los motores. Nos daba en cara el cosmopolitismo del ambiente. Los más diversos rostros, idiomas, atuendos y modales se sucedían. No era lugar de quietud. Era lugar de paso.

Fuimos por las calles. Alto, fuerte, inquieto y rápido, hablaba volviéndose. Mi paso era más lento.

En la solapa llevaba las insignias de las Hojas de Roble. Degrelle se alistó como soldado raso en la cruzada anticomunista del frente del Este. Ascendió a general por méritos de guerra. Fué herido cinco veces. En su hoja de servicios están anotados sesenta y dos combates cuerpo a cuerpo. Posee, entre otras altas condecoraciones militares, el Co-

llar de la Rittkreuz y las Hojas de Roble.

—¿Y usted entró en guerra sólo para combatir el comunismo?

—Para eso y para redimir a mi patria de la ocupación alemana. Muchacho en la Universidad, marché en el fondo de un barco a Méjico, cuando las persecuciones religiosas de Calles. Fué mi primer encuentro con el comunismo.

—¿Consiguió algo?

—Cada año nuestra posición se hizo moralmente más fuerte. Nuestro programa de reunión de las antiguas provincias de la Gran Bélgica de la época de Carlos V fué reconocido oficialmente por el Gobierno alemán. En diciembre de 1944, antes de la ofensiva de las Ardenas, Hitler me reconoció como jefe nacional de mi pueblo.

Y me contó la película de su vida durante el primer año de la segunda guerra mundial. Fué entregado por las autoridades belgas a los franceses al comenzar las hostilidades. De un camión cargado de personas, hombres, mujeres y niños, sólo él se salvó de la bayoneta francesa.

—Me salvé porque creían que conocía los secretos de Hitler

Mientras su familia, considerándolo muerto, encomendaba su alma a Dios y la Radio Berlín le dedicaba una emisión necrológica, fué a parar a un penal de la isla de Re, antesala de las Guayanas.

—¡Horrible! ¡Como en la Edad Media! El trato fué para no recordarlo.

Entendí lo de horrible más por el gesto que por la locución. La erre doble elaborada en la garganta no tiene para mí fuerza. El gesto, el gesto me dió la medida de lo que padeció cuando «estaba a San Martín de Re».

Salió de Re. Salió para rodar por las carreteras del sur de Francia, metido en un cajón. Herido, sin abogado, sin sacerdote. Por las rendijas, únicas ventanas oxigenadoras de su cubículo ambulante, divisó una noche, a la idea de la madrugada, la gruta de Lourdes.

—¿Qué es esto?—me dije—. Retroceden. Pierden terreno, cuando me llevan hacia el Sur.

En la cárcel conoció a un médico que había leído cosas suyas. Después del armisticio francoalemán, el Gobierno de Pétain tuvo con él el mejor consideración. Pero no fué bastante. Tenía idea de que un senador suyo, Paul de Moundt, mutilado de las dos piernas en la primera guerra mundial, se había casado con una muchacha francesa de Puy-er-Vely, lugar adonde lo habían llevado. Y allí se encontró con él, también refugiado. No fué bastante. La otra Policía francesa—había dos: de Pétain y la que no era de Pétain—le raptaron y llevaron en un coche fúnebre, en el lugar del ataúd, unos 600 kilómetros más allá, el Campo de Vernet. Esto, al mes y medio del armisticio. Al fin fué liberado por los alemanes.

—¿Qué conexión tenía el rexismo con Alemania?

—Ninguna. Absolutamente ninguna. El rexismo estaba al servicio de mi patria y frente al comunismo. Tenía una coincidencia de carácter social, pero nada más.

—Y el regreso a Bélgica, ¿qué al fué?

Giró rápidamente sobre el taón. Se apartó un poco. Levantó los dos brazos. Quedé quieto, contemplándole.

—¡Oh! ¡Oh! Al llegar a la frontera, los mismos guardias que me entregaron saludaban así —brazo en alto—. Me aclamaron creyendo que yo había ganado. Se acerca y sacude el brazo derecho.

—Pero ¡si yo nada tenía que ver con Alemania! Volví con el pensamiento de liberar a mi país del peso de la ocupación y de hacerla participar en el honor de la comunidad de una Europa unida. Entré con mi gente en acción cuando se declaró la guerra al comunismo ruso. Fui un soldado.

CINCO VECES HERIDO

Ibamos dando vista al mar. El Estrecho. Aguas revueltas.

—¡Hubo muchos belgas en el frente?

—Dos divisiones, repuestas a medida que hacia falta. El 41 por 100 murió. Hubo un 86 por 100 de heridos. Del primer batallón quedamos tres, y uno solo sin mutilar.

A Degrelle un proyectil de obús le abrió el pecho. Fué herido otras cuatro veces. Tiene la medalla de oro del mutilado total.

Degrelle combatió en el sector Sur del frente oriental. En los últimos momentos, faltés casi de armamento adecuado, sostuvieron combates sagrientos en pocos metros para detener el avance ruso y dar oportunidad de progresión a los aliados por el frente occidental.

Llegó a Dinamarca. Ya en Copenhague, un estruendoso repique de campanas y algarrabía en las calles le hizo conectar el aparato de radio. Los alemanes habían capitulado. Más de doscientas mil personas se tiraron a la calle cantando y quemando casas de colaboracionistas. Muchos alemanes murieron. Cada doscientos metros, ametralladoras de los «maquis». Con traje de paisano marchó en coche al puerto, ocupado por los «maquis». Logró subir a un barco de guerra alemán rumbo a Noruega. En el momento de zarpar, bandadas de aviones ingleses pasaban por lo alto llenos de paracaidistas. Los alemanes miraron y siguieron.

Pie en Noruega, y nueva capitulación. Miles de personas en las calles cantando canciones. Degrelle, con su uniforme y condecoraciones, pasó con su coche y nadie le molestó.

Había un avión abandonado.

—¿Cuánta gasolina tiene?—dijo a unos soldados alemanes.

—Para unos dos mil kilómetros.

—Bien. ¡A España!

Pensativo, miró a lo lejos, al horizonte sin perfiles, con un rictus de risa forzada.

DE NORUEGA A ESPAÑA CON GASOLINA EN CASA

Remontaron el vuelo, después de decir a sus acompañantes: «A las dos ha sido la victoria aliada; a las diez, el exceso de bebida o les hace no tirar o tiran mal. Así que salgamos.»

De noche, completamente a oscuras, sin saber lo que les rodea-



Dos expresivos gestos de Degrelle durante la conversación que aquí recogemos

ba, despegaron de suelo noruego. Tomaron rumbo al mar del Norte para hacer ver en Holanda que venían de Inglaterra. Pero el radar los denunció. Ellos no contestaban a la radio, que preguntaba quiénes eran. Entre destellos de proyectiles aéreos pasaron por cielo holandés. Vió Bruselas. Siguió. Atravesaron Francia. Y cerca ya de la frontera de España, cuando divisaban, a las seis de la mañana, un faro español del Cantábrico, cuando estaban cerca de las cumbres de los Pirineos, la gasolina se agotó. El piloto, habilísimo, hacia girar el aparato para aprovechar las últimas gotas del depósito. A trescientos kilómetros por hora, sin gasolina, pasaron por encima de San Sebastián. Un golpe en la arena, y fueron a caer a unos cien metros dentro del mar.

—Quedé con los huesos rotos. El agua me llegaba al cuello.

Varios meses permaneció en un hospital, con el cuerpo forrado de yeso hasta la barbilla. Aquella desgracia fisiológica tuvo una importancia decisiva en su vida.

Luego, salió de España en agosto de 1946.

—¿Un cigarrillo, señor Degrelle?

—Gracias. Muchas gracias. No fumo.

LAS HOJAS DE ROBLE

Suspendida por unos momentos la conversación, rastreaba el suelo con un palito. De mi boca salía bastante humo.

—Y diga, señor Degrelle, ¿trató mucho a Hitler?

—Varias veces, pero durante la guerra. Me mandó su avión para imponerme las Hojas de Roble.

—¿Y qué tal era o le pareció?

—Sencillo, «limpiadísimo», bien cuidado, manos muy finas. Acostumbraba a residir en una modesta casa de madera, en cuyos alrededores paseaba con su perro. Esta vivienda le salvó del atentado del 20 de julio de 1944, en que sólo perdió el pantalón.

—¿Y de carácter?

—Jamás conocí esos arrebatos de que hablan. Era muy tranquilo, tenía mucha sangre fría. Estaba con él cuando comunicaron el aterrizaje de paracaidistas aliados en Arnheim. En pocas horas, sin perturbaciones de ánimo, despachó los asuntos, tomó té y dió



El jefe del movimiento rexista de Bélgica vistiendo uniforme del Ejército alemán

órdenes. Al final de la guerra se notaba en su organismo el peso de las preocupaciones y la responsabilidad que había soportado.

—¿Era culto?

—Mucho, muchísimo. Apenas leía una cosa, se quedaba con ella en seguida. Era muy aficionado y tocaba el violín.

—¿Qué diferencia observó entre Hitler y Mussolini?

—Eran caracteres distintos. Uno, mediterráneo, y el otro, germánico. Hitler era el genio.

—¿Qué hizo fallar en la guerra?

—La aventura de Mussolini en Grecia. Hizo que las tropas alemanas preparadas para la invasión de Rusia perdiesen seis semanas durante la primavera de 1942, y, además, se estropeó mucho material blindado. Todo esto se dejó sentir en la campaña del Este.

Le miré mientras él miraba hacia el mar.

UN BALANCE EN EL SILENCIO DEL EXILIO

Leí en voz alta estos párrafos de «Almas ardiendo»: «El siglo no se hunde por falta de elementos materiales. Jamás fué el universo tan rico, ni estuvo colmado de tantas comodidades, gracias a una enorme y fecunda civilización. Jamás hubo tanto oro. Pero el oro está escondido en los cofres blindados, más seguro que en las profundas cavernas. Los bienes materiales, monopolizados, sirven para matar a los hombres y no para socorrerles. Son una razón más para odiar. Han convertido en garras las manos que

los tocan, y en jaguares los cuerpos humanos que los utilizan. Sin amor, sin fe, el mundo está asesinandose a sí mismo. El siglo ha querido, ciego de orgullo, ser tan sólo el siglo de los hombres. Este orgullo insensato le ha perdido. Ha creído que sus máquinas, sus «stocks», sus lingotes de oro, le podrían dar felicidad. Y sólo le han dado alegrías, pero no la alegría, no esa alegría que es como el sol que nunca se apaga en los paisajes. El corazón de los vencedores del siglo está lleno de melancolía, de acritud, de una horrible pasión de apoderarse de todo, en seguida. Millones y millones de hombres se han batido y se han odiado.»

—¿Este es su balance en el silencio del exilio?

—Está a la vista de todos.

—¿Cuál será su fin?

—Siga leyendo, por favor.

Leí: «Desaparecerá, porque era contraria a las leyes del corazón y a las leyes de Dios. El sólo, Dios, daba al mundo equilibrio. Dominaba las pasiones, señalaba el sentido de los días felices y desgraciados. Aunque se reúnan todas las conferencias del mundo y se agrupen los jefes de Estado y los expertos, nada podrán cambiar. La enfermedad no está en el cuerpo. El cuerpo está enfermo, porque lo está el alma. Es el alma la que tiene que curarse y purificarse. La salvación del mundo está en la voluntad de las almas que tienen fe.»

—Bien. ¿Y usted cómo concibe esa acción religiosa, ese impulso generador de un futuro de paz y alegría?

—Con amor, que abarca mucho. Dios es amor.

—Entonces, ¿la verdadera revolución es...?

—La que pone la punta no la máquina del Estado, sino la vida secreta de las almas.

—Y usted ¿qué ha visto?

—Diez rostros, diez abismos. ¿Quién nos engaña y quién trata de engañarnos? No vemos más que las sombras chinescas de los hombres.

Leon Degrelle no tiene ahora actividad política alguna. Cada acción político-social —según él— necesita una preparación espiritual y circunstancias especiales. Y así que, en el presente, vista la confusión reiterante, él no se puede imaginar qué formación política se dará al mundo en el futuro.

—Pero, ¿qué valores, qué ideas, hoy inexistentes, barridas, volverán?

—No es cuestión de renacimiento. Es cuestión de dar la cara al futuro. En política no se pueden tener fanatismos. En el transcurso del tiempo hay que adaptarse, aprovechar lo que se presenta. Todos los sistemas, por muy malos que sean, tienen algo positivo, algo valioso.

—¿Y en el orden social?

—El burgués es el causante del desorden social. Es egoísta y calculador. Siempre hay que discutir y regatear con él. Además nunca llega a la verdadera unión. El obrero tiene mejor formación política.

«NO SOY CRIMINAL DE GUERRA»

Sentía que Leon Degrelle no

fumase, mientras le observaba poniendo bien la cartera. Proque, por añadidura, no había nada que beber. Era cosa de volver a la ciudad. Pero las insignias de las Hojas de Roble, que llevaba en el ojal de la solapa me hicieron preguntar más. Leon Degrelle no parecía cansado ni cerrado al diálogo. Siempre cordial y efusivo, con voz potente y frecuentemente gutural, daba palmaditas en las espaldas y también convertía, por su cuenta, en agudas muchas palabras llanas o esdrújulas castellanas. Habla sin titubeo el español, cosa que no hace con el alemán ni el inglés. Muy pocos modismos del idioma francés —el de su región natal, las Ardenas— escapan de su control. Es meritorio esto en una rápida y abundante locuacidad como la suya.

Apenas se inicia una pregunta, ya está alerta, con los ojos quietos sobre su nariz aguilena, en espera de poder contestar pronto y de una manera viva y muy expresiva.

—¿Y usted por qué no vuelve a su país?—le dije, mirando las insignias.

—¡Oh! Yo he querido volver. No soy un criminal de guerra. Fui un soldado. No hay causa justa por la que tenga que temer.

—Entonces, ¿qué pasa?

—He propuesto volver con condiciones que no han aceptado: vestir mi uniforme, que permitan amplia publicidad de mis alegaciones, de mi razón y también que autoricen la radiodifusión íntegra del proceso.

UNA MISION PARA EL MUNDO

Un aviador pasó zumbando por encima de nuestras cabezas.

—A lo «megor» viene de España.

—A lo mejor.

—Son los únicos con misión universal en el mundo.

—¿Quiénes?

—Los españoles.

—Gracias, señor Degrelle. ¿Qué vió usted en España?

—En las distintas y bien espaciadas etapas de mis visitas a España pude ver muchas cosas y buenas.

Leon Degrelle fué mostrándose, con verdadera fruición, un auténtico enamorado de nuestro país. Ha conocido de cerca, ha observado, ha sondeado a nuestro poblacion campesina.

—¿Qué gente más sana de cuerpo y alma! ¡Qué ingenuidad y qué fe, libre del escepticismo de nuestro tiempo! Constituyen la reserva de nuestro siglo. Los he visto y oído —con gran satisfacción por parte mía— reaccionar y gozar en los cines cuando ganan los buenos. Parece gente anacrónica, pero ¡qué sinceridad, que nobleza! Su vida familiar, sus costumbres... ¡todo!

Le ha llamado también la atención la generosidad española, la mano y el corazón abiertos, la entrega total a las cosas. Somos —según él— gente de mucha vida interior. Hay pocas víctimas arrojadas por el mecanicismo de la vida actual. Buenos catadores del tiempo, sin ser esclavos de él.

Y, señores.

—En uno de mis viajes se acercó un hombre, en Andalucía, para pedirme un duro. ¿Para qué quiere usted un duro?, le dije.

—Para comprarme un sombrero.

—¿Hombre! ¿Un sombrero?

—Sí señor. Para poder saludarle.

Reía, gozoso, con esta anécdota. Recordó después que por donde han ido pasando los españoles han dejado huellas positivas y florecientes de cultura y civilización, han anudado vínculos perennes de fraternidad. ¿Tienen iguales testimonios los demás pueblos?

—Amigo —dijo ya de pie y poniendo la mano en el hombro—, ¡qué lástima que sólo haya 28 millones de españoles en el mundo!

—Señor Degrelle, ¿quiere escribir algo en este libro?

Escribió y firmó.

—Parece firma de ministro.

—¿Y qué es una firma de ministro?, respondió con buena risa.

JIMENEZ SUTIL

Señora:
He aquí su
Media Nylon
de alta calidad
elástica
y de precio...
nada caro!

Vilma
KNIT OF BIPPOUT NYLON

PÍDALA A SU HABITUAL PROVEEDOR
EXHA ESTA MARCA EN EL SOBRE Y EN LA MEDIA

UN ALIMENTO
ESPECIFICO
DEL CEREBRO



El desgaste de la vida moderna
halla un remedio compensador: el

ACIDO GLUTAMICO

Hasta ahora no existía un remedio cerebral específico. Todos los conocidos actúan sobre el cerebro de modo indirecto; el ACIDO GLUTAMICO es el único metabolizado directamente por éste

De ahí un preparado cuya base es este producto, y que además lleva dos componentes, como el FOSFORO y la VITAMINA B, que complementan la acción del primero.



FOSGLUTÉN

RECONSTITUYENTE CEREBRAL

INSTITUTO TERAPEUTICO, S. A. - MADRID

C. S. 13.668

EL PROBLEMA DE LA CIRCULACION

A fuerza de ir de prisa nos encontramos con que nos falta espacio incluso para andar

EL CENTRO DE LAS GRANDES CIUDADES RESULTA PRACTICAMENTE INTRANSITABLE

Es necesaria una reglamentación que garantice la seguridad de los automovilistas y de los de a pie

EL automóvil dió fin a toda una época. Hace muy pocos lustros todavía las calles de nuestras ciudades ofrecían el gracioso espectáculo de los milleres, landós, «charrets» y tilburis. Las gentes disponían de tiempo libre para dedicar un par de horas diarias a pasear en esos carruajes para disfrutar de la primavera o del otoño. Las bocinas de los primeros coches de motor fué la señal convenida para despejar el camino de obstáculos; las caballerías tuvieron que dar su adiós a las calles. El automóvil se quedó de amo y señor, y poco a poco, fué reclamando mayor espacio. Los bordillos de las aceras se fueron aproximando a las fachadas de los edificios; los peatones cedían también terreno. Pero el sacrificio no ha bastado, los coches tienen que renunciar a la velocidad y conformarse con circular a unas medias horarias inferiores incluso a la de los tilburis. Y además con mayores dificultades. El centro de las grandes urbes se ha hecho intransitable.

En las carreteras el problema es también grave. Refiriéndonos a España tenemos que hay en circulación aproximadamente un cuarto de millón de vehículos. Se incluyen turismos, motocicletas, camiones y autobuses. La longitud de nuestra red de carreteras se eleva a los 155.000 kilómetros. De ellos 71.000 están a cargo del

Estado y el resto depende de las entidades provinciales y locales. La relación entre el número de vehículos y el de kilómetros es bastante proporcionada a las necesidades de nuestro tráfico. La dificultad de la circulación surge del trazado de las rutas, del estado de conservación de éstas y del orden que mantienen los usuarios. Hay, pues, un aspecto técnico y otro de policía. Una carretera con tráfico anárquico puede dar servicio a 300 coches, por ejemplo; el mismo camino con una circulación bien reglamentada puede cuadruplicar el rendimiento con mayores garantías de seguridad.

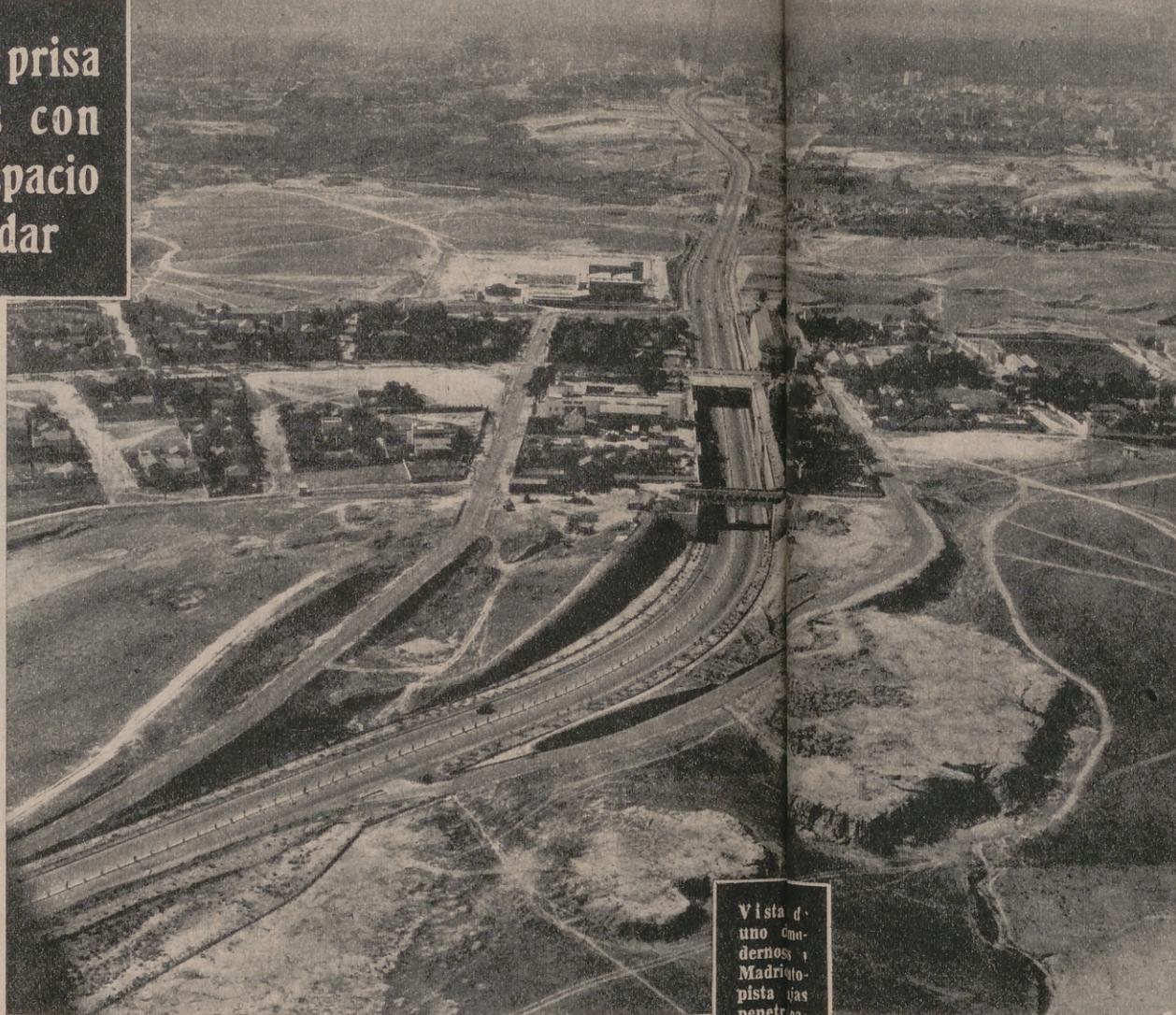
Rectificar trazados, pavimentar, establecer un sistema moderno de señales, son cuestiones que el Estado ha tomado en sus manos y que acomete con urgencia en virtud del Plan de Modernización de Carreteras. Mientras éste se va realizando corresponde a peatones y automovilistas ir ordenando sus conductas para lograr una mayor disciplina en la circulación. Ni unos ni otros están libres de pecado. Entramos en el capítulo de las acusaciones.

¿Quién suele ser culpable cuando se produce un accidente? Dejaremos hablar en primer lugar al secretario del Real Automóvil Club de España, don Ricardo Suárez:

—El problema de la circulación no es de reforma ni de medidas severas, es de educación. Se habla demasiado de la culpa del conductor, y creo que esto es injusto. Si hiciéramos una estadística veríamos que el porcentaje en contra del automovilista es

Vista de uno de los modernos Madridistas que penetra en la capital año por año y de circunvala y da

La calle está llena de coches de este aspecto



Por la Gran Vía José Antonio desemboca a la calle de Alcalá una gran riada mecánica

LOS PEONES CAMINEROS SE MOTORIZAN

—¿Quiere usted dar el cruce de luces?

Manipulación del mecánico y respuesta de éste:

—Se me acaba de estropear...

—¿Dónde lleva el espejo retrovisor?

—Se ha desprendido y está debajo del asiento.

—¿Y la indicación de tara y carga?

Ni se ha estropeado ni se ha desprendido, sencillamente quedó borrada hace tiempo y nadie se preocupó de anotarla de nuevo. Casos como éste se dan a diario

en todas nuestras carreteras.

Hay que reconocer que el automovilista no siempre cumple la ley. El conductor tiene razón a veces; el peatón, otras; pero lo importante es que en muchas ocasiones ninguno de los dos ha cumplido con su obligación.

mínimo. El peatón suele ir distraído o confiado; ahí radica el peligro. Hay que compenetrarse con la idea de que las aceras son para los viandantes y las calzadas para los vehículos. Mientras el público no observe esta disciplina, sobran todas las reformas.

Ahora daremos el reverso de la medalla para ser imparciales. Escena en Madrideojos. Personajes: la Guardia Civil y el conductor de un camión.

... y entre los vehículos pesados y ligeros que ruedan por Madrid, el guardia de tráfico ordena y facilita la circulación





El aparcamiento en el centro de la ciudad es otro de los grandes problemas que plantea el exceso de circulación. Apenas queda sitio para el tráfico

Pero este servicio no podía responder a las exigencias modernas. Se pensó en buscar una ayuda, y fueron llamados los peones camineros a prestar su colaboración. Y entonces fué cuando los

hombres de pana y gorra colorada tuvieron que llevar a hombres, al mismo tiempo, el pico y la carabina. Eran mitad obreros y mitad guardas jurados. Cuando remendaban un bache con



No cabe ya ni un alfiler. Este es un aspecto parcial de nuestra plaza del Callao, que está así casi las veinticuatro horas del día

gravilla, la carabina les resbalaba por la espalda. La solución no era satisfactoria.

En marzo de 1935 se constituyó el Cuerpo de Vigilantes de Carreteras, dependiente del Ministerio de Obras Públicas. Tratábase de un instituto armado que no había de dedicarse a ningún trabajo manual. Los peones camineros volvieron a su primitiva misión de arreglar desperfectos y mantener las cunetas libres de hierbas. Los vigilantes tenían la consigna de sancionar infracciones y de ayudar a los usuarios de las carreteras, siempre que éstos requirieran colaboración.

Una reforma ministerial hizo que el Cuerpo recién creado pasara a depender de Gobernación, con el nombre de Policía de Tráfico. A partir de entonces es de su incumbencia la revisión de documentaciones, permisos, cargas, etcétera.

El Plan de Modernización de Carreteras tiene previstas unas innovaciones que rompen la estampa clásica de nuestros peones camineros. El tradicional uniforme de pana se conserva, pero sus instrumentos de trabajo se van a convertir en una moto de tipo «industrial» que arrastrará un remolque donde irán recogidas todas las herramientas. Muy pronto diremos adiós a sus carretillas, que pasarán a la Historia, como los landós y los milores. Con ello no se hace sino seguir la orientación que ha dotado a la Guardia Civil de un material moderno para patrullar por las carreteras. «Jeeps», camionetas, radios...

REMEDIAR, MEJOR QUE PREVENIR

Así como las carretillas de los peones camineros están condenadas a su desaparición, es de esperar también que los baches del pavimento recibirán el cemento y el asfalto precisos para que no sigan siendo la pesadilla de la circulación por algunas carreteras. Las condiciones atmosféricas de España son enemigas implacables de nuestros caminos. El sol del verano hace hervir el riego superficial que reviste el suelo. Los hielos del invierno se encargan de completar la destrucción. Los carros agrícolas, además, colaboran eficazmente en la tarea. Entre unas cosas y otras, junto con el abandono de los años anteriores a la Cruzada, el bache se había apoderado de muchos kilómetros de carreteras. Esto se ha remediado en gran parte y se trabaja incansablemente por reparar los tramos destruidos.

Otro aspecto de la cuestión son los hundimientos y desperfectos que se observan en carreteras recién construidas o reparadas. Un ingeniero jefe de zona nos habla de ello:

—Cuando por razón de mis funciones me tengo que desplazar con frecuencia se me presenta la oportunidad de conocer individuos que se dedican a las más diversas actividades. Uno de ellos era viajante de comercio de la región valenciana. Traficaba con productos químicos, entre los que figuraba la quinina. Pues bien, mi amigo el viajante tenía quinina de ocho pesetas, de quince y de

cuarenta y cinco. La diferencia estaba en la pureza. Algo parecido ocurre con nuestras carreteras. En obras de ejecución urgente es imposible trabajar con las debidas garantías para la solidez de la obra.

El sistema de señalización es fundamental para la buena organización del tráfico. Las necesidades en este aspecto se van remediando con toda la celeridad posible, según los proyectos aprobados por las autoridades en la materia. Los mismos usuarios de las carreteras prestan una eficaz colaboración. En el Ministerio de Obras Públicas es frecuente recibir avisos telefónicos de los viajeros para dar cuenta de tramos peligrosos que carecen de la correspondiente indicación.

Las señales van surgiendo de todas las cunetas. El Ministerio dedica cada ejercicio una suma cuantiosa para estas atenciones. Un poste indicador corriente viene a costar de 700 a 800 pesetas. La tendencia actual es cubrirlos con pintura, que refleja la luz de los focos de los automóviles, lo que encarece el precio de cada señal.

Los indicadores que más se colocan son los que advierten la existencia de un estrechamiento de la carretera, de un pavimento deslizante o de una pendiente. Según las experiencias, la mayoría de los accidentes en las carreteras son debidos a las causas que se trata de prevenir con dichos avisos.

Hasta que el Gobierno de Franco ha resuelto emprender la reforma y modernización de nuestra red de carreteras era frecuente en España observar, como prueba del abandono en que estaban nuestras rutas, numerosos postes indicadores de curvas o de tramos peligrosos, que se caían de viejos. Ahora estos avisos se colocan provisionalmente y al poco tiempo desaparecen por la única causa justificable: por la reparación o la rectificación del trazado que significaba un peligro para el tráfico. Actualmente no se trata sólo de prevenir, sino de remediar.

LAS CARRETERAS TIENEN SUS AMIGOS

Las carreteras cuentan desde hace poco tiempo con unas organizaciones de índole nacional e internacional que se han asignado la misión de velar por ellas. En 1947, con ocasión de una Asamblea de la Cámara de Comercio de París, un grupo de hombres emprendedores estudiaron la creación de un organismo internacional que agrupara a las diferentes Asociaciones que en algunos países cuidaban de las rutas automovilísticas. Así nació la I. R. F. (International Roads Federation), con doble sede en Londres y Washington. Su misión es la cooperación de los distintos países para mejorar el régimen de circulación por carretera.

En 1950 se estableció una nueva delegación en París, encargada de coordinar las actividades de Europa continental y del norte de África.

La carretera española tiene también sus amigos: Asociación



Los automóviles se detienen unos minutos, obedeciendo al guardia, para permitir el paso a los peatones. En el respeto a estas órdenes está la seguridad de todos

Española de la Carretera, entidad que funciona con independencia del grupo Amigos de la carretera. La finalidad de la Asociación es ayudar al estudio técnico en España de los problemas de nuestros caminos, cooperar para la ordenación del transporte y colaborar para la obtención de fondos destinados a perfeccionarlos.

La Asociación se ha puesto en contacto desde un principio con el Real Automóvil Club de España y se ha adherido a la Federación Internacional de Carreteras. Las dos organizaciones españolas han organizado un ciclo de conferencias que tendrán lugar en Madrid el 18 de enero del año próximo. Se tratará de sistemas de seguridad, problemas de tráfico y su regulación, circulación urbana y acondicionamiento y vigilancia de las carreteras. Estos actos, que se desarrollarán a lo largo de una semana, vienen a ser como la continuación de la Campaña de la Prudencia, pero sin banderitas ni carteles.

Si no bastara nuestra propia observación para comprender que el problema del tráfico constituye un problema que se agrava cada día, tendríamos que considerar

que cuando por el mundo se organizan tantas Asociaciones para remediar sus males, la situación presente no es halagüeña. En España concretamente se piensa por muchos que una de las raíces del mal se encuentra en nuestro Código de la Circulación. Se dice, sobre todo, que está anticuado. Algo lleva el río cuando el agua suena. Por si procede su revisión se ha constituido una Comisión interministerial. Con criterio imparcial hay que reconocer que gran parte de la culpa hay que buscarla en los ciudadanos que incumplen los preceptos del Código. Existe, por ejemplo, un artículo 7 que determina que los maestros han de inculcar a sus alumnos conocimientos y reglas del tráfico. ¿Se hace así?

Otros creen que el examen para obtener el permiso de conducción no es todo lo riguroso que las circunstancias imponen. Al menos para determinada clase de permiso. Ir al Retiro y dar marcha atrás bajo la mirada compasiva del «Ángel Caído» puede considerarse a veces una prueba insuficiente. Claro es que, a quienes mantienen este criterio con vendría hacerles saber que hay

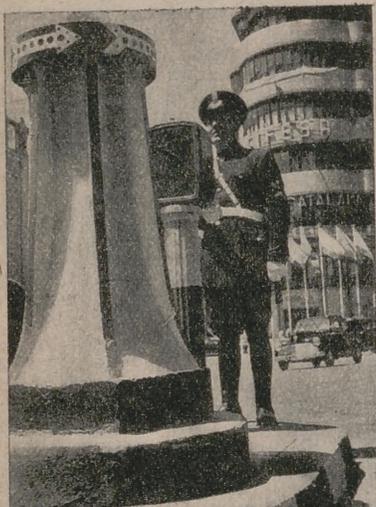


Verdaderamente imprudente es la afición de este chico a la lectura por la calle



Para evitar las imprudencias peligrosas la autoridad siempre está vigilante

países como Bélgica, por ejemplo, en los que no se exige acreditar ninguna habilidad ni conocimiento teórico para ponerse al volante de un automóvil. El censor en estos casos es la propia conciencia del ciudadano y un riguroso cuadro de sanciones para los infractores de las disposiciones legales en la materia. Por muchas virtudes ciudada-



Las señales luminosas ordenan el tráfico, que cada vez se complica más por el aumento de vehículos

nas y sentido de la responsabilidad que tenga un pueblo parece absolutamente necesario establecer duras penalidades a quienes no respeten las normas del tráfico. Demostración de ello: el proyecto de ley británico presentado por el Gobierno en estos días. Se establecen multas hasta unas 2.000 pesetas la primera vez y de 6.000 pesetas la segunda a los peatones que no acaten las órdenes de la policía de la circulación. Ignoramos la sanción que se aplicará al infractor que reincida nuevamente. Bien pudiera ser la retirada por determinado tiempo del permiso de tránsito, lo que equivaldría a ser condenado a ingresar en una cárcel. El moderno proyecto de ley inglés arremete asimismo con los conductores descuidados; a los que obliga a someterse a una rigurosa prueba de conducción antes de empuñar de nuevo los mandos de un vehículo.

DE LA FUENTE CASTELLANA A LA PLAZA DEL CALLAO

La solución de los problemas del tráfico exige la existencia de personal técnico; se considera imprescindible la especialización. Por eso se viene hablando de crear una Escuela Especial de Ingenieros de Tráfico.

En 1946 la Unión Sudafricana examinaba un informe redactado por una Comisión especial en el que se afirmaba que los conflictos ligados a la carretera, su construcción y su tráfico deben ser estudiados por expertos en la materia. La solución, se añadía, excede a la capacidad de personas no instruidas muy especialmente.

Francia ha creado ya su Asociación de Ingenieros de Tráfico.

La iniciativa partió de la International Roads Federation. Nuestros vecinos se han decidido a enfrentarse con la cuestión del tránsito rodado y a buscar remedios de urgencia. En Francia circulan actualmente tres millones de automóviles, más de dos millones y medio de motocicletas y once millones de bicicletas. A este ritmo, en 1960 llegarán a los diez millones de vehículos. Un

índice de progreso indudable, pero también una temible fuente de peligros. Sin esperar a aquel año 1960, hoy ya es una realidad la definición francesa del transeúnte; éste es un afortunado mortal que ha encontrado un huequcito para dejar su automóvil estacionado en una calle.

En Italia da mucho que pensar el tráfico rodado. En la Cámara de los Diputados se ha presentado un proyecto de ley que aboga por la creación de cátedras universitarias para el estudio del problema. Se ha constituido, además, una Comisión encargada de elevar un plan de coordinación de todas las reglamentaciones de tráfico vigentes.

Es aún prematuro hablar en España de una Escuela Especial de Ingenieros de Tráfico. Nuestras necesidades más urgentes son las que ha de remediar el Plan de Modernización de Carreteras. Y las reformas de índole legal que se han llevado a cabo o que se hallan en estudio. Una ayuda notable es la consignación de tres millones de dólares, prevista en el convenio con los Estados Unidos. Esta cifra se destinará a la adquisición de maquinaria para la construcción de caminos y reforma de los existentes. Sin llegar a la situación de Francia, que cuenta con 120 kilómetros de carretera por cada cien kilómetros cuadrados, España dispone de una red aceptable para sus necesidades, que precisa solamente verse completada por un sistema de caminos de carácter local. La densidad del tráfico no es agobiante en casi ninguna zona. Lo más urgente es implantar una disciplina entre los usuarios y realizar obras de acondicionamiento. Otra cosa es la circulación por las vías urbanas de nuestras principales ciudades.

Los técnicos municipales están sobre el problema. Las soluciones irán llegando. Otras, son ya una realidad, como el sistema de accesos a Madrid por la carretera de La Coruña, Barajas, Toledo, Extremadura y Francia.

Mucho ha cambiado la capital de la nación debido a la presencia del automóvil en sus calles. Cuando la tracción animal era la



Los cruces de carreteras están siendo corregidos en las vías principales como en esta fotografía puede verse. Los coches modernos exigen el camino despejado



Una buena señalización protege al automovilista en la carretera

única empleada, y no hace cincuenta años de esto, el suelo de Madrid era casi todo él de guijos, que permitían a las caballerías asentar las pezuñas con seguridad para vencer las pendientes de sus calles. Los madrileños recuerdan el estrépito que se producía al chocar con las piedras las herraduras de las bestias o al deslizarse las ruedas de acero de los carromatos de la carne, tirados por reatas de seis mulas. No han olvidado los restallidos de las trallas de los carreros ni el sonido de las colleras. Menos de cincuenta años han sido suficientes para desterrar guijos,

cuadrúpedos y rodajes de hierro. Se ha ganado, indudablemente.

Pero si nos detenemos unos momentos a meditar en la plaza del Callao, a las siete de la tarde de cualquier día de trabajo, será inevitable sentir temor ante el espectáculo del tráfico. ¿Qué ocurrirá antes de que transcurran veinte años, o diez, o cinco? ¿Se podrá soportar entonces el estrépito de los silbatos de los guardias, de las bocinas y de los tubos de escape?

A veces se siente que hayan pasado los tiempos del paseo de Cochés del Retiro, de la Fuente Castellana o del Prado. Con dos



El peón caminero, vigilante de la ruta



Prohibido el paso de carruajes. El motor es incompatible con la tracción animal

horas libres cada día para disfrutar de la primavera y del otoño. Después de todo, no estaban tan mal aquellos tiempos en que se ignoraba la existencia de eso tan complicado y molesto que se llama la circulación.

en aquel fin de invierno interminable; y en aquel verano, ensordecidos, con su vecindad toda en las puertas, poblando el aire, parlara, silbadora, coral; sólo astillada por el grito trashumante del vendedor de botijos, caminero de París, desde la fraternidad, deseada y grasa Tierra de Barros. En septiembre se pronunciaría victorioso el general y, con los Sanmigueles, Camilo consiguió esta casa, en la que ahora, por octava vez, la familia se aprestaba a festejar su cumpleaños.

III

Parece de construcción sólida; sus muros, de cantería, revocados de yeso. No es muy antigua; ocupa un solar, a dos calles; la planta se extiende para jardín con pozo y, medianera, al fondo del jardín, una carpintería cuyo portal da a las Rondas. Tiene la casa: bajo, entresuelo, segundo y tercer piso, cuatro balcones en la fachada y dos en las falsas, con vistas al jardín. De cielo raso, los techos son altos, y este piso, que bien valdría por principal o por primero, aparece solado con baldosas.

La vecindad apenas se la siente. Encima vive un sastre voltario que todas las primaveras se anuncia como reparador de camisas y todos los otoños hace poner su nombre en el periódico, reiterándose por economía y rapidez como volveador de gabanes. La mujer del sastre se llama Felisia. Es «la Felis». Con frecuencia bajaba, pero doña Angélica la ahuyentó conocedora de su fama de hacer favores y advertida de lo sentimentalmente necesitado que don Camilo se encuentra. Todavía, cuando se acerca a vender ensalada de regajos o romazas para el cocido, teme a la abuela y tira de la campanilla; tímida como si a doña Angélica le fuera posible reaparecer, terrible, a reñir batalla, y a ganársela, aun después de muerta.

Con la atardecida, de la casa del sastre viene un olor a plancha y sudor de tarea encerrada. Berreándose de chiquillos que la dicen madre, con propiedad y menos dudoso acierto que de llamar padre al sastre, «la Felis» va conllevando el propio pendoneo entre exasperaciones marciales: «¡Tísica!», y hasta le justifica, en el insobornable fondo de su conciencia pendeja; que a lo más, cuando la saña es mucha, se le revuelve retrucando: «¡Borracho!»

Greñosos, en el gozo de la pelea, los chiquillos escapan escaleras abajo y, de paso, campanillean la puerta de don Camilo, quien, de estar en casa, los corre mentándose medio Génesis para desahogo de biles e ilustración de sus pródigas ascendencias. Mientras, arriba, enloquecida de espanto, elude las disputas la suegra de Felisia, anciana y sorda bordadora de coronas para la aristocracia alcanzarina y de estrellas para la oficialidad del regimiento.

En el entresuelo, don Fabián, empleado. Viudo, viven con él sus cuñadas: Rosita y Lucinda. Solteronas, no gustan de salir. Se pasea Rosita por los corredores envuelta en morado batín de reso. Lucinda cuida de renovar el agua y la pileta de alpiste de un viejo pájaro flauta, silencioso y calvo, que no aprovecha el momento para abandonar la jaula, quizá porque haya observado cómo siempre contempla la operación, asmático y aterto, un enorme gato de pelo negro y ojos indiferentes y muy crueles.

Cuando jubilado, el pájaro cesó de aligerar los oídos de la pequeña familia, don Fabián se compró un receptor de radio; luego, como carraspeaba y a temporadas solía no funcionar, don Fabián se matriculó en unos cursos por correspondencia, y todas las noches, de sobremesa, dejaban volar diálogos a la fantasía, figurándose el instante y solemnidades de la inauguración del aparato que don Fabián, de propia mano, construyera.

—El diploma es precioso.
—Lo pondremos en el comedor.
—Mejor estaría en el vestíbulo, más a la vista.
—Y, además, si me saco medalla, la podríamos colgar del diploma.
—¡Ah, claro! ¡Como un toisón!

—Bueno, o en una esquina, sin collar ni nada; si acaso, poniéndole un fondo de terciopelo, ¿ligo yo.
—Eso es cosa mía.

Y Rosita pensaba en las vueltas de su batín morado, para con ellas armar una especie de relojera donde la medalla realmente destellaría.

—Será plata auténtica.

—Mujer, no van a darla de oro.

—Ya podrían, ya podrían...

—¡Verás qué atención todos los vecinos!...

—La primera radio... ¡Acuédate! ¡Sí; pero aquel gitano... Que pasaba a sentadillas, de espaldas, en su burro, cantando, y toda la calle se puso en pie, ¿no es verdad?, puertas y balcones siseándole.

—¡Sí, me acuerdo!...

—Y, ¿cuando arriba toquen el piano?

—Entonces se apaga. La música es la música, ¡mucho respeto!

—Habrá que invitar.

—Hombre, un acto así... Ya se merece.

—Yo me encargo de las pastas.

—Mañana voy a ver si saco el macho de Jesús.

—¿No hará mal día?

—La caza es la caza.

—El perdigón andaba hoy muy revuelto.

—¡Animalito!

Y se iban a la cama. Don Fabián acostumbraba a recogerse temprano. Con el día, antes de salir para la oficina, voceaba sus apuntes, los repetía y silabeaba tozudo como un mulo y tan moderno como para poner su fe a la más azarosa de las cartas: enseñanza por correspondencia. Injuria, a gritos... Es cuando Adhelma, con su sombra como un dolor, sobre la memoria, entre las cosas, que la retenían, se paraba a escuchar, y absortándose:

—El ampere... El ampere tiene múltiples y submúltiplos que son... Submúltiplos que son... Microampere millonésimo de ampere Milliampere milésimo de ampere... Unidad... Y múltiples Hectoampere cien amperes hectoampere cien amperes cien amperes Kiloampere...

Debe de ir por el tercero; ya, el otro año, se le oía:

—Uve milivoltios emeuve wattios dobleuve ohmios cu henrios, faradios... Negro cero Chocclote uno Rojo dos Naranja tres Amarillo cuatro...

Bajaba la voz. Entonces, Adhelma se distraía. Y de nuevo:

—Bobina self coil spoule Tierra terre ground erde Reóstato Kilociclo también Interferencia Filamento...

Acababa de armarse un lío. Apenas se le notaba proseguir, como si de pronto advirtiera que se le oía y le subiese un rubor inflamable. Títubeaba, o es que venía repitiendo de memoria:

—La curva del zumbido de modulación, puesto que la caída en la impedancia corresponde a la del transformador del dinamo... Sencillamente... impedancia.

Sí, raro vocablo. Y el vecino se resignaba a ya no cantar. Impedancia, impedancia, impedancia...

Encadenándose, las costumbres del entresuelo van marcando sus horas: radioteoría; a la oficina; negociado de primera, Hacienda; café con leche y periódico; firma; a casa, por el pájaro almuerzo; campo, caza de la perdiz; anochecer y novena: los tres, muy ceremoniosos.

Pero también uno ríe, y entonces don Fabián, a carcajadas, sacude tres blancas humanidades y un engaño común casi farisaico: felicidad. Trae su pelo en cepillo, cortado a lo Amadeo, y bigote de brocha. Si por un asomo, sale al balcón, aunque sea en chaleco, y aunque esté en mangas de camisa y el clima dulce, de primavera, se echa al cuello, su corto, ancho, encarnado cuello, una bufanda de rizo, de ásperos flecos jironados.

Ocupa la planta baja una pensión: Doña Virtudes. Con su delantal a cuadros y la pelerina por los hombros, doña Virtudes, que se vino del pueblo donde más descajada viviría con sus cuatro tierras y algún usurario ahorro, recogió dos sobrinos y... por ellos: trayéndolos, resuelta a que se hicieran hombres de mañana. Arregló unas habitaciones para huéspedes y, como cocinaba con gusto, aunque sin apenas salirse de la menestra o las sardinas abiertas y asadas sobre hojas de parra, que les conservaran el jugo, no se arredró de la capital ni de amodestar un negocio. Ayudaba Marcita, sobrina; para su juventud, las faenas más ágiles del hospedaje.

Se llamaba, el sobrino, Damián, y le salía estudiante aprovechado. Todas las noches, fatigada y feliz, doña Virtudes soñaba cuentas de la lechera, cuando Damián hecho un hombre recuadrarse en ancho marco ornamentado su título de herito agrónomo. ¡Lo que doña Virtudes gozaba de rectificar a sus comensales, incultos, que pro-

nunciaban *périto!* Vamos, como si ella dijera *Túrquia, Péru, Rumanía...*

Los huéspedes de doña Virtudes eran estables: dos sargentos de guarnición en plaza y un maestro de escuela, joven, humilde y leonés que no ve con malos ojos a Marcita. Doña Virtudes vigila; pero, de momento, se abstiene de intervenir. Ahora, Marcita es poco para un señor maestro—piensa doña Virtudes, y la nostalgia empaña su corazón, en tiempos enamorado de aquel interino que pasó por el pueblo, cuando para las muchachas ella era *Vir, Viri, Virtus*, y en sí misma se sabía delicia de mocedad—. Pero, acabando estudios el sobrino, ya se ganó Marcita derecho a más altas aspiraciones. ¿Ya? Bueno, el día de mañana. Todo esto agita las perplejidad de doña Virtudes, que, ¡bendito de Dios!, va tomándole maternal afecto al maestrillo.

Decididamente, lo que no está dispuesta a consentir es que el sargento se pimpollee a Marcita requereándola a paso de formación cuando el regimiento vuelve del campo de tiro.

—Usted no tiene que saludar a Marcita.

—Pero, señora, uno es muy dueño de su educación.

—Nada de educación. No es educado saludar así, de tropa, como a una cantinera.

—Usted sabe que se la aprecia.

—¡Basta!

Casi indiscretamente halagado en su papel de galán o personaje de incomprendido, se encoge de hombros, y marcando la sonrisa, muy sutil y muy narciso, el sargento se retira del comedor. Este es el sargento de los altos granos: su perezoso de campesino, carbunquero, rojo, de durezas que le enorgullecen porque las atribuye al uso de cuellos de celuloide con brillo, símbolo de poder, distinción o señorío.

El otro, capaz de exasperarla, si no tan violentamente con frecuencia tal, que la dueña acaba saliéndose de casillas, es un refinado subalterno de gustos equívocos, de palabra suave y ademanes recogidos; pero que se obceca en tener con él, alojado, un cachorro de lobicán; y como la casa da al jardinillo, y a los magines del lobero se le suben malas indoles de su raza, el averío se aloca; se chapuza en las piletas del can, provocativo, en transgresión gravísima para ciudad como Alcándara, donde el agua es problema; destroza arriates en la solama; abrasa la plantación de mimo en los rincones del secadero... Doña Virtudes alza los brazos clamante de ira y profetiza, no acecho de castigos, sino inminencias: la expulsión del sargento inhóspito y morcilla lacera al perro infiel.

Y, sin embargo, más de una soledad han poblado sus coloquios, no tiernos, pero de reprensión amante, con *Delicioso*, o el corazón travieso que a Gabriel, poeta, inspiró aquel hermoso cuento publicado en *Ecos de Alcándara*, y que doña Virtudes recuerda con lágrimas de sus ojos: «Cállate, mastín, que ya la noche...» Doña Virtudes no sospecha que esas lágrimas y esa emoción provengan del tono de sensibilidad, atenta, de su lectora: Catalina.

Desde luego, doña Virtudes nos quiere bien —piensa Adhelma—. De ella misma, Adhelma, y no hace sino dolerse de la vida nada cristiana que ese marido la da...

Bueno, para Eve la simpatía es mínima: doña Virtudes se acautela por el carácter de la muchacha, distante, áspero. También, y esto lo guarda para confesión in mortis, porque recela, desde aquel verano en que Eve se acercó a la capital con vacaciones de pocos días y luego fué demorándose y dejándose ver, distraída, alguna noche y al fin todas las noches y todavía una entera noche en la escalera de servicio que arranca del jardín...

—¡Capricho de artistas!—se le ocurrió a doña Virtudes.

Y, de pronto, ¿pero se podría una engañar?, doña Virtudes se acordó de la abuela, porque se le acababa de escapar: «¡Caracho!» Y es que se dió una palmada en la frente, de reparar en esa como casualidad o evidencia: en el jardín, ante sus mismos ojos, se representaba una escena que ya había visto en el pueblo, exactamente como en aquella compañía de corral, sólo que, en este jardín, Romeo era un maestrillo, no vestía de cómico y la escena progresaba rigurosamente muda; un maestro que además aquel verano había renunciado sus vacaciones y no marchó a León, sopor-tando gastos de hospedaje y los calores de Alcándara, sin duda para con tan hercicos gestos—«Se es hombre por los gestos, señora»—conmoverla o,



aprovechando el permiso de los huéspedes militares, contemplar a Marcita más suya y sola, en las intimidades de la pensión... Se prometió silenciar lo visto, pero de mañana mandó a Marcita, por el resto del verano, al pueblo.

No por eso palidecieron sus relaciones con los del segundo; más bien, de notársele cambio, sería el de acrecentar su compasivo afecto por Adhelma. Sólo por Adhelma, no; ¡pobrecita!, pero doña Virgudes se pasa los días pensando en el santito Bruno, y todos los años, llegando exámenes, enciende el horno y es una mañana socarrada y feliz al cocinar la manga de gitano para que Catalina—eso sí que es decencia y qué lista— pueda más tarde celebrar sus notas invitando a las amigas.

IV

En el cumpleaños del esposo, siempre ha gustado de recordar las casas que sucesivamente moraron, y ya está soñadora del desfile, Adhelma, abstraída y relacionando vivienda por vivienda la historia de cada uno de sus hijos.

Plazuela del Aire... En esa casa nació Luis. Llegaban de América. Camilo, que entre ceja y ceja deseaba un hijo español, por derecho —¿cómo decía?— *jure soli*, eso es: de su patrio suelo. Acababa de estallar la Gran Guerra.

Con seguridad retadora, Camilo se permitió ajearse de cuidados. No, ya no iba a ser tan fácil su postura; ya el «acontecimiento» deseado, un hijo español radicalmente, con sus raíces todas en España, le imponía necesidades de reajuste, encadenar su conducta, y en la línea de vida española pautar el propio estilo, su manera de ser. Algo presintió que venía, callado y traicionero, a trabar. ¿Guerra? Algo peor, más íntimo, de tiro más afinado, personal y desencadenante. ¡Guerra! Y a él ¡qué!

Pero la guerra no sólo es tema de tertuliantes, no era una fantasía ni sus caballos —bueno, «Los cuatro caballos del Apocalipsis»...—, caballos de tiouvo, fáciles y verbeneros. De allá principiaron a recibirse noticias, inquietantes noticias veladas por las anchas aguas que, todavía, alejaban la otra orilla: sus capitales, en abandono insensato, peligrosaban. La abuela siempre receló de aquellos Bancos; quizá cargado de tanto matriarcalismo, Camilo se negó a escuchar, ¡ni caso!, los consejos de inversión en inmobiliarias de la Argentina. Y, de golpe...

Había que embarcar, largarse y, con los propios ojos, sobre el terreno, ver lo que se tramaba. Embarcó. Desde luego, el único remedio. Pero su esfuerzo final estaba condenado, baldía toda su vida, la esperanza perdida, inútil la desesperanza... Mílgajas, lo que salvó.

De regreso, el barco fué torpedeado. No, ¡la guerra!, no un colorín de romántica estampa, no sólo heroica ilusión. Naufragó, tampoco se libró de la pulmonía; casi dos meses dramáticos, en lucha incierta.

Dulce fiera, Adhelma se recuerda en pie contra la insistencia de la abuela, cuando avisaron de allí: que volviese, que se procedía a concurso de acreedores, y negocios de guerra le permitirían recuperar, posiblemente acrecer, los capitales en riesgo. No bastaba con legalizar poderes; había que ir. Y la terrible pugna submarina, en casa; la mina subterránea, zapa de topo, intriga por intriga, devorándolos.

No importa, vuelve a decirse Adhelma como entonces, una y otra y otra vez; de ninguna manera. Lo da por bien perdido; todo, con tal que Camilo no embarcase. Y como dos potencias, terroríficas de prestigio, de autoridad, aliándose, para más potencia, madre y esposo la atacaban ciegamente arrojados y hasta enardecidos de su fragilidad. Les había dicho:

—No; ya esto, no; en esto, yo tengo que intervenir, no puedo acceder, yo no consiento.

Eso había dicho. Luego, cuando los dioses principiaron a batirse, ella manejó el secreto de un arma despreciada por los poderosos, quizá desconocida en las alturas del poder, un arma lícita, aunque arrasadora, sutilmente venenosa; con esa arma les acertó, les colocó el impacto de su misma debilidad.

—¡Ay! ¡Ay... mamá; que me estás matando! Y en las brumas del desmayo celaba su fiera; apretó dientes para que el pensamiento callase y no lo traicionaran estas palabras:

—Que se lo queden todo. Todo, y que no, él que no vuelva. Todo por bien perdido. ¿Pero no estábamos, no estaba ya todo perdido? ¿Es que me iré a morir? Pero ¿es esto morir? Hablar, ¿podría?



Con la voz atropellada, gimiente de angustias:

—Agua...

Y al primer desvanecimiento quedaba rota, saltaba la enemiga alianza de los poderosos; ya uno de los dioses corría, golpeaba las puertas de su corazón. Lágrimas y era un dios, en lágrimas clamante:

—¡Adhelma, cielo!

Y agitaba la casa, arrojándose a los niños que dormían y se sobresaltaban, a gritos también, llorando por las paredes. Entonces la abuela, que se había indignado ante aquel falsete de muerte —¡Ay! ¡Ay, mamá...!— y que rápida al iniciarse el desmayo, replicó —Querida... ¡sí! Contigo, pan y cebolla—, veía sollozar a Camilo, miraba la pena de uno y otro, todavía no vencida, pero abrumada y muy triste, porque no había condena en aquella media voz —Está bien... está bien hija mía— y sólo entonces el recto corazón, la abuela, remitía impresionado y rendido por aquella *mise en escena* de sorprendente ternura conyugal.

Segura de la escisión de sus contrincantes, a favor la potencia más interesada en el conflicto, Camilo, a quien le tocaría retractarse o partir, se hacía valer Adhelma, se erguía, vueltos los ojos, y en dulce hipo sin lágrimas reclamaba la presencia de su amor. La abrazaba, ese amor, y se sucedía un dúo inefable, donde más que la letra la pasión cantaba la marcha del querer triunfante.

—¡Mi vida!

—¡No! ¡No me separarán de ti!

—Tengo miedo.

—No habrá fuerba en el mundo... No, no te muevas.

Y orgulloso de su papel de potencia protectora, tomaba en brazos la conquista, la esposa pródiga, y vacilante de mimos la reclinaba, dulcísimo, en el sofá. Como en el desmayo de una convalecencia, fatigada, y feliz. Adhelma sonreía. De puntillas, andando para atrás, ancha la cara, expresiva, la cabeza grande, sentimental y retadora, Camilo se retiraba al dormitorio. Y al momento, ajeno a la ley de las horas, se le oía puntear:

*La la la. la la la
la ri lo la ro
lalo lalalo lalalo lalo
Fi Fi Figaro Figaro Figaro
Figaro Figaro Figarogaro.*

Reaparecía, fustigando el aire con su corto batón, amplió el sombrero de piel de topo y, como por error o sutil agudeza, Adhelma simulaba descansar, cuidada la sonrisa, angélica en sus ojos levemente cerrados, sin pasar de la puerta Camilo subía un dedo a los labios, ¡que no la molestaran!, y a hurtadillas, escaleras abajo, se largaba tarareante, pretencioso, crecido, valseando ilusiones, ya seguro de la rehabilitación de su Banco y el próximo final de la guerra; y cuando su razón le aproximaba la verdad de los hechos, sorprendido, escapaba a fabular mil proyectos de grandeza, como sonámbulo de ojos abiertos, hijos en una vaga estética y caminero sobre el abismo de la vida real.

No menos fabulosa, impresionante de flexibilidad, en función de adaptarse, Adhelma organizaba las próximas horas, disponía al detalle una fase orgiástica para compensación de su caída y desmayo: indagaba qué alhaja pondría en juego o a cuál de los amigos de Camilo tentaría el ofrecimiento como para facilitar unas pesetas y rechazar



ofendido la prenda, por su parte ligeramente calculando que ya habría ocasión, porque no era correcto aceptar en principio, cuando la conciencia vigilaba y las formas sociales inhibían el inmediato gozo de la tentación; hasta que nuevamente se le rogara y se le permitiera suponer que, negándose, humillaría...

Los recuerdos enconaban el dolor de estas operaciones; a tapadillas; mas no como agravante, sino por muy sensible timidez: todo, antes que pedir a la abuela. Y como tampoco se atreviera a gestionar por sí misma los empeños, Adhelma se agenciaba tercerías costosas: la planchadora, la aguadora, la recadera... Oscuro premio; pero al final lo disfrutaban: de regreso Camilo, cuando venía a extasiarse ante los cuidados de ese amor delicadísimo que le regalaba ricos presentes de árbol de Navidad; inútiles, bellos e inútiles; y en una cesta, a los helores del pozo, botellines de cerveza con que regar el pequeño festín preparado por Adhelma para celebración de las vendidas tormentas de la tarde.

En sus habitaciones, la abuela se excusaba de salir, punzada por la desesperanza, sacudida, hasta cruelmente hendida de pena y de jaqueca. Se le llegaban a la alcoba, temerosos, como culpables. Y doña Angélica, triste, sonreía. Miraba a Camilo: silencioso; y miraba la puerta, ya sabiéndole en acecho de un pretexto para deslizarse, aunque se fingiera absorto en la meditación de graves problemas o contristado por la dolencia de la anciana, quien, porque no rabiase, impaciente, simulaba el deseo de quedarse dormida y sola. Sin ese último valor de Camilo, Adhelma permanecía unos momentos a la cabecera; también por atraerse el perdón de la madre y sus favores a la mejor estima del esposo.

—Ya lo has visto, mamá: los submarinos. No lo puedo evitar. Me moriría de espanto si embarcara. Están en las últimas. A sangre y fuego, porque luchan a la desesperada. No respetan a nadie.

—¡Insensato!

—El es bueno. Me quiere. Tiene un corazón.

—Oye: ¿a quién has mandado?

—¡Mamá! —Y se precipitaba suplicante de que jamás él supiera, que ella no dijese...—. Acuérdate, aquella vez... ¡Mamá, que sería capaz de una locura!

Prometió. También doña Angélica temblaba de levantar la voz de los recuerdos.

—Dí a ésa. Dime, ¿fué la planchadora? Dí que venga; que yo estaba despierta; que venga. Acerca el bolso; anda, déjalo ahí, en la mesilla. Anda, hija, ¡hija mía!...

¡Recordar! Ni los profesionales de la escena... aquel melodrama, aquella tarde: la casa entera estremecida, carreras y desmayos, suspiros, hasta blasfemias... Echó mano a la navaja de afeitar, Camilo, para degollarse... Gracias que Adhelma, como le notara muy raro, le había seguido a la alcoba sigilosamente. Tuvo que dar un salto y con arrojo desarmar la mano suicida. Hasta ahí... Si en la abuela no pesaran negros presentimientos, el incierto futuro de la casa, ahora mismo y estallaría en risas. Porque reconstruía e incitante en que, a susto pasado, también ella se acercó, discretísima, por no peñier de vista al exasperado. No llegó a plantearse la indecencia de si mirar por la cerradura; no le fué preciso, ni el pegarse a la puerta: entreabierta, a su través oyó el cepillo, Camilo, afanoso, lustrándose los zapa-

tos, y al momento la catarata de aquella hermosa voz:

lalo, lálalo lálalo, lalo

V

Piensa en Eve, y es que por los caminos de la evocación venía la oscura casa de los Herradores; número 15, calle de Herradores... Algún tiempo después. Ya la boda de Eve se ultimaba. ¡Diecinueve años su Eve!... César era entendido en arte. Se encontraron en la academia. Casi la doblaba en edad. «También él a mí», acalló Adhelma, aparte de que César quizá no representara los años que tenía. Camilo dijo: «Pecr». «Ya se sabe —pensó Adhelma—, celos de padre amante, su inquina de mal mirar al yerno. Traía escándalo, en sus orígenes escándalo, aquella boda...»

Entonces sobrevino el hundimiento. Fué allí, la casa de la plazuela. Todo el ajuar se perdió. ¿Cacerer? Tampoco era una indignancia; la catástrofe de los Bancos no les harapeaba y se sucederían los años hasta el actual momento de estrechez. Total, iba a ser boda sin iglesia; tanto no se perdía; de antemano renunciaban a la espectacularidad, y, sin embargo, Eve se negó a formalizar el matrimonio. Novia sin prisas. «¡A qué correr!», dijo Eve. Ya recuperarían lo perdido. Reanudando estudios en Madrid, se fué a vivir con César. ¡Ay, en su corazón de madre Adhelma cómo tembló! Callaba, pero ¡que si se perdía!

Se trasladaron a la casa de Herradores. Y en la memoria de Adhelma se ilumina una vista inolvidable: ventanita de la cocina y allí enmarcada la vieja fábrica harinera, fábrica de la luz. Adhelma se dolía de penas y de aquella humildad de fábrica. Una tarde paseaban sus cercanías; principió a llover; acogidos a aquel refugio, ya don Camilo se gozaba de mostrarles como en visita escolar los secretos de una Eléctrica. Venturosamente, el contable era discutidor, y uno y otro, problematizando la economía patria, libraron a los niños de la ocasional lección de cosas.

Centralilla de segunda mano traída de algún pueblo de Madrid, la movían raíces y brezos, jara, ramujo, el decaje de las altas rañas. Del cobertizo escapaban y pendían negros escobones, entre las tejas. El galope de los motores aceleraba júbilos, y los niños, que no se oían, gozosos de gritar se tapaban y destapaban, rítmicos, los oídos. En las naves—y a través de la ventanilla, en el pequeño apartamiento del contable, sobre su mesa— enrojecía la luz, con helores de umbría. Los especialistas se pavoneaban, palabreros y técnicos: «¿Te das cuenta? ¡Eso es una *maneto!*»

Llegó un aviso: el apagón de alguna alejada casa, en el campo. Y le tocó salir a un electricista de visera y americana de tricot tornasol muy ceñida, a cuerpo bajo la tormenta y ¡argüísima escalera al hombro, en busca del cable de *aita*, que estaría tendiendo lazos de muerte en cualquiera de las vueltas del camino. Habían encendido a pesar de la tormenta, y no, con el misterio no se juega. ¿Pararrayos? ¡Nada! Ya se dió más de un caso...

En competencia con los Saltos del Canalón, la vieja Eléctrica no instalaba contadores; facturaba a tanto iguala sobre recibos demorables meses y meses. Daban corriente y la cortaban en extraño concierto con las horas naturales, ajustándose a los crepúsculos: de la puesta del sol, a las claras.

Molturaban integral, harinas para pan moreno, y ya iban resignándose ante las devoradoras Compañías de centrales térmicas: desaparecían, pero con honra, orgullosas de su propio humanizado corazón; de no arrasar ni inundar pueblos enteros bajo las exigencias del pantano.

¡Buena gente! Y sobre la distancia y a través de los años, todavía capaces de generar esta corriente elegíaca, fábrica de bellos motivos que ahora iluminan el sentir de Adhelma. ¡Adhelma, una buena mujer!

VI

Aquí donde vivían, ¡no! ¿De qué va a quejarse? Es un amplio piso; muestra una racional distribución de habitaciones. Numerosos espejos las espacian—y fué ocurrencia de él—como si los paneles se calasen de luminosidad, transidos y azogados, de claror lucente.

Los años no habían podido con los inúmeros recuerdos de su América: la hamaca de nudo, para que los pequeños pugnasen hasta la pelea o se rífan, a la conquista del ensueño en los silencios de la siesta; las materas, juegos de bombillas emboquilladas de plata y de oro, que hoy otra vez mágicamente deslumbrarían a los invitados, cuando acudiese para felicitar a Camilo; su bastonera, juncos, bambúes, cañas, fustas de virtuoso trenzado, varones de madera preciosa... Y el bañi.

Este mundo, al que ahora se acerca, de alta y curvada tapa, y bandejas que Adhelma se entretiene en sacar y revolver, de añoranzas para partir el alma: ahí sus labrados trajes, bordaduras de angélica en gala de tejidos con el primor y las eternidades de la India, o gracia que hila; ahí la sombrilla, quitasoles y paveros, y hasta los tabacos de mano, apollillados por el tiempo, y los botecitos para pipa de rubio de Virginia, y las marcas con nombres de la época. Porque sería el año 10, cuando nació Alberto.

Un nombre que se llevaba: Alberto. Belga, adorado, príncipe de las gentiles estampaciones, para ilustración y sello de esa latita de tabaco: *Prince Albert*. Un óvalo gris plata, los contornos ceniza, halo con vivos de carmin. El caballero, de calva poderosa peinada a raya, bigote gomoso y astifino, la barba en punta muy rizada, lucía puños sueltos, de celuloide, pajarita y en el plastrón henchida perla; abierta su levita, de espiguilla gris plomo, ribeteada; un abrigo chaeco, y, acolapada y blanca, una flor:

—Rosa de té—dijo siempre Catalina.

—Pero, ¡no!—le replicó Adhelma—. ¡Parece una gardenia!

Y entonces Eve:

—En absoluto. ¿Esa flor? Una camelia.

La figura del príncipe se mostraba cortada a media pierna; entre los dedos, airoso, el tallo de un bastón. Sobre rojo templado se vaciaban los tipos, amarillos, perfilados de negro, de una larga leyenda; los rótulos, recortados en blanco. Con su pésimo inglés, Camilo deletreaba: «*Long burning pipe and cigarette tobacco.*»

También hoy la abuela habría abierto el cofrecito. Y Adhelma sabe que después, ya cerrado, ya otra vez en su sitio, de ese cofrecito acababan de salir una esterlina para cada nieto. Incluso la del monje. Y como el cartujo más bien se violentaba de aceptar, doña Angélica esa libra la invertía en chartreuse; marchaba a la Banca, muy seria, y negociaba «al mejor»: un cambio suficiente como para pedir a la fábrica de Tarragona dos docenas de *Liqueur a la Gde. par les Pères Chartreux*, etiqueta gualda, y, de pico, alguna botella verde.

Nadie más cuidaría en esta fecha, ni en la suya mortal y solemne; ya nadie mimaría el cofrecito en despojo, arrinconado, expoliado. Al fuego de la trampa no tardaría en fundirse el tesoro de monedas de las tierras australes que la abuela acaudaló. Adhelma, pampadeante, resistió una lágrima, y era esto lo que más fino ajuste requería: el acontecimiento desencadenado por la muerte de la abuela; ahora mismo la situación apremia, asediante: los preparativos de la fiesta. ¿Y en qué podría pensar?

Poseía el arte de las confituras, pero no tiempo ni el secreto de trazarse un plan, de resolverse.

Pasa una mano, lenta, padecida, y acaricia los relieves del cofre; amado cofre, porque el amor, a veces el odio, se liga a las cosas, a las sencillas, inmediatas cosas vulgares, familiares, desdeñadas. Y de pronto...

Es el libro de cocina que la abuela manejó; un dietario forrado en raso malva, muy usadas las tapas. Entre receta y receta la abuela pereceaba, recosía curiosidades de allá, inocencias de cancionero, plegarias en guaraní, leyendas apenas borrajeadas. Adhelma saca el libro, se acerca al comedor.

¿A ver? Unas hojas y el corazón le da que todavía la abuela, con su palabra, de letra menudita, muy pálida, ya verificable, acude para que Adhelma, su única hija, no sufra más ni agigante los molinos de sus nervios. Pero ¿qué mesa adecentaría, entre tantas limitaciones, hoy?

A la abuela no escapaba detalle; escribía la minuta, presupuestaba cantidades, afinaba precios, especificaba fórmulas... «Budin de coliflor. Perdiz generosa. Almejas a la Mur. Espárragos con salsa Mousseline. Macedonia de frutas. Sopa regia... Hágase un flan de caldo; después se cocen dos huevos, se les da trece minutos de punto de cocción; picar menudo, así como el jamón, perejil y gallina con los que se hizo el caldo; se parte el flan a cuadraditos. Y todo esto, bien mezclado, se pone en la cacerola, se vierte por encima el caldo hirviendo y se sirve.»

—Haría esta sopa—dijo Adhelma, y, distraída, fué pasando las hojas—. ¡Sin gallina!

Sonreía, prendida en las saudades que la abuela escribió tradiciones de la raza, legendarias, heroicas. Se sucedían agrupadas bajo un título comprensivo y aun literario: *La Guaranía. Copias y Ejemplos*. Quizá, nostálgica, la abuela se encerraba con sus recuerdos, apretados como un dolor, a revivir mocedades, caminando sobre las páginas albas de ese libro. Quizá le pensar un día como éste en que otras manos, femeninas también y muy cálidas, se posaron con emoción en estas hojas, y luego, unidas y plegadas sobre el pecho, sufrirían a contener el corazón.

Resplandecía de hogueras la leyenda; mágicamente los seres se transfiguraban, las pasiones mejiendo aquellas almas, y eran hermosos el amor y la piedad, la crueldad y la inocencia. Valerosos guerreros, padres avaros, vírgenes caprichosas. Se fantaseaba el origen de las flores; viejos adivinos; conjuraban el favor de los dioses a orilla de los ríos adámicos y calmos, caudalosos de mar en la dulzura de sus aguas, y esforzadas pruebas discernían la elección para esposo, el amado ejemplar de una princesa...

Leyendo, Adhelma se remonta en asunción niña, como si otra vez, callandito, para secreto gozo, lebrizasen aquellas palabras coloradas, palabras que se le historiaban, míticas y narcisas: el rojo sol, la azucena morada del bosque, el hombre blanco y el cobrizo pájaro del atardecer, en el que ella misma se deseó convertida, encantada por el Hijo del Sol, capitán amante.

De pie, reclinada en la mesa, todavía al cerrar el libro ha entrevistado su leyenda, su preferida. Se resiste a releer esa historia, que es como la historia de su alma fiera. ¡Ay, de corrido lo sabe! Su título, *Flor de ceibo*. ¡Tantas veces que en su memoria se grabó! El asalto a la tribu. Los conquistadores. Muerte del cacique. Y entonces su hija Ibagá, la de la voz dulcísima, encabeza una marcha de venganza sobre los castellanos. Se la figura en el campamento, prisionera. Y todavía después fugitiva; y después, el centinela yerto, pero Ibagá apresada en el umbral mismísimo, el instante en que ya vislumbró su libertad. ¡Qué patetismo, porque venía la liberación, para en el preciso gozo regresarla y atormentarla! Imaginaba la escena: la pira cremada, Ibagá en el suplicio. Se deseó con voluntad de suplicio: «Puedo cantar en el suplicio», pensó Adhelma, endurecida, irguiéndose, lágrimas adentro.

Hasta que fué recalándose, rememorando la roja flor de los ceibos; aquel ceibo, abierto para calar las cenizas de Ibagá, florido, milagrero, como un espíritu de aquella tierra y aquellos primeros pobladores, de absortos ojos distantes, aserenados... ¡Ay! En casa, desde que las manos de la abuela dejaron de alisar las hojas de ese libro, ya nadie escucha el mandato de la tierra, su tierra, la tierra de sus muertos.

LA MAS HERMOSA
COLECCION
DE PAÑERIA



En Vanguardia de la Moda

S. Fontcuberta

FABRICA DE PAÑERIA SELECTA
DESPACHO: RONDA UNIVERSIDAD, 33 · BARCELONA



Este **PHILIPS**
es para Ud.

La sorprendente sensibilidad merced al PASO EN ALTA FRECUENCIA y selectividad por su ENSANCHE INFINITO le harán oír desde Australia al Canadá y de Noruega a la Argentina, recorriendo las innumerables emisiones diarias de todo el Mundo.

¡TOME NOTA

RECEPTOR **BE 631 A** /
5.241,45 PTAS.
(Incluido impuestos) •



PHILIPS fiel a su antiguo lema: «EL MUNDO BAJO SU TECHO»

"ABISMOS DE PAPEL"

UN LIBRO NO ESCRITO EN BALDE

¿QUIEN ES EL MISTERIOSO NOVELISTA
JACOBO ARIMA?

"El escritor debe escribir las verdades
aunque recoja ecos de enemistades"

«**L**AS derechas e izquierdas a los ojos de Dios no coinciden con las derechas e izquierdas a los ojos de los hombres.» Esta es la tesis de una novela que, con el título de *Abismos de papel*, ha aparecido en las librerías.

El argumento de esta novela trata de la conversión de un jefe anarquista que se produce en un contraste muy violento en medio de la provocativa memez de un ambiente y personas de mentalidad muy rezagada con respecto a la que tiene el protagonista del relato.

El estilo brioso con el que Jacobo Arima trata un difícil tema religioso y social es un atractivo más a los muchos que el bien llevado y original argumento tiene.

Toda la obra es un ingeniosa acusación contra las posturas ficticias de gentes que se llaman inmodestamente a sí mismas buenas, pese a lo torcido de sus actuaciones aburguesadas.

La novela fustiga sin cesar con un estilo valiente y combativo. «Pone el dedo en la llaga», como suele decirse, a cada paso de una narración que tiene al lector sorprendido y curioso desde las primeras páginas hasta que el libro termina.

Es una novela que fustiga, que hiere directamente, que no se calla ni siente temores; que parece que busca la irritación no como reclamo, sino como el bisturí apunta a cortar la parte infecta. Un libro que zahiere para curar y que se hunde crudamente en la herida abierta para más seguridad de que va a quedar limpia y pueda cicatrizar sin temores ni recaídas.

Su autor dice que no es el libro propiamente una novela, sino historia arrancada de la realidad social de varias provincias, aunque se centra en una de ellas de una manera especial por su fuerte ambiente obrero y su inconfundible fondo sindicalista.

No se hacen en la obra excesivas referencias de fecha, sino que parece presidirla un propósito de subirse a las tesis por encima de una realidad concreta que se define y recorta en cada uno de los pasajes.

Jacobo Arima es el seudónimo tras el que se encubre la verdadera personalidad de un hombre que no quiere descubrirse. Sus razones tendrá.



Kaydeda nos asegura que ésta es la caricatura de Jacobo Arima

El autor de «Abismos de papel» nos remite esta fotografía; nos dice que es uno de esos con salacot y rifle, tratados después de una cacería

Según unos, Jacobo Arima lleva sotana. Según otros es un viejo cascarrabias. También hay quien dice que se trata de un joven estudiante de la última vanguardia luchadora, mientras otros opinan que se trata de un sesudo padre de familia, algo así como un hombre pacífico y con cadena de reloj sobre el abdomen y que escribe de una manera revolucionaria, como una evasión de su natural manera de ser rematadamente pequeñoburguesa.

Bien quisiéramos dar el completo perfil, la ficha personal exacta de Jacobo Arima. Pero lo más que hemos podido conseguir son las seis cifras de un teléfono. No ha habido medio humano de enfrentarse cara a cara con el misterioso novelista. Preguntamos, el auricular al oído, a un invisible interlocutor:

—¿Cómo se le ocurrió escribir *Abismos de papel*?

—Muy sencillamente: al encontrarme y trabar amistad con el protagonista.

—Pero ¿no cree usted que es un libro que se salta de lo anecdótico y tiene planos profundos, ideas nuevas y avances un poco temerarios?...

—Puede ser, no lo niego. Deben ser las cargas de preocupación que yo llevo y me salieron por

la pluma al abrirla sobre el papel.

—¿De todas esas tesis cuál prefiere usted?

—Pues, vaya usted a saber, tal vez la mejor sea esa crítica de ciertos valores hasta hoy intocables y, como consecuencia, el acercamiento de almas iguales que luchan y se odian desde posiciones antagónicas, según la política.

—Bien. Pero usted ya sabrá que al público le preocupa más esa nueva división que hace entre derechas e izquierdas. ¿La cree usted conforme con el criterio católico?

—(Rápido.) Evidente, y, además, con la realidad histórica. Yo no afirmo que un dedo haga una mano, pero defiendo que ya es hora de que echemos de una vez y a patadas decorados prefabricados, mentirosos de nuestra mentalidad social. Es hora de que los católicos hablemos claro, que ya no están los tiempos para bromas ni trampas...

**MENOS LITERATURA Y
MAS REALISMO**

—¿Quién cree usted que tienen razón: los que se escandalizan



Ahí está el novelista disponiéndose a tomar una avioneta en Alicante

con su libro o los que lo encuentran eficaz?

—Ya sabía que ahí a alguien le picaría.

—¿Entonces cree que la misión del escritor es la de arañar o simplemente la de contar y describir?

—A mí me parece que debe contar las verdades, aunque recoja ecos de enemistades, pues ya estamos hartos de tanto algodón en rama y agua de borrajas

LOS TRAIADORES Y COBARDES DE AYER PULULAN HOY

—Esa tesis de que las derechas e izquierdas no son las mismas para Dios que para los hombres, ¿no teme que sea mal interpretada por gente ingenua?

—Lo espero y no lo temo. Ya les doy a éstos un quite en el prólogo.

—¿Y por qué ha elegido el título *Abismos de papel*?

—Porque mi novela tiene también una trastienda de crítica contra aquella Prensa de antes de la Cruzada que, por método y sistema, falsificaba a sus enemigos políticos y abría, así, entre hermosos abismos de papel.

—Hábleme algo de usted. ¿Cómo juzga su estilo?

—Como me juzgo a mí. Es tal cual yo soy. Tiene todos mis defectos. Escribo al natural.

¿EN QUE SE PARECE UN LIBRO A UN BISTURI?

Nuestro personaje habla rápido y de una manera decidida. Si, según dice, escribe al natural, también es cierto que habla como escribe: con un estilo decidido e incisivo.

—¿Qué ambientes favorables ha encontrado su novela?

—Pues no sé. Por ahora estoy algo al aire, ya que de un lado se rompen las vestiduras en un paroxismo de escándalo y los de enfrente me zumban por las ideas avanzadas que defiendo...

—Pero están también los de en medio. ¿Esos qué dicen?

—Esos, los de en medio, por falta de ímpetu, color y convicción, ni vibran ni siquiera leen.

—¿Cree que *Abismos de papel* la puede leer cualquiera?

—De ninguna manera. Este libro sólo es para personas de criterio sólido y de ideas históricas bien arraigadas.

—Sin embargo, el que publica

un libro se expone a que todo el mundo lo lea.

—También las farmacias están llenas de medicinas y no todos compramos todas.

—¿Entonces cree que la literatura puede compararse con la farmacopea en algún momento?

—Yo creo que la literatura, conducto de verdades y críticas, como el bisturí, sólo ha de caer sobre la parte enferma. ¿Conforme?

—Bueno, pero en concreto, ¿contra quién va esta novela?

—Contra el gran peligro de hoy.

—¿Y cuál es ese peligro?

—Contra la ficción social interna y contra esos estados de anemia que, bajo posturas de conservadurismo y tal vez de piedad, hoy nos disuelven o envenenan la personalidad, sobre todo en grandes sectores de nuestra juventud.

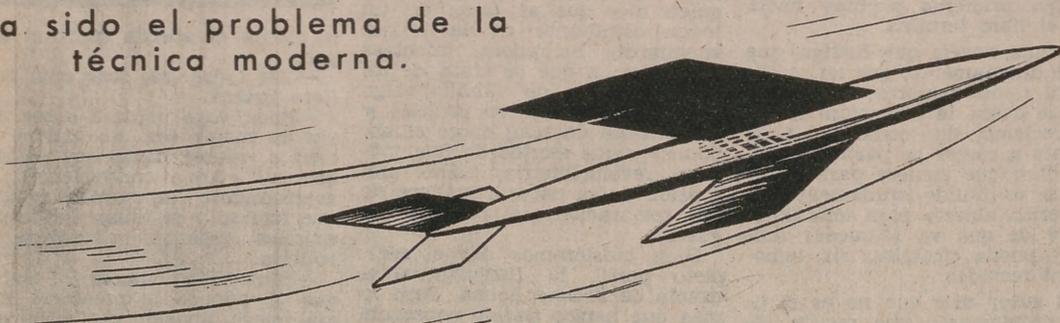
Y así dejamos a esa personalidad inquieta, joven y andariega que se encierra en el seudónimo de Jacobo Arima. Dejamos sus *Abismos de papel* y sus inquietudes sociales.

La conversión de un anarquista, pese al ambiente blando de los que debían ayudarle, es buen tema para una novela tan incisiva, cáustica y vibrante como es la de *Abismos de papel*, en la que se capta de una manera magistral y valiente escenas de la vida española que todos recordamos como un episodio imborrable y aleccionador.

Cortar

con más **RAPIDEZ y SUAVIDAD**

Ha sido el problema de la técnica moderna.



EN EL AIRE EL AVION A REACCION;
EN EL AFEITADO LA HOJA "KRON-VEST"



KRON-VEST

PARTICIPE EN EL SENCILLO CONCURSO MENSUAL DE HOJAS DE AFEITAR KRON-VEST Y FACILMENTE GANARA UN RELOJ DE ORO WALTER ROVER DE 8.500 PESETAS

EL 51 PREMIO "GONCOURT"

A LA ESCRITORA EXISTENCIALISTA SIMONE DE BEAUVOIR

TRES SEMANAS ANTES SE CONOCIA YA EL FALLO DEL JURADO

"LES MANDARINS" ES UN RETRATO DE LA EPOCA



Roland Dorgeles, presidente del Jurado de la Academia Goncourt (a la izquierda) y Francis Carco (a la derecha), en la mesa donde se reunieron a cenar y acordar el premio

El hotel Drouant de París, en la plaza Gaillon, tiene en su segunda planta un famoso salón, el número 15, en el que se reúnen periódicamente a comer los académicos de Goncourt. Este salón viene a ser, por ello mismo, una especie de museo literario, de reliquia poética y pícaro, reverdecido cada año con la concesión del premio.

El salón es sencillo. Cuando los camareros han puesto el mantel blanco a la gran mesa de «dos diez» el pequeño retrato de Edmond Goncourt, situado entre dos ventanales, parece asistir expectante a la reunión. Su pelo, un poco alborotado, la cara redonda y sería, no deja de influir, según algunos, en las decisiones. No este año, sin embargo.

La entente, la coordinación extrema de los hermanos Goncourt, Jules y Edmond, es conocida en todos los cenáculos literarios de Francia. En uno de sus cuadernos de memorias se dice: «Hace ocho días que los dos estamos mal, ocho días que los dos estamos enfermos con grandes crisis que, al final, parecen tener el mismo origen: el uno el estómago, el otro el hígado...»

El testamento de Edmond Goncourt no deja el menor lugar a la duda en cuanto a la institu-

ción del premio. La idea de la Academia Goncourt aparece ya en julio de 1867 entre las anotaciones del «Diario». Pero André Billy ha revelado que Edmond Goncourt rehusó casarse, contraer matrimonio, para no desheredar sus futuros académicos. Según el testamento «...para tener el honor de formar parte de la sociedad será necesario ser hombre de letras, sólo literato, y no se recibirán ni grandes señores ni hombres políticos. El premio será dado a la mejor novela, al mejor volumen de impresiones, al mejor volumen de imaginación en prosa, y exclusivamente en prosa, publicado en el año. Mi deseo supremo—párrafos 8, 14 y 17 del testamento—, deseo que quiero tengan presente los jóvenes académicos, es que el premio sea dado a la juventud, a la originalidad de talento, a las tentativas nuevas y esforzadas del pensamiento y de la forma. La



Simone de Beauvoir, Premio «Goncourt» 1954



Portada de «Les Mandarins», la novela galardonada

novela, en estas condiciones, tendrá siempre preferencia...» En fin, todo lo contrario de lo que ha ocurrido el 6 de diciembre de 1954.

SIMONE BEAUVOIR Y OTROS SEIS CANDIDATOS

Desde muchas horas antes a la elección del «Goncourt» el hotel Drouant estaba lleno de gente. Periodistas y fotógrafos ocupaban los salones. Este año había una expectación mayor. El día 3, Roland Dorgeles, uno de los académicos, había anunciado que el lunes, al tiempo del premio «Goncourt», se elegiría el sucesor de la escritora Colette, recientemente fallecida, en el «sillón» de la



Jean Giono, nombrado miembro de la Academia Goncourt en la vacante de Colette

Academia. A ese plato fuerte, se unían, tempestuosamente, los rumores que circulaban sobre diferencias entre los académicos para dar el voto decisivo sobre la novela.

Hacia tres semanas que era público el favor que rodeaba la figura de Simone Beauvoir, pero era público y notorio, también, que la señora Beauvoir, escritora de cuarenta y seis años, con numerosos libros a las espaldas, no era, ni mucho menos, la representante ideal del mandato del creador del premio. Los académicos, corteses, decían: «Simone Beauvoir sigue teniendo juventud intelectual».

Pero, ese mismo día 3, desde los salones próximos se podían oír las incansables discusiones de los académicos. Se llegó a pensar para calmar los votos intransigentes en conceder a Simone Beauvoir el sillón de Colette.

Cuando salieron del salón 15, la decisión parecía tomada en un aspecto, al menos: el sillón de la Academia no sería para Simone Beauvoir.

Los libros barajados para el premio eran esa tarde siete. Entre ellos estaban «Les Mandarines», de Simone Beauvoir; «Le Passage», de Albert Vidalie y «L'Heure Exquisite», de Raymond Las Varnas.

«LES MANDARINES», VENCEDOR: SIETE VOTOS CONTRA DOS

La votación de este año se realizó en un tiempo récord. Los académicos, quizá no muy contentos, no tenían ganas de perder el tiempo con muchas votaciones para levantar el pulso emocional de la gente. A los veinte minutos, un solo escrutinio sirvió para elegir, como sucesor de Colette, a Jean Giono.

Los Goncourt no votan por boletines. Nueve cuadraditos de papel van recogiendo el nombre del escritor que prefiere, dicho en alta voz, por el académico.

En la primera votación se oían las voces:

- Beauvoir.
- Las Varnas.
- Saint-Pierre.
- Reverzy.

Simone Beauvoir recogía cuatro votos; Las Varnas, por la «Heure exquisite», dos votos; Michel de Saint-Pierre, por «Les Aristocrates», uno; Jean Reverzy, por «Le Passage», uno; Camara Laye, por «Le Regard du Roi», uno.

En la segunda votación, realizada con toda rapidez, la elección se dirigía al nombre esperado: al de Simone Beauvoir por su libro «Les Mandarines». Siete votos a su favor, dos en contra.

En el corredor que conduce a la sala de los «augurios» los periodistas se impacientaban. Dos académicos, los más altos de «diez», salieron a proclamar los vencedores. Gerard Bauer y Felipe Herliat anunciaron:

—Simone Beauvoir ha sido proclamada.

Se armó un pequeño y festivo revuelo. Alguien, uno entre la multitud de cabezas, gritó:

—Lo sabíamos hace tres semanas.

UN PREMIO DE CONSOLACION: EL «RENAUDOT»

En un salón próximo al de los «diez» de la Academia Goncourt que, además, en esta ocasión eran nueve por la muerte de Colette, se reunía un tribunal formado por periodistas para conceder el premio «Theophraste Renaudot».

Al mismo tiempo, con unos pocos minutos de diferencia, se anunciaba al vencedor, al laureado del «Renaudot»: Jean Reverzy, por su novela «Le Passage».

Este premio ha tenido importancia en esta ocasión porque ha venido a constituir, en cierto modo, una especie de premio de «consolación» para «El pasaje» que se presentaba, también, al «Goncourt» y fué motivo de apasionada discusión.

Reverzy es un médico lionés, radiólogo, nacido en 1914 en Lyon, donde ejerce su profesión desde 1945. Su novela, de una gran dureza, recoge una serie de experiencias dolorosas, acres y duras de Tahiti, que visitara en 1952. El crítico Pierre Loewel ha declarado que merecía, mejor que el «Renaudot», el «Goncourt».

Cuando se le preguntó qué pensaba el premio, contestó: «Tengo ya escrito un segundo libro del que sólo me falta la corrección final».

—¿Qué piensa hacer con el dinero del premio?

—Volver a Tahiti.

—¿Qué le preocupa?

—¿Qué cree usted que pensará de su médico mi clientela de Lyon después de conocer que yo me dedico a la literatura?—contestaba, entre tímido y sonriente, Jean Reverzy. Jean Reverzy que, por ausencia de los elegidos del «Goncourt» se convirtió, durante un par de horas, en el centro de una enorme rueda de periodistas. Allí mismo, sentado, comenzó a firmar «Le Passage», una novela que Palabaud, su protagonista, herido por los trópicos, va a morir a Lyon, donde las gentes, según el libro, «agonizan desde la infancia». Una literatura, como se ve, optimista.

Reverzy ha comenzado a escribir a los treinta y nueve años. Los primeros días escribía en la consulta, mientras su esposa, médico también, recibía a los clientes. Hubo días en los que no pudo escribir más de diez líneas;

«luego mi pluma—decía—comenzó a fluir rápidamente». Este hombre triste, delgado, casi magro, se volvió para decir una cosa que sobrecogió un poco a todos: «La muerte de los médicos es más triste que la de los demás hombres... ese es el tema de mi próxima novela «La plaza de las Angustias».

¿DONDE ESTAN LOS «GONCOURT»?

Nada más terminar de comunicar el académicos Bauer la terminación de la votación, a pesar de ocupar la puerta, la habitación fué invadida completamente.

—¿Dónde están Jean Giono y Simone Beauvoir?

Antes de que nadie pudiera contestar, la habitación recordaba, según admirable frase de un periodista, un vagón de Metro de segunda clase en día de carreras. En torno a la mesa, sentados en el suelo o arrodillados, para dejar a los fotógrafos cumplir su misión, los periodistas interrogaban al Jurado:

—¿Cuáles han sido las razones del voto?

—Comprenderán—decía Roland Dorgeles—que cuando coronamos a un desconocido el premio «Goncourt» hace célebre a quien lo recibe...

—Ese no es el caso de Simone Beauvoir.

Desde el hotel se llamó al escritor Jean Giono a Manosque para comunicarle su elección para suceder a Colette.

Desde París un periodista preguntaba:

—¿Qué está haciendo ahora?

—Ahora mismo?

—Sí.

—Estoy comiendo.

—¿Qué?

—He llegado a los postres—decía sonriendo Giono—, y comenzaba a tomar el queso.

La noticia pasó inmediatamente a todas las redacciones. Jean Giono, cuando se le comunicó la noticia, estaba en los postres.

—Y ¿qué dijo más?, preguntaba impaciente otro.

—Dijo que no vendrá a París hasta enero.

Alguien dijo: Jean Giono es un «liste noir». Es verdad, a la liberación de Francia, el Comité nacional de escritores inscribía a Giono en su «lista negra».

Desde el hilo del teléfono proseguía, paciente, el interrogatorio al nuevo académico:

—¿Qué está leyendo?

—Tengo siempre en mi mesita de noche un «Don Quichotte», contestaba.

Cuando se cerró la contestación el gentío de fotógrafos y periodistas rodeó a los emisarios de la editora Gallimard, que repartían con toda flema, pacientemente, resúmenes biográficos de Simone Beauvoir. Como ellos no sabían nada, la fiesta continuó en casa del editor Gallimard. Casualmente Gallimard—editor de los «Goncourt»—, y Julliard—editor de los «Renaudot»—tienen sus respectivas casas una frente a la otra. No había, pues, nada más que cruzar la calle para someter a cada uno de ellos al fuego ligero de las preguntas. Nadie, la verdad, se alteraba mucho. Para ellos, los premios se han convertido en cosa habitual, en oficio.

Al final de las cuentas se llegó, por parte del torrente de invita-

dos, a estas graves consideraciones; el campagne de Julliard mejor que el de Gallimard. Los pastilleros de Gallimard, mejores que los de Julliard.

Los académicos, mientras tanto, a las dos y cuarto en punto, comenzaban a comer. El menú, colocado sobre la mesa, anunciaba: «Ostras, pescado, pollo, soufflé a la liquer...».

De Simone Beauvoir, para esa hora, ni una palabra. No había aparecido por el hotel Drouan ni por Gallimard.

Fuera, en la calle, en un ángulo de la rue Gaillon y de la rue Saint-Agustin los vendedores de periódicos anunciaban «Dernier minute: los resultados del «Goncourt»».

LA BUSQUEDA DE SIMONE BEAUVOIR

Como este año el «Goncourt» no ha descubierto a un joven escritor a una nueva firma, la Prensa estaba, en cierto modo, tranquila. Sin embargo, divididos por grupos, se organizó activamente su búsqueda. Los que llegaron a la calle, Bucherie, bien cerca de la plaza Maubert, en el corazón del viejo París de la picaresca y la truhenería, pensando que la encontrarían en su casa se equivocaron. La portera no quería saber nada de preguntas y respuestas. Cuando se la dijo que Simone Beauvoir era el premio «Goncourt» del año, la mujer repetía:

—¿Simone de «Bavoir»? ¿Bavoir? Debe tener muchas influencias.

Se recorrieron muchos cafés. Sobre todo el pequeño café frecuentado por norteafricanos, muy frecuentado por la escritora. Cuando el grupo llegó, el café tenía un pleno de periodistas que permanecían allí estóticamente desde hacía horas. Desde las cristaleras se domina la calle de Simone Beauvoir. Su casa es el número 11.

Se recogían comentarios amistosos de los clientes y de los camareros. Todo el mundo se permitía cábalas.

Un parroquiano decía: «Estoy seguro que está en casa. A medianoche se detuvo un taxi y se apeó ella...»

Ante su puerta alguien, una vecina, afirmaba: «Terminará por salir...»

Otro preguntaba: «¿A qué hora suele salir a comer?»

Recibía una respuesta sorprendente: «La señora Beauvoir no almuerza jamás.»

No hay que decir que no apareció por los lugares habituales. Diariamente, durante toda la semana, no deja de acudir al «Flore», en Saint-Germain des Prés, para reunirse con el alto estado mayor de los existencialistas. Con un gran fajo de cuartillas, que va cubriendo con rapidez, Simone Beauvoir suele ser encontrada siempre por allí. Cuando llega Jean-Paul Sartre, los dos entablan una conversación que suele ser rodeada por la curiosidad y la expectación de todos. De vez en cuando, Sartre lee y repasa, y en alguna ocasión corrige el trabajo de Simone. Todo el círculo barbudo y extravagante del «Flore», con sus barbas y pipas filológicas, supone que en esas cuartillas va algo trascendental. Ambos, Sartre y Simo-

ne Beauvoir, son las dos grandes «vedettes» del existencialismo.

Jean-Paul Sartre es considerado como su maestro. Se conocen hace muchos años desde sus comunes estudios en la Sorbonne, habiéndole dedicado Jean-Paul Sartre a Simone Beauvoir su libro «El ser y la nada».

Precisamente con motivo de esa amistad a alguien se le ocurrió pensar que pudiera estar en casa de Sartre. Antes de ir a su casa se recorrieron los pequeños cafés de Montparnasse. Se entró sin permiso en la Redacción de «Temps Modernes» para salir también con las manos vacías. La «vedette» del existencialismo no estaba allí.

En la casa de Sartre, en la rue Bonaparte, en Saint-Germain des Prés, barrio típicamente existencialista, no hubo manera tampoco de sacar nada en limpio. La señora de Sartre no sabía nada.

Ya muy tarde, cuando todo el mundo estaba cansado y aburrido, se supo que la autora de «Les mandarines» había salido, dos días antes del fallo del Jurado, al campo. Nadie sabía hacia dónde.

SIMONE BEAUVOIR

La laureada con el Premio «Goncourt» 1954 ha nacido el 9 de enero en París. Después de unos brillantes estudios primarios y secundarios pasa a la Sorbonne, donde sigue los cursos de Letras, Matemáticas y Filosofía. Cuando era una niña, un amigo de la casa le preguntó por su porvenir, por lo que le gustaría ser. Sin una sola vacilación respondió: «Una escritora célebre.»

En el año 1929 termina Filosofía con el número dos. En esa misma promoción, año y curso, Sartre alcanza el número uno.

Desde esa fecha, ininterrumpidamente, hasta 1943, en que solicita la excedencia, Simone Beauvoir se dedica a la enseñanza. Destinada durante años en diversos centros de estudios parisienses, pasa, desde 1931 a 1943, a desempeñar cargos de enseñanza en las provincias. Ejerce con

gran personalidad, pero pintorescamente, en Marsella y Ruán. Invita a todos sus alumnos y alumnas a que no la llamen por otro nombre que «Simone», y asombra a las capitales de provincia con unas blusas de seda en las que, de arriba abajo, aparece bordada una enorme «S», su inicial. No quiere saber de obligaciones o dependencias. Sus vacaciones universitarias, o sus vacaciones de la enseñanza, las consume viajando. Conoce, antes de la guerra, Italia, Grecia, Marruecos y Europa Central. Después de la guerra visita Portugal, vuelve a Italia, viaja a los Estados Unidos. Hace excursiones por Méjico y Guatemala. De Norteamérica trae su «Diario de América día a día».

Nombrada en París, en 1938, para el Lycee Molière, pasa rápidamente al Camille-See, desde el que prepara los candidatos para la Ecole Normal. En 1943 publica su primer libro, una novela: «L'Invite». Esta publicación, su toma de contacto con las doctrinas existencialistas en lo que se refiere a sometimiento a doctrinas ideas y libros colocados en el «Index» del Santo Oficio de Roma, la deciden a abandonar definitivamente la enseñanza. Comienza entonces una serie intensa de publicaciones en todos los órdenes.

En 1944 aparece su libro «Pyrrhus et Cinéas», en que se explican temas mayores del existencialismo. En sus novelas, por ejemplo en «La sangre de los otros», refiere, en términos existenciales, los problemas de la responsabilidad y libertad fuera, completamente, de las respuestas que, a esos problemas, ha dado el catolicismo. Al teatro concurre con su obra «Las bocas inútiles», en la que plantea el siguiente tema: ¿Una ciudad asediada tiene derecho a desembarazarse de sus bocas inútiles para sobrevivir?

Vienen, posteriormente, una serie de ensayos de «moral» existencialista, que culminan en dos gruesos volúmenes el «Deuxième sexe», publicados en 1949, que han motivado contra ella reacciones públicas. Trata en esos libros de los problemas de la mujer solicitando su independencia sexual y considerando la mujer desde los planos sociales e intelectuales.

Su puesto preeminente en el existencialismo, la naturaleza de sus obras, el designio destructivo que las alienta y el hecho sumo de no adaptarse en ningún momento a las cláusulas más importantes del testamento Goncourt, que solicitaba para el Premio «Goncourt» la juventud y casi el anonimato, descalifican este año el Premio.

«LES MANDARINES»

«Les mandarines» es, en principio, un retrato de la época y de las particulares relaciones sociales y políticas de Simone Beauvoir. Desde el punto de vista de la novela, casi 600 páginas, el «retrato» corresponde a los medios intelectuales de izquierda «Sartre-Camus», en los años que siguen a la liberación. «Al día siguiente—dice en el libro—, en la mañana la radio confirma la «debaque» alemana. Es verdaderamente la paz que comienza, se



El Premio «Renaudot» se concedió a Jean Revery por su libro «Le Passage»

repetía Henri, sentándose ante su mesa. ¡En fin, ya puedo escribir! Y decide: «Me arreglaré para escribir todos los días...»

Pero nada pueden hacer. El libro va reuniendo la catástrofe íntima, interior y profunda de ese grupo de intelectuales, que no pueden alcanzar nada, porque en nada tienen fe. A ese grupo de intelectuales, a la propia Simone Beauvoir, parece preocuparla incesantemente una especie de coexistencia política desde el campo del izquierdismo, con el partido comunista francés. ¿Es posible convivir con ellos? Por el momento—página 146—, Dubreuilh imponía fácilmente sus decisiones. Pero la situación se prestaba a pensar, por ejemplo, a saber cuáles serían las reacciones de cada uno en caso de ser atacados por los comunistas. Lenoir estaba fascinado por los comunistas, sólo su gusto literario y su amistad por Dubreuilh habían impedido que se inscribiera. De Samazelle, Henri sabía muy poco lo que pensaba, pero desconfiaba vagamente de él. Era el tipo acabado del político oportunista. A causa de su corpulencia y del calor de su voz, él tenía un aire sólido, enraizado en la tierra, imaginándose que amaba a las gentes y a las cosas, pero, en realidad, todo ello no servía nada más que para alimentar su impetuosa vitalidad. ¡Cómo le gustaba hablar de no importa qué cosas!...

El libro, dramáticamente, si se permite la frase, interroga sobre

la propia creencia. Rusia forma, en lo profundo del libro una vertiente que no se puede desconocer. Así, Henri, el personaje central—página 327—dice: *Se puede dudar de los documentos encontrados en los archivos del Reich denunciando los nueve millones ochocientos mil prisioneros, se pueden tener como sospechosos los informes de los internados polacos liberados en el 41; pero, para recusar todos los testimonios de los hombres y de las mujeres escapados de Rusia haría falta de una vez para siempre taparse los ojos y las orejas. Además, por otras informaciones que Henri conocía, tenía evidencia de los inmensos trabajos ejecutados en los campos de la GPU. El plan quinquenal de 1941 había confiado al trabajo forzado el 14 por 100 de las empresas de construcción. Las minas de oro de Kolyma, las minas de carbón de Norrek, de Verkkouta, el hierro de Starobelsk, las pesquerías de Komi. ¿Cómo vivían en ellas exactamente? ¿Cuál era el número de los forzados? Sobre este punto existía un margen considerable de incertidumbre. Pero lo que era seguro es que los campos existían, en una gran escala y de manera institucional. Es preciso decirlo, concluía Henri. En caso contrario, yo seré un cómplice, cómplice y culpable ante mis lectores de abuso de confianza.*

Esos problemas, constantemente planteados, dibujan el panorama y el paisaje del intelectual

francés de izquierdas. Un baile sobre una cuerda floja sobre el que no es capaz de disponer de ningún paso firme. La obra, por otra parte, obscena y desgarrada en algunos momentos, retrata el mundo puramente instintivo impuro, de una situación política sin bases morales. Las palabras finales del libro tienen también otra grave interrogación: *Puesto que mi corazón continúa luttiendo, será preciso que lata por alguna cosa, por alguien. Puesto que no soy sorda, me haré llamar de nuevo. ¿Quién sabe? Puede ser que un día sea nuevamente feliz. ¿Quién sabe?*

Y ése es el libro. Un qué se sabe que no puede tener respuestas claras. Un escenario de dudas que rechazamos desde lo más recóndito del alma.

DIEZ MILLONES DE FRANCOS

El Premio «Goncourt» significa siempre una culminación de dos factores concretos: la fama y la fortuna.

La excepcional importancia de la edición del «Goncourt» anual es que Gallimard pone en circulación 100.000 ejemplares de la obra, que son rápidamente absorbidos por el público. La edición representa para la autora una ganancia, aproximadamente, de unos 10 millones de francos. Esa es, pues, la gran bandera del «Goncourt», descubrir valores nuevos—lo que no ocurrió ahora—y situarlos en un plano preeminente.

12 SONETOS DE VICENTE LAOS EN POESIA ESPAÑOLA

LA VIDA

Los ardorosos signos de la vida palpitan en el aire del verano. El mar alienta como un ser humano, como una criatura enardecida.

¡Oh gozo, gozo, amor, sangre encendida! cósmica vibración de un mundo arcano, mundo que siento en ti, al tocar mi mano tu delicada sien estremecida.

Te quiero, sí, te quiero, sueño fuerte, cierro los ojos y te siento entera —¡oh luz hermosa y ciega de la muerte!

Última fiebre de la primavera— Cierro los ojos porque quiero verte. ¡Oh Dios, haz que la vida nunca muera!

LAS HORAS

Brilláis dormidas en lo más profundo de la materna noche, sostenidas por las manos de Dios. Brilláis dormidas en Dios. Veláis soñando, sobre el mundo.

Cuando mis ojos en vosotras hundo, quietas estrellas, inmortales vidas serenas, felizmente reunidas en haz de luz y sueño, os confundo

a todas. Todas sois una alta llama de amor, yacéis en la unidad del cielo. ¡Ay!, Dios ha consumado ya su ira.

Aplacado el rencor, Dios ya no clama. Dios ha cejado ya en su torvo celo. Con compasivos ojos Dios nos mira.

HOMBRE EN LA NOCHE

No mires, no, no mires más al cielo, donde la luz, distante, resplandece, donde la luz sonríe, mientras crece la sombra en tu hondo pecho en desconsuelo.

Inútil es que en raptó, en trance, en vuelo que un sólo instante eterno ser parece, creas que al fin la luz cerca amanece y hasta tu noche llega su consuelo.

No alces los ojos más porque es en vano. No hay de la luz sobre la tierra huellas. Se adensa en sombra tu mortal verano.

Arriba están las claras luces bellas. Reina la noche. No, no alces la mano. ¡Siempre estarán remotas las estrellas!

DESPUES DE LA BELLEZA

Me estás llamando, ¡oh Dios!, tu voz resuena aquí, en mi corazón, cerradamente. Roza tu mano mi impasible frente. Te siento en lo profundo de mi pena.

Mas la pasión ha roto su cadena. Mira, que desbocado está Vicente. Le estás llamando. Pero no te siente. no escucha, no, tu voz que le condena.

Y, sin embargo, llamas aún... Me llamas. te escucho, si te siento. Deja, deja que con tu voz mi sorda carne luche.

El árbol gemirá en sus secas ramas. Roturará mi barro tu honda reja. ¡Llámame siempre, aunque jamás te escuche!

ESTOS SON CUATRO DE LOS DOCE SONETOS DE VICENTE LAOS QUE PUBLICA "POESIA ESPAÑOLA" EN SU NUMERO 35 • DIEZ PESETAS

EL GALLO DE LA VELETA CANTO LA NOCHE DE NAVIDAD ANUNCIANDO EL ASESINATO DEL ABAD

LA LEYENDA POPULAR DE SAN CUGAT DEL VALLES

A través de épocas de esplendor, saqueos, destrucciones e incendios, el monasterio ha llegado a su actual etapa de restauración



El gallo de bronce que cantó la noche de Navidad

MONSEÑOR Antonio Griera, presidente del Patronato Nacional del Monasterio de San Cugat del Valles, me dice:

—Creo que soy el hombre que ha comprendido mejor la vida.

Está sentado en su butacón de cuero y apoya los antebrazos en la mesa de trabajo. El lienzo de la pared, tapado de libros. Entre los volúmenes, una airosa Virgen barroca.

Monseñor Griera tiene en los labios una sonrisa socarrona. Como un alma de Dios que estuviera siempre rumiando alguna trapería.

—Eugenio d'Ors me dijo: «Ven-ga a San Cristóbal. Me he construido una ermita. En nuestra vejez hemos de hacer penitencia de nuestros pecados.» Yo he hecho mejor que él—concluye con amplia y bondadosa satisfacción—: he restaurado una abadía.

Ha restaurado una abadía. Ha realizado sus sueños. En su juventud había soñado con hacer una iglesia y un sacerdote. Y hoy es profesor del Seminario y presidente del Patronato de un monasterio del siglo XII.

EL CLAUSTRO DE LA PAZ

La sala de la casa abacial donde estudia y escribe monseñor Antonio Griera se asoma a un pedazo de jardín delante del atrio. Unos cipreses menudos, ágiles, se encaraman pegándose al muro. Bajo el atrio se abre la puerta de un maravilloso claustro románico.

Atravesarla es una sorpresa inefable. Este es uno de los claustros románicos más bellos de Europa. Monseñor Griera me señala las esculturas de los capiteles. Rudas, grotescas. Aquí está Daniel entre los leones y la historia de Noé; Abrahám visitado por los ángeles; la Anunciación a los pastores y la Degollación de

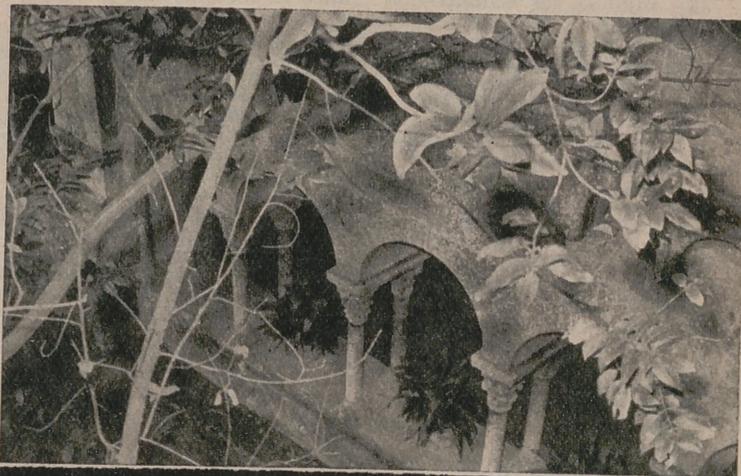
los Inocentes; la multiplicación de los panes y los peces; la Resurrección; el convite de Emaús.

Como en todo monasterio románico abundan los elementos de decoración vegetal, los frutescos y los animales mitológicos, de una acusada influencia oriental.

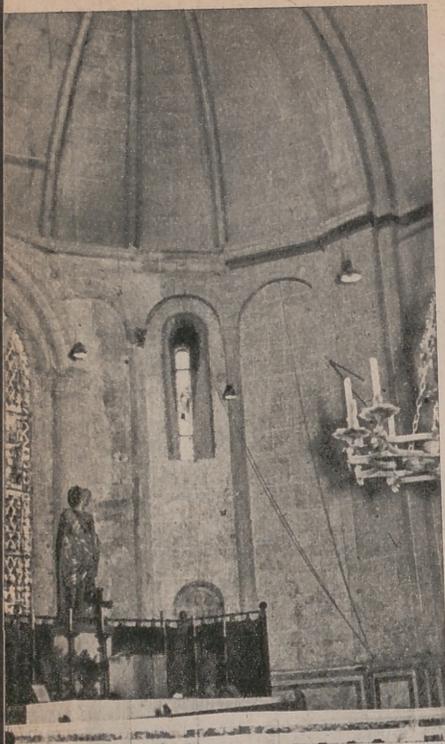
—Este es el ychneumonus—me dice monseñor señalando dos pajarracos de piedra con enormes zarpas que se doblan sobre su cuerpo volviendo hacia atrás el cuello de serpiente—. Este, el ibex.

El ibex es como una enorme oca que picotea unos frutos.

Pero el mayor encanto de este claustro no está en los detalles, sino en su conjunto, en su amplitud, en esta grande paz que nos sosiega. Las galerías laterales son como túneles que rezuman humedad. Pero, a través de los arcos con capiteles y columnas, se goza la alegría de una exuberante vegetación. Un laurel gigantesco trepa por un ángulo



En el claustro del viejo monasterio, piedra y vegetación se trenzan en sorprendente armonía



El altar mayor, con la escultura de San Cugat: aquí cayó apuñalado el abad Biure

armonía sonora. El claustro en el ánimo de sus constructores podía traducirse en una creación musical. Sólo que las notas dejaban de existir y había que leer los signos en cada figura: en las aves, en los pajarracos, en los grifos, en los personajes bíblicos o en los ángeles, y las notas eran capiteles y columnas y arcos que tenían un estupendo simbolismo musical.

LA VELETA QUE ANUNCIA LA MUERTE DEL ABAD

En la sala capitular, detrás del claustro, monseñor Griera me señala un gallo de bronce.

—Es el gallo que cantó en lo alto del cimborrio cuando asesinaron al abad Biure.

La leyenda del abad Biure remonta a la Nochebuena de 1350. El señor de Saltells, un señor de aquella comarca, cristiano, temeroso de Dios. Pero su hijo parecía la misma encarnación del diablo.

—El hijo de los Saltells—me dice monseñor Griera se gozaba humillando y atormentando a los vasallos. Le agradaba vivir a su antojo y desacataba la autoridad de su padre. Los Saltells desheredaron a aquel hijo pródigo y legaron sus bienes al monasterio benedictino de San Cugat.

A su muerte fueron sepultados en un sepulcro que todavía hoy puede contemplarse en el recinto de la iglesia.

Pasaron los años. Un día hizo su aparición el desheredado. Se presentó al abad Arnaldo Ramón Biure reclamando su herencia. Pero éste no podía entregarle más que la legítima, porque la totalidad de los bienes había sido legada a la comunidad, y sólo la comunidad podía disponer de ellos.

Cuenta la tradición que Saltells, con cinco forajidos, se había lanzado a una vida de bandadaje. La noche de Navidad los labradores se agolpaban ante el pórtico del monasterio para asis-

tir a la misa del Gallo. Cuando el sacristán hizo girar sobre sus goznes la pesada puerta de madera, la muchedumbre irrumpió en las naves oscuras.

Entre aquellos labradores estaban Saltells y sus cinco compañeros malhechores.

La comunidad, en el coro, entonaba los maitines. El abad presidía revestido de capa magna. Los seis bandoleros, lanzando aullidos, irrumpieron entre los frailes. El mismo Saltells agredió al abad. Le hirió la mitra. Le hirió en la cabeza. Aquél corrió hasta el altar. Tomó el crucifijo y lo alzó como un escudo delante de su pecho. El puñal rebotó sobre la cruz, pero al fin le partió el corazón.

Cuando el abad se desplomó pesadamente, manchando el suelo de un charco de sangre, un gallo cantó—con una voz angustiosa inexplicable—en lo alto del cimborrio.

Era el gallo de bronce de la veleta. Ese gallo que ahora contemplamos en la sala capitular. El hermano del abad Biure, también benedictino, se hallaba a la sazón en Roma. «Algo le pasa a mi hermano—dijo—. He oído cantar el gallo de San Cugat.»

Cuando llegó al monasterio, el abad dormía ya en el sepulcro.

Años después, por el norte de Cataluña se hablaba de un extraño personaje: un viejo loco que corría por los campos y montañas y llamaba a la muerte aullando. Era como si la muerte se hiciera esperar demasiado. El viejo misterioso—un trotamundos o un mendigo—la llamaba cada vez con más violencia. Hasta que un día, en medio de una de aquellas sus carreras locas, cayó sobre el polvo del camino para no volver a levantar.

Era Bernardo de Saltells, el asesino del abad Biure.

EL CULTO A SAN CUGAT

El suceso, a pesar de su sabor legendario, tiene un amplio fondo de verdad. Pedro III y las Cortes celebradas en Perpignan el año 1351 se ocuparon de él, dictando órdenes de comparecencia ante el veguer de Barcelona, y el Pontífice Clemente VI excomulgó a los asesinos.

Al entrar en la iglesia, bajo sus naves altas, sombrías, llenas de tinieblas, rotas apenas por los rayos de sol que se filtran por los ventanales o el rosetón, se comprende la intensidad con que, a la sombra de San Cugat, pudo desarrollarse la leyenda.

En el altar mayor, la escultura de San Cugat—o San Cucufate—, del escultor Monjó. La figura de Monjó es esbelta, tensa, como una trenza de nervios. San Cugat, Patrono de la Acción Católica, es el primer apóstol seglar. Cucufas, oriundo de África, había venido a la Península con su compañero Félix a predicar el Evangelio. Donde después fue construido el monasterio se alzaba una antigua fortaleza romana, el Castrum Octavianum. En él fueron encarcelados los cristianos perseguidos en Barcino. San Cugat, con sus discípulas Juliana y Sempronia, sufrieron aquí martirio.

Es curiosa la irradiación del culto al Santo. La toponimia—con una serie característica de nombres de lugar—nos informa

cumplidamente. En el sur de Francia existen poblaciones como Saint Gué o Saint Cucufat, cuyos nombres no son más que formas francesas—en distintas etapas de evolución fonética—de aquel del Apóstol africano.

UN POCO DE HISTORIA

Después de visitar la sala capitular y de entrar en la iglesia hemos vuelto al claustro. Monseñor Griera habla con ilusión de la historia de su monasterio.

—El padre Flórez—me dice—pretendía que el establecimiento del monasterio es anterior a la invasión árabe y que hay que fijarla en tiempos de los godos. Pero no todos lo han creído así.

Se alzaba, sin embargo, en aquel lugar un templo que los bárbaros del Norte destruyeron en el siglo V. En el siglo VIII la Iglesia, que había venido a sustituirle, fué devastada por los árabes. Las incursiones se repetían. Hasta el siglo XII no se atisbaba una seguridad para las reliquias y el culto de San Cugat.

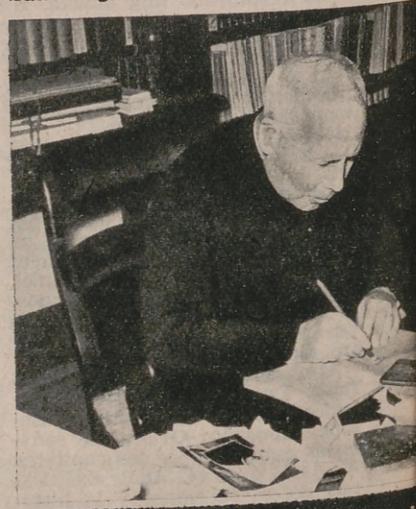
La Edad Media conoció el resurgimiento de la Iglesia y el monasterio. La fábrica actual se debe a la época de los Condes Reyes de Cataluña y Aragón, Alfonso I, Jaime I, Pedro el Grande y sucesores. Los Reyes acostumbraban a pasar largas temporadas en el monasterio, teniendo a sus abades como consejeros. Los peregrinos que llegaban de Francia en camino hacia Santiago de Galicia se detenían en San Cugat.

El monasterio, que el año 1585 fué visitado por Felipe II, se hizo famoso por su riquísimo archivo y por su biblioteca.

—Así—continúa monseñor Griera—llegaríamos hasta el año 1835. El año 35 las turbas incendiaron el convento, sacaron las escrituras de los archivos e hicieron con ellas una hoguera en la plaza y se apoderaron de las tierras de los monjes.

UNA CURIOSA OPERACION DE SANEAMIENTO

Cuando el año 1939 monseñor Griera fué nombrado economo de San Cugat halló las cosas en



Monseñor Griera en su mesa de trabajo

una situación desastrosa, fruto de un siglo de impiedad.

—San Cugat, en sus primeras épocas, se había formado y había crecido gracias a los grupos de gitanos que comían la sopa boba de los frailes.

Claro que esto no tiene nada que ver con la población actual. Ni tan siquiera con la de hace un siglo. Hacia el 1847 el Estado cedió el monasterio al Ayuntamiento con la condición de conservar el claustro y el monasterio y con la obligación de pagar 500 reales cada año.

No parece que el Ayuntamiento respetara demasiado el compromiso contraído.

—En la casa abacial se instaló el Ayuntamiento. Aterró la iglesia antigua, y en el solar donde se alzaba instaló el mercado.

Hemos vuelto, entre tanto, a la sala rodeada de volúmenes, donde trabaja monseñor.

—Los anticuarios—comenta—roban durante un siglo. Se ha perdido el respeto a los bienes de San Cugat. Algunos objetos de los que por aquellos tiempos desaparecieron, están hoy en un museo de Barcelona.

Cuando monseñor Griera llegó como ecónomo al antiguo monasterio se halló con un problema. Un problema molesto, impertinente que acuciaba y que había que resolver. El año 1912 parte del recinto del monasterio había sido convertido en parque. Alguen había instalado aquí menderos, tenderuchos de feria, pistas de baile. «Había una sala de fiestas que era baile, café y teatro.» Detrás del recinto, no lejos de aquel sitio bullicioso, está el cementerio. «Estaban locos. Armaban una zarabanda de bullicio y de música a sus muertos y profanaban el lugar.»

El año 39, la Empresa intentó abrir de nuevo la sala de fiestas. «Yo lo supe—me cuenta Griera—. Hice escribir una carta de reclamación por el Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico.»

Alguen—muy interesado en el asunto—telefonó a monseñor Griera. «¿Nos recibirá?» «Sí, podéis venir.» Al día siguiente se presenta en la casa abacial una Comisión. «Usted nos quiere huir. Hemos presentado una soli-

cidad para abrir el parque. ¿Qué hemos de hacer ahora?»

Pero el nuevo ecónomo no está dispuesto a acomodarse y a componendas. Aquella gente tenía la desfachatez de ignorar que aquel pedazo de tierra pertenecía a la iglesia. Además, el matadero y el fútbol habían sido instalados dentro del recinto sagrado. Un día dos personalidades de la vida cultural española, visitando el monasterio se toparon con unas res que escapaba del matadero chorreando sangre. En el fútbol los ánimos se acaloran y se blasfema. Y como si esto fuera poco, querían volver a abrir el baile en la tierra santificada por el martirio de San Cugat. «Mirad—les advierte no sin alguna severidad—, cuantos han intervenido en este negocio han sido desgraciados.»

Monseñor es en el fondo un campesino escarrón. Y es difícil engañarle. Las advertencias y las consideraciones no podían hacer mella en aquellos negociantes.

Y él hubo de acudir a su picardía. Con una ilusión de muchacho y una sonrisa maliciosa me lo cuenta. «El parque descansaba sobre un capital de 140 acciones. El accionista más fuerte poseía 69. Desengañado, viendo las dificultades que había para volver a abrirlo, decidió desprenderse de ellas.»

Monseñor Griera las adquirió, y al verse con las acciones en la mano lo hizo derribar todo: pistas, balles, barracones...

EL LIBRO DE FIRMAS

Nada más pintoresco que el libro de firmas del monasterio de San Cugat.

Claro que no es un caso aislado. Libros en que han dejado su firma los personajes más distintos, más opuestos e incompatibles, en unos años en que sobre las tierras de España pasó velozmente, como a uña de caballo, la Historia. Así, en este libro de San Cugat, hallan ustedes desde las firmas de los personajes que el año 38 se reunieron para celebrar la última sesión del Parlamento de la República, a la de los obispos que durante el Congreso Eucarístico visitaron San Cugat y saludaron a monseñor Griera.

Aquí pueden leer ustedes, no

lejos de la firma de Negrín y de Martínez Barrio, las del arzobispo Armando Lombardi, de Alexandre Vachon, arzobispo de Oitava, que poco después pereció en un accidente de aviación; de Julien de Coué, obispo de Troyes; de Dominic Savarese, obispo de Vallens, en Lucania; del cardenal Frings y del cardenal Gerlier.

Aquellos días el monasterio se llenó de un ir y venir de preladados. Recuerdo la sonrisa de un joven obispo francés que se despedía entre los cipreses del jardín de monseñor Griera.

El cardenal Gerlier le dijo: «Usted, monseñor, vive mejor que yo.» Y el cardenal Frings: «¿Qué estudian sus sobrinas?» Monseñor, con un gesto de picardía, respondió: «Cocina.»

RECUENTO DE UNA LABOR CIENTIFICA

Pero este monseñor, que vive con la paz de un ermitaño en la casa abacial de San Cugat, no es solo el restaurador del monasterio.

Sobre los hombros de monseñor Griera pesa una imponente labor científica. Desde que en su juventud fué pensionado para estudiar en Alemania no ha abandonado nunca—con la salvadad de los momentos de la guerra, en que prestó importantes servicios a la España Nacional—los estudios filológicos.

Claro que toda rosa tiene sus espinas. Y más cuando las cosas toman por ciertos senderos. Monseñor Griera había terminado el «Atlas lingüístico de Cataluña». Constaba de 858 mapas impresos. Sobre cada localidad, la palabra empleada para expresar cada idea. Para elaborarlo tuvo que recorrer las tierras de Cataluña interrogando en cien localidades, con un cuestionario de 3.000 palabras.

«Lo empecé el año 12 y lo concluí el 20.» Pero durante los años de la dominación roja el populacho irrumpió en la casa abacial, destruyendo los manuscritos y los originales. Una labor que desaparecía en un momento de salvajismo.

Otra obra de gran importancia del doctor Griera es el «Tesoro de la lengua catalana». El «Tesoro» registra más de 20.000 refranes y brinda más de un 25 por 100 de vocablos que no se hallan en otro diccionario catalán.

Monseñor Griera es doctor «honoris causa» de la Universidad de Lovaina, doctor de la de Wirsburg, miembro de la Academia de Buenas Letras de Barcelona y de la Real Academia de Bellas Artes de San Jorge. Alterna sus tareas docentes en la Universidad y en el Seminario con sus empeños por convertir el monasterio de San Cugat en un centro de cultura cristiana.

Cuando, por agosto de 1936, llegó a Francia huyendo de la zona roja, alguien le ofreció unos cursos en la Universidad de Roma o en la Sorbona para explicar Filología durante la guerra. Monseñor, a pesar de su pasión por la ciencia, contestó: «Lo agradezco, pero mi deber está en la España Nacional.»

Francisco SALVA MIQUEL
(Fotografías de Valls, hijo.)



En el centro del patio monacal, un surtidor de agua verde e inmóvil

ANTONIO BUERO VALLEJO,

FABULISTA DE ESTE SIGLO



Buero Vallejo y Claudio de la Torre, director del teatro María Guerrero, momentos antes de empezar el primer acto de «Irene o el tesoro»

“IRENE O EL TESORO” UNA OBRA ENTRE LO TRAGICO Y LO GROTESCO

De pintor a autor teatral, fiel a la temática de su tiempo

S IETE horas antes del estreno de «Irene o el tesoro», Antonio Buero Vallejo escribe, solitario, en el despacho del teatro María Guerrero de Madrid. La figura un poco cervantina por el porte del escritor teatral se ha levantado pausadamente del sillón y ha abierto la puerta. Hemos entrado. Lo que el autor escribe—una carta, un vale, unas correcciones?—no ha podido ser descifrado.

Junto al tresillo tapizado en franjas azules con fondo de plata, el hombre que esta noche estrena la fábula—fábula denominada a su obra—se presta con claridad al diálogo. Fuera, los tramoyistas comienzan a preparar definitivamente los muebles, los decorados y los objetos. Sólo están encendidas las luces azules de la batería. Y al pasar por el escenario apenas puede vislumbrarse la extensa sábana blanca de las fundas de las butacas.

Antonio Buero Vallejo es alto, delgado—aunque no tanto como su primer aspecto pudiera indicar—y preciso. Los ojos hundidos le dan una sensación de observador humano a la caza de lo escénico de la vida; su acusada nariz parece disponerle en el filo de las cosas reales y su frente amplia y despejada remata una personalidad con un cierto aire trágico, como si él mismo representase vivamente la faceta más definida de su teatro.

«Irene o el tesoro» es ahora lo más próximo, lo más cercano, y por encima del inevitable, aunque leve nervosismo del estreno, el autor de «Historia de una escalera» encuentra con seguridad las respuestas.

—¿Por qué llama usted fábula a su obra?

—«Irene o el tesoro» engloba aspectos o géneros teatrales distintos: trágicos, costumbristas, cómicos... No me resultaba fácil, por lo tanto, titularla de un modo genérico. No podía llamar-

la tragedia o comedia, simplemente. Y por eso la titulo fábula.

—¿Cómo ha surgido esta obra?

—Ninguna obra teatral suele surgir de golpe. Ninguna nace de una sola idea o de una sola situación. «Irene» es el resultado de tres o cuatro motivaciones de índole y de contenido muy diversos. He tenido siempre una preocupación creadora que me ha impulsado hacia la línea del realismo español. Me refiero y no querría en modo alguno que mi explicación pareciera pretenciosa, al género o, si se quiere, al modo literario que se puede o se suele llamar realista en nuestros clásicos. En suma, intento abarcar la realidad de una situación, de un problema o de unos personajes sin coger solamente aquella parte que la vida tiene de comensurable, de controlado, de lógico, sino que abarco también, o trato de abarcar, todo aquello que existe, que realmente existe, de incommensurable, de incontrolado, de misterioso. Esto es, aceptar la realidad en toda su extensión, en su materialismo externo y en su fondo ideal, en aquello que es en ella un fondo ideal sin medida y sin frontera y en lo que está perfectamente delimitado y medido. ¿Cómo podría llamarse esto? Pues, quizá, crear, intentar hacerlo más exactamente, con un sentido totalizador de la realidad.

—¿Prefiere el público la realidad o la vida poetizada?

—El público lo prefiere todo. Es vano marcar preferencias, es mentira. El público ha ido y no ha ido a toda clase de obras con toda clase de tendencias. Todos los grandes autores han hecho toda clase de géneros, y no por ello han dejado de ser grandes. Shakespeare, el trágico más genial, es un ejemplo. El dramaturgo es un reflejo del público y aborda a la sociedad con su



BUERO Vallejo cambia impresiones con José María Pemán durante el ensayo general

personal propia ley interior y con su arte peculiar.

Cuando responde, Buero Vallejo da al principio una sensación de timidez. Pero en el transcurso la timidez primera se convierte auténticamente en seguridad. Toda una teoría de la seguridad aparece expresada en sus dos manos paralelas cuando une el gesto a la palabra. De su propia seguridad nace quizá su escudo de timidez, porque teme aparentemente resultar vanidoso o pedante por el mero hecho de exponer con precisión sus juicios, sus creencias y, en definitiva, sus ideas.

LA PINTURA, AFICION PRIMERA

La firme carrera teatral de Antonio Buero Vallejo—una de las actuales carreras más importantes de nuestra escena—empe-



Varias veces levantaron el telón los aplausos del público. Aquí vemos al autor saludando en compañía del elenco que interpreta la obra de Vallejo

zó hace tan sólo cuatro años apenas: «Historia de una escalera» fué el primer capítulo. Pero antes Buero Vallejo no había pensado en el teatro. La afición, la gran afición primera fué la pintura.

Buero Vallejo ha terminado el Bachillerato y viene a Madrid a la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Lejos ha quedado aquel primer premio en un concurso literario en el Instituto de Guadalajara, cuando tenía quince años, y el horizonte de la pintura, amplio y dilatado, se le ofrece como una vocación específica, como una tendencia definidora.

—Fui un aprendiz de pintor que siempre se sintió más fuerte en aquello que la pintura tiene de teoría que en lo que tiene de práctica.

Pero la pintura no se solidifica, no se asienta. Esencialmente Buero Vallejo es un escritor.

—Llegó un momento en que sentí dentro de mí que la pintura iba a menos y la literatura, a más. Había que buscar una salida, porque cuando uno se queda vacío, si no se sigue por otro lado no queda más solución que la muerte.

Aquella afirmación suya de que «siempre le resultó más satisfactoria la pintura como contemplador que como creador» se va a convertir, ya para siempre, en norma habitual de ocupación de vida. Porque Buero Vallejo ya no será pintor: será autor de teatro.

—¿Por qué escogió usted el teatro y no otra de las formas literarias?

—¿Por qué? Es difícil de contestar. El teatro tiene un carácter de exposición aparentemente neutro, carente del comentario del creador que, sin embargo, va diluido a lo largo de la obra. Es-

ta faceta me sedujo porque tengo una gran pasión por la objetividad.

—¿Cuál es la línea de su teatro?

—No puede decirse que yo tenga una línea marcada. En general me interesa y me inspira la entrada de factores trágicos, en mayor o menor intensidad. El problema de lo trágico es el que más me llama aunque, no obstante, ésta sería una cuestión que podría discutirse.

—¿Qué es más importante para un autor teatral: la técnica o la inspiración?

—Lo principal es la inspiración; sin ella no se va a nin-

guna parte. Uno ha de apoyarse, por supuesto, en la técnica, ya que hay necesidad de dar variedad a las obras. Pero para el artista de verdadero talento la inspiración es lo más importante.

Buero Vallejo ha hecho una pausa en medio de su largo estilo de hablar. Amplio párrafo con incisos, con pausas y con vueltas. Afincando y remachando el concepto, para que nada quede suelto, para que nada se diluya. Parece su expresión totalizada, como una comedia mínima—como una comedia máxima suya—, en la que todo está ligado, en la que nada se pierde y en la que todo tiene lógicamente su explicación de altura.

EL AUTOR MAS IMPORTANTE EN LA DRAMATURGIA MODERNA

Los autores teatrales, antes del estreno, han visto representada la obra suya, en su misma imaginación, centenares de veces. Cada personaje, cada entrada, cada salida, cada frase, cada matiz, fueron ya vividos por el autor mientras andaba por la calle, mientras descansaba sentado en una silla, mientras hablaba tal vez en una reunión que no le interesaba y mientras se ensayaba la pieza en el escenario del estreno. La escena tiene indiscutiblemente una plástica, una colocación, un efecto visual.

—¿Ha influido en sus obras de teatro la afición plástica de su primera formación?

—Es probable que sí, por lo menos indirectamente. Tiene que haber un sentido de la agrupación plástica, aunque con esto no quede resuelta la técnica teatral. El sentido plástico ya lo han utilizado grandes creadores de teatro, como, por ejemplo, Ibsen.



Elvira Noriega en un momento escénico de la representación



Buero Vallejo conversa con el autor de esta información durante la entrevista en el teatro María Guerrero

La voz opaca de Buero Vallejo adquiere ahora, más si cabe, una coloración—si la palabra la tuviera—de solemnidad.

—Ibsen es el autor más importante en la dramaturgia moderna.

Y cuando surge la pregunta de qué hubiera preferido firmar de Ibsen, la respuesta es rápida:

—Todo.

Luego concreta su preferencia en un título único:

—«El pato salvaje».

La conversación cambia entonces hacia la propia, hacia la íntima preferencia de su obra, de la obra de Buero.

—De toda mi obra, «En la ardiente oscuridad». No es la obra que más me hubiera gustado escribir, sino la obra que más me habría disgustado no haber escrito.

—¿Pesa mucho el aspecto comercial cuando se escribe una obra de teatro?

—El aspecto comercial pesa mucho en el aspecto comercial. Es un factor que no hay más remedio que tener en cuenta.

—¿Hay afición en la juventud por el teatro?

—Mucha, tanto en calidad de espectadores como de autores. En los medios universitarios, sobre todo, existe una verdadera preocupación por la escena como no la ha habido en mucho tiempo.

EN EL TEATRO ES DIFÍCIL «SALIR»

La economía particular del autor de «Irene o el tesoro» está montada, desarrollada y vivida sobre su profesión teatral. El buen teatro da—éste es un ejemplo—dinero para vivir.

—Soltero, treinta y ocho años, indolente, irregular en el modo de trabajar, hombre de ciudad

por fuerza..., estos podrían ser unos renglones de la síntesis de Antonio Buero Vallejo. Síntesis que necesita un complemento: la suerte.

—Creo en el trabajo personal, pero creo también en la suerte, en la tremenda importancia de la suerte. Decía Napoleón que sólo los imbéciles creen en su esfuerzo; los inteligentes saben cuánto deben a la suerte.

Fácil y difícil, al mismo tiempo, le resulta a Buero la creación literaria.

—El momento de más esfuerzo está en el de planear una obra; luego, la cosa fluye más fácilmente.

Una obra de teatro puede decirse no se encuentra casi nunca acabada. Siempre necesita una corrección, tamizaje un diálogo, peinar una escena. Ocurrió durante el estreno de «La señal que se espera»: el primer acto y el segundo habían sido bien acogidos por el público; pero en el tercero los espectadores se impacientaron. La longitud de una escena pudo haber sido el motivo.

—Aquella misma noche arreglé el acto. En las representaciones siguientes pude comprobar, aunque yo ya lo sabía, que el público tenía razón. Autor y espectadores estuvimos, entonces, de acuerdo.

Un tema, no por actual menos importante, ha surgido: la participación y el triunfo de la mujer en las tareas literarias. Y se deriva la conversación, naturalmente, hacia el teatro.

—¿A qué cree usted que obedece el que los éxitos de las mujeres sean menos frecuentes en el teatro que en la novela? ¿Es que las mujeres se dedican menos a escribir obras de teatro?

—No creo que la proporción de las mujeres atraídas por la creación literaria teatral sea menor que la de aquellas que se dedican a la novela. No he pensado detenidamente sobre este asunto; pero me parece que influye en la aparente menor cantidad de mujeres dramaturgas una cuestión de índole puramente adjetiva, aunque muy importante, desde luego. Es ésta: la revelación de un autor novel en el teatro es mucho más difícil que en la novela. Para una novela, tarde o temprano, con más o menos dificultades, se puede y se suele encontrar editor. Para un estreno, que, supone un riesgo económico muy grande, es más difícil encontrar el que se encargue de montar la obra y alzar el telón. En el teatro es más difícil «salir», darse a conocer. En lo que se refiere a la esencia misma de la pura creación literaria tan difícil es hacer una buena novela como hacer una buena obra de teatro. Incluso aquella mayor dificultad que puede tener el teatro, por exigir un conocimiento o una experiencia de la mecánica teatral no sería, a la hora de escribir, algo que apartara al novel, sino, en todo caso, si siente la vocación del teatro, un apetito más, una incitación más.

—¿Ha pensado usted alguna vez escribir novelas?

—Hago, de cuando en cuando, alguna poesía. No buenas. He

escrito también algún cuento. Me tienta la idea de escribir novelas, al menos una buena; pero por ahora esta tentación no es irresistible. Puede que algún día...

«El hombre visto por el hombre» podía ser el título de la nueva pregunta. Buero Vallejo se ha callado. Para ayudarle hemos dicho si él, por ejemplo, cree ser simpático, comprensivo, hombre al que se le pare pronto el mal humor o que sepa gastarse alegremente unos duros. Buero se ha reído de verdad y ha dicho:

—Esas cuatro condiciones las tengo yo.

Luego, después de una pausa, más serio, ha concretado:

—Puede que mi mejor condición o, al menos, la que más me sirve, la que me resulta más útil, es la tenacidad. Como puede que mi peor cualidad sea ser sincero. Digo «puede» porque en contra de lo que se suele oír por ahí, yo creo que la sinceridad no perjudica ni pone obstáculos en el camino de nadie.

Buero Vallejo ha vuelto a su mesa, ha cerrado la puerta cuando nos hemos ido, y ha vuelto a escribir. A la noche, dentro de seis horas exactamente, se habrá fumado, sea cual sea el resultado; un puro. En el escenario hay una policromía de bombillas encendidas. Azules, blancas y amarillas. Claudio de la Torre, desde el patio, vigila los movimientos de los decoradores.

EL DUENDE HA CAIDO BIEN

El teatro María Guerrero tiene sabor de teatro antiguo. Su entrada se adelanta hacia los espectadores, que llegan hoy en automóviles, pero que, sin desenterrar nada en absoluto, muy bien pudieran haberlo hecho en coches de caballos, como los de principios de siglo. El público de los estrenos—el casi siempre mismo público de los estrenos—habla y se saluda en el vestíbulo. No hay una sola butaca vacía, y por las alturas, los claros, igualmente, no hacen acto de presencia. Hay una cierta tensión entre los espectadores. A Buero Vallejo se le va a medir cada situación, analizar cada frase y desmenuzar cada escena.

Tres personajes principales tiene la obra: Irene, Daniel y el duende: Elvira Noriega, José María Rodero y Mari Tere Carreiras. Allí están los tres, entre bastidores, esperando la orden. El autor ha bajado, hace un pequeño rato, al escenario, ha visto todo, ha saludado a alguna amistad y ha mirado, por último, a Claudio de la Torre.

—Arriba el telón.

Luisita España, una preciosa joven actriz rubia, va a entrar en escena. Cruza los dedos y dice:

—Suerte, don Claudio.

—Suerte, mucha suerte.

Buero Vallejo no está entre bastidores mientras se celebran los actos. Sentado, casi solo, en el saloncillo, espera.

Han pasado apenas dos minu-

tos cuando llega Fernando Fernández de Córdoba, secretario técnico. Instala un cable y ordena:

—Aquí, que no haya absolutamente nadie.

El lateral derecho queda desapejado. En este mismo lateral, esperando el momento de intervenir solamente con su voz, Ángel Picazo sostiene entre sus rodillas al duende. Este pequeño duende ahora, al principio, está muy quieto, muy formalito.

José María Rodero, sentado en una silla, vestido con un traje impersonal gris, con unos libros en la mano, un poco despeinado, con gafas redondas de aro negro en el bolsillo, aguarda su instante.

—¿Qué siente usted en estos momentos?

—Por efecto de los nervios, una gran tranquilidad. Estoy seguro de la obra y muy poco seguro de mí. Quizá este desnivel produzca la tranquilidad.

—¿Qué le parece el teatro de Buero Vallejo?

—Extraordinario; no puedo olvidar que mi primer éxito fué con una obra de Buero: «En la ardiente oscuridad». Aunque únicamente fuese el agradecimiento a este autor, yo no podría hablar de otra manera. Buero Vallejo es, junto con Sastre, lo más importante hoy día en el teatro dramático.

Cuando pasa un rato, Rodero golpea uno de los libros, nerviosamente, con el índice. Está próxima su intervención. María Rivas, joven actriz de la compañía, de exquisita presencia, que no interviene en esta obra—únicamente hace de voz interior, de voz desde dentro—, comenta:

—Estás tan metido en situación que das pena.

Ha hecho mutis Luisita España y ha llegado vivaz y nerviosa. Trae en la mano una cabeza de ajo. Ríe y bromea:

—Ahora, cuando salga, no sé qué tengo que decir.

—Eso, Luisita, pasa siempre.

El duende, que estaba tan senadito en las rodillas de Picazo, va a representar. Llega el traspunte y se lo lleva. Sale con seguridad a escena. En los espectadores, el duende ha caído bien.

El duendecillo—seis años tan sólo tiene la pequeña, hija de actores y actriz infantil, lo está demostrando, a lo grande—va tomando confianza con la situación. Ya hizo anteriormente el Puck de «El sueño de una noche de verano», con Cayetano Luca de Tena. Ahora, este duendecillo, vestido con unas calzas verdes, un gorrito rojo y una ropilla colorada, se coloca siempre, con justeza, por el lado que tiene que salir.

—Que no se me pierda mi martillo, que tengo que buscar el tesoro.

Porque el duendecillo busca a lo largo de la obra un tesoro.

Ha terminado el primer acto. Elvira Noriega sale llorando, secándose las lágrimas, y exclama:

—¿Qué precioso acto! ¿Verdad?

Buero, con un traje negro a rayas, corbata clara, pañuelo blanco en el bolsillo superior, baja del saloncillo y sale a saludar. Se da golpes en el pecho cuando el telón ha bajado por vez última.

Esto parece que va, como dice Picazo, viento en popa.

¿HAY RUIDO, HAY RUIDO?

El saloncillo se va poblando de gente que viene a felicitar al autor. Joaquín Calvo Sotol. pregunta:

—¿Dónde está el autor?

Suben Saiz de Robles, López Rubio, Julia Maura, Edgar Neville y muchos más. Luego el conde de Mayalde, Víctor Ruiz Iriarte, Adolfo Torrado y tantos que el saloncillo se va quedando reducido. También entre bastidores hay caras conocidas: Gustavo Pérez Puig, director del T. P. U., José María Rincón y Alfonso Paso. Este último comenta:

—La obra es estupenda, estoy transportado.

Rincón remacha:

—Hacen falta autores valientes que saquen duendes.

Y José María Rodero, que anda también por allí, sentencia:

—Si esto no cuaja, yo no vuelvo a hablar de teatro. Tienen para reír, tienen para llorar...

El segundo acto ha comenzado. Hay en todo él una tensión dramática que prende en el público. La escena culminante la están haciendo ahora Irene y Daniel, Rodero y Noriega. José María sale claramente emocionado de ella y se seca las lágrimas. Elvira, cuando vuelve, exclama:

—Esta obra es una paliza.

El duendecillo está enorme. Parece un duendecillo de verdad, un duendecillo de toda la vida. Y ya, tomada la confianza, corre entre los decorados como si aquello fuera más que una responsabilidad un juego exclusivo para él.

Ha terminado el segundo acto. Buero ha salido de su especie de madriguera y lo primero que pregunta es:

—¿Hay ruido, hay ruido?

Luisita España tiene una gran cara de susto. Pero los aplausos



José María Rodero espera el momento de intervenir en el primer acto de la interesante comedia «Irene o el tesoro»

vencen y los saludos son de todos para todos.

Otra vez las felicitaciones: Mihura, Alvaró de Laigles... Claudio de la Torre está contento. Aunque antes regañara a María Rivas por llegar un poco tarde a hablar con Luisita por el balcón.

El duendecillo recibe las felicitaciones como si lo que hace no tuviera para él importancia. Aunque luego, cuando estuviese sola con el traspunte, dijera:

—Han levantado el telón tantas veces porque he salido yo.

El tercer acto se espera con expectación. Ya hay por la sala comentarios contradictorios. Va levantando la obra opiniones dispares. Algo llevará, pues, dentro cuando esto ocurre.

Ha empezado la última tercia parte. Fernando Fernández de Córdoba se ha sentado, como antes, en la escalerilla que conduce al despacho—al saloncillo—del teatro. Y se fuma su tercer puro.

—Parece que está un poco roncaca la niña—ha dicho Claudio de la Torre.

Inmediatamente hay un vaso de agua para que el duende se enjuague. Lo hace con un mínimo aire de matador de toros de postín que estuviese preparado para la gran faena. Y, como tiene más sed, bebe más.

—Quiero más agua.

En la parte izquierda del escenario hay seis sillas. En ellas se van sentando los actores cuando salen de escena. En una, que cruje y que se desencuaderna, Elvira Noriega repasa su papel.

—¿Qué tal la obra, Elvira?

—Es de una gran fuerza dramática y poética. Buero es estupendo.

—Y el papel de usted, ¿qué le parece?

—Es un papel de lucimiento, complejo y bonito de hacer. Porque lo bonito, lo agradable, es hacer cosas difíciles.

El duendecillo, por primera vez, se desalienta:

—No sé qué tengo que decir ahora.

—Si lo estás haciendo muy bien—dice el traspunte que está con ella.

—¿Ahora tengo que salir de debajo de la mesa?

—Sí, sí... Hala, ya...

Y el duendecillo dialoga con la voz microfónica de Picazo. Luego llega la escena final. Buero, ahora más que nunca, está nervioso. Caen el telón. El público aplaude. Hay que salir a saludar. Fuera el público comenta. Dentro, reposado el telón, se abrazan todos. Unos abrazos sinceros unos abrazos de amigos, de compañeros, de verdad.

Ha terminado el estreno. La calle se llena instantáneamente de gente; de gente que alaba, de gente que critica. Se han apagado las luces y se han cerrado las puertas. El teatro antiguo con nombre de María Guerrero ha estrenado una obra moderna de un autor con nombre de ahora: Antonio Buero Vallejo. El título: «Irene o el tesoro». Tres datos justos para la historia.

José María DELEYTO
(Fotografías de Aumente.)



André Baranés, en un coche celular y con buena escolta, es trasladado desde el Tribunal Militar a la prisión de Fresnes. No parece preocupado

LAS "FUGAS DE LOS SECRETOS MILITARES", UNA TRAICION EN TODA REGLA

EL JEFE DEL GOBIERNO, ACUSADO

LA ENCUESTA DEL ESPIONAJE EN LA ASAMBLEA DEL PALAIS BOURBON

CUANDO el policía Dides, comisario de la villa de París, comisario del puerto de Genevieve, se presentaba a finales de mayo ante el ministro de Asuntos Tunecinos y Marroquíes para decirle que conocía los secretos y los detalles de la reunión sostenida dos días antes por el Comité de la Defensa Nacional, el ministro se sobresaltó.

—¿Se ha tratado—decía el comisario—de reforzar las tropas del Cuerpo Expedicionario de Indochina?

—Sí, pero ¿cómo lo sabe usted?

Poco más o menos éstas han sido las frases con las que se levantaba en el centro de París la más extraordinaria y tremenda encuesta de espionaje. Un asunto tan grave, tan clamoroso, que puso a la nación entera en vilo: en el despacho del Presidente de la República, en las reuniones secretas de la Defensa Nacional, el espionaje ganaba batallas.

Nada más ponerse en marcha el «dossier Dides» comenzaba también una lucha ininterrumpida hasta el día de hoy, entre la Policía de la Prefectura del Sena y la D. S. T. (Dirección de Seguridad Territorial) que tuvo sus primeras fases en la detención del comisario Dides.

¿POR QUE SE DETUVO AL COMISARIO DIDES?

El «affaire» del espionaje francés está cruzado no sólo por los aspectos exteriores de una lucha entre los partidos, sino también por una enorme cautela en la definición de los conceptos peligrosos. Estos conceptos, casi metafísica del proceso, no han sido resueltos, como debía de haber ocurrido rápidamente.

El primero de ellos se refiere, simplemente, al hecho de si son o no son secretos militares los divulgados, es decir, todos aquellos que se ha llegado a tener la evidencia que han pasado de los despachos de la Defensa Nacional a la calle. El bizantinismo de la encuesta comienza con su verdadero caballo de batalla: la detención del comisario Dides.

Jean Dides, en estos momentos sancionado y perseguido encar-

nizadamente por el ministro del Interior, monsieur Mitterrand, tenía establecida personalmente una red de confidentes que llegaban hasta las células comunistas. El 14 y el 26 de mayo, por el conducto de Baranés, redactor del periódico «Liberación»—cuyo director es el aristócrata comunista Astier de la Vigerie—, le llega un material insospechado: se trata de todas las disposiciones tomadas por el Comité de la Defensa Nacional, y no sólo en lo que se refiere a consideraciones generales, sino que la documentación que le entrega Baranés alcanza al detalle mínimo: a dar el texto de las conversaciones verificadas entre los presentes y sus distintas posiciones ante los problemas.

El comisario Dides, viejo policía, aunque advierte que, en líneas generales, el informe es válido, llega a tener la evidencia de que existen alteraciones en el documento. Las alteraciones, los cambios, «los trucajes», le llevan a la conclusión de que el partido comunista los modifica en cierto modo para que la «confidencia» les sea útil.

El cuadro secreto de esta guerra invisible, el mecanismo que dirige todo el movimiento del espionaje se concentra ahora sobre Dides. Este, después de consultar al ministro de Asuntos Tunecinos, tiene ya la seguridad absoluta de que «los secretos militares que le entregan» han salido del Eliseo, del palacio presidencial.

Mientras tanto el ministro ha puesto en conocimiento de Mendes-France lo sucedido. El secreto de Dides pasa entonces a ser asunto de Estado. El 18 de septiembre, el policía Jean Dides es llamado al ministerio de los Estados Asociados. El ministro quería saber el origen que tienen sus informaciones.

—Yo tengo mis propios medios.

El ministro le suplica que le perdone, porque tiene que atender a una delegación de provincias. El teléfono suena en aquel momento.

—La delegación que esperaba me aguarda—dice el ministro.

Cuando Dides sale, se encuentra con un grupo de comisarios

de la D. S. T. Después de una breve lucha a puñetazos, el comisario es llevado a la presencia de monsieur Wyvot, jefe del servicio. Antes ha sido registrado; en su cartera se encuentran unos documentos que informan con el detalle habitual sobre dos sesiones del Comité de Defensa Nacional.

—¿Quién le facilita esta documentación?

El interrogatorio dura horas enteras. Dides, que es un policía fuerte, casi gigantesco, resiste tercamente a las preguntas. Una sola cosa dice:

—No puedo hacerlo. La vida de los confidentes depende de mi silencio. No se trata de una cosa de broma.

—¿Por qué no comunico inmediatamente a sus superiores jerárquicos la información que posea?

—Porque no tenía seguridad de su veracidad.

—¿Cuándo lo supo?

—Días antes de tener la ratificación del ministro consideré que se trataba de hechos ciertos.

—¿Qué pensaba hacer?

—Comunicarlo y proseguir la investigación.

Eso no pudo hacerse. El comisario Dides, primero detenido y después depuesto, se ha convertido en un testigo más. El hombre que primero consiguió penetrar en el misterio del espionaje, era desposeído de toda facultad por el ministro del Interior.

El tumulto de la investigación se convertía de hecho en la lucha de dos Policías distintas. La Prefectura, solidaria de Dides. La D. S. T., que apuntaba contra la primera.

«ENTRE NOSOTROS SE ENCUENTRA UN TRAIDOR»

El ministro del Interior, Mitterrand, es uno de los seis ministros menores de cuarenta años con los que formó Mendés-France su Gabinete. Es editor y ha sido, corintándose su designación en el Gobierno actual, once veces ministro. Formando parte del Gobierno inmediatamente anterior al de Mendés-France, en el de Laniel se vió obligado a dimitir a

consecuencia de una «indiscreción».

Días antes de celebrarse la reunión del Comité de la Defensa Nacional en julio de 1953, apareció en la Prensa francesa una información detallada sobre los planes franceses en Laos. Cuando se celebró la sesión inmediata, entonces Presidente de la República, monsieur Vicent Auriol, se vio en la necesidad de decir estas duras y ásperas palabras: «Tenemos un traidor entre nosotros.»

El día 3 de diciembre de 1954, duramente atacado en la Asamblea francesa por monsieur Legendre, que le había recordado aquellas palabras del Presidente, monsieur Mitterrand, ministro del Interior, hizo pública la siguiente declaración: «... Monsieur Legendre ha creído necesario afirmar que el Presidente de la República había declarado que entre los participantes de la reunión de julio de 1953 se encontraba un traidor y que ese traidor era necesario, cuando menos, que dimitiese; tres semanas más tarde, ha añadido monsieur Legendre, yo había dimitido.»

Nadie duda—sigue monsieur Mitterrand—que monsieur Legendre ha querido decir que yo cometí en julio de 1953 una «indiscreción» con relación a la campaña de Laos... Hay en esta Asamblea un cierto número de miembros del antiguo Gobierno Laniel, y yo me excuso ante ellos de aquella indiscreción...

Con referencia a la campaña de Indochina, en cierta manera clavada en el alma popular, como veremos más tarde, el general Navarre había dicho: «Los Viets modificaron más de una vez su estrategia inspirándose en informaciones que recibían de fuente segura.»

UNA TRAICION EN TODA REGLA

La investigación del «affaire des fuites», del turbio asunto de «las fugas», de las indiscreciones y divulgación de secretos tiene, para que su ficha policíaca sea exacta, una Comisión de expertos que estudia con una enorme lentitud el carácter que posee, desde el punto de vista militar, cada «fuga».

Hasta el presente han respondido «sí», es decir, que se trata de secreto militar, al coronel Camadau en lo que se refiere a la divulgación de la sesión del 14 de mayo de 1954, revelada por el comisario Dides el día 31, que hacía mención a las medidas tomadas en Dien-Bien-Fu. En este caso la traición es en toda regla. No queda ni existe una sola duda sobre la calidad del espionaje comunista francés que sirvió para hundir el fuerte.

Han contestado igualmente «sí» a propósito de la «fuga» del 10 de septiembre, puesto que nada menos en esa reunión del Comité de Defensa Nacional se trataba de «estrategia y protección atómicas».

Los expertos no han contestado todavía a las que, de una forma u otra, atañen muy de cerca a personalidades actuales: a las indiscreciones de julio de 1953 sobre la defensa de Laos, según el plan del general Navarre. Ni tampoco sobre el carácter secreto que tenía el telegrama diplomático-militar cuyo contenido comunicó a la Asamblea el 25 de



A su llegada al Tribunal Militar de Reuilly, D'Astier de la Vigerie, muestra la citación al guardia de la puerta

noviembre de 1954 el diputado progresista monsieur Astier de la Vigerie. En estos casos los expertos han buscado la dilación. Pero las preguntas sin respuesta se han reproducido en un clima impresionante en la Asamblea del Palais Bourbon del 3 de diciembre.

EL GOBIERNO, ACUSADO

De las cinco «fugas» que oficialmente se ha comprobado tenía conocimiento exacto el partido comunista francés, dos de ellas han tenido una repercusión desfavorable sobre la posición política de Mendes-France. Al iniciar en la Asamblea el duro y descarnado examen de los hechos, monsieur Legendre advirtió. «La primera divulgación conocida apareció en el periódico «L'Observateur». Había existido una reunión secreta del Comité de la Defensa Nacional el 24 de julio de 1953. En «L'Observateur» del día 30 se daban a conocer detalles extremadamente precisos. El 26 de mayo el Comité de Defensa escuchaba el informe de los generales Ely y Salan. Tres días más tarde, «L'Express» publicaba las impresiones y observaciones de los dos generales...»

Las palabras anteriores se completan con esta breve y dramática apostilla de la declaración de

Turpin al juez militar nombrado para instruir el proceso del espionaje: «Yo he trabajado durante cuatro años con Labrusse. Después de la reunión del 26 de mayo me hizo conocer su intención de advertir a ciertas personalidades políticas de la oposición de todo lo que ocurriera en los Consejos. Yo le comunicué lo que había pasado en la reunión. Labrusse tomó nota y poco después me



El defensor de Roger Labrusse responde a los periodistas que le preguntan sobre el escandaloso «affaire»

dijo que había remitido su informe a monsieur Astier de la Vigerie, quien a su vez lo comunicaría a monsieur Mendes-France.»

Al llegar a este punto se entabló viva y violenta esta conversación entre el presidente del Consejo, monsieur Mendes-France, y monsieur Legendre:

Monsieur Mendes-France: ¡Eso es falso!

Monsieur Legendre: Os explicaré con Turpin ante el juez de Instrucción. Ni el mismo monsieur Astier lo podrá desmentir. Y la decisión depende del ministro de Defensa Nacional, que es el único calificado para apreciar si ha habido o no violación de secretos.

La gravedad de las acusaciones de Legendre ponen al descubierto las partes más confusas y extrañas del cuadro de espionaje y «divulgación». Las que se refieren simplemente a la personal conexión de Mendes-France, que en el período de las primeras «fugas» estaba todavía en la «oposición», con los dos periódicos acusados: «L'Observateur» y «L'Express».

LAS «FUGAS» SALIAN DE LA SECRETARÍA DE LA DEFENSA NACIONAL

Una vez que Baranés, el principal confidente del comisario Dides, fué detenido fué fácil llegar al resto de las conexiones con el Comité de Defensa Nacional. El único que tenía libre acceso al Comité de la Defensa Nacional era su secretario permanente, monsieur Jean Mons, y el único al que le era permitido tomar notas de las conversaciones.

El circuito de la investigación se cerraba en él, porque era claro que, salvo llevando detallada nota de cuanto sucedía, podía darse el caso que se producía con los informes que Baranés había pasado al comisario Dides: la precisión más absoluta.

Al estudiar los documentos existentes, los facilitados por Dides, se llegó a la conclusión de que era necesario compararlos con los del secretario general permanente del Comité de Defensa. Al solicitarse de él que presentara las notas que habían sido tomadas en las reuniones del 28 de junio y 10 de septiembre, no se pudieron obtener las primeras por

haber sido destruidas conforme a las instrucciones en vigor establecidas por el Jefe del Estado. Sin embargo, fué posible obtener las tomadas en el Comité del día 10 de septiembre.

Al comparar las notas del secretario general de la Defensa con las facilitadas por Baranés no hubo lugar a dudas: se trataba de una misma cosa. Aunque más tarde se averiguó que tampoco se habían quemado las notas tomadas el día 28, pareció claro que no podía haber el menor error. Sólo que las alteraciones o cambios entre las notas verdaderas y las entregadas a Dides por Baranés se habían hecho para arrojar aún más graves acusaciones contra el Gobierno.

Dos cosas, pues, aparecían a lo largo de la encuesta: que las «fugas» salían de la Secretaría General; que la documentación pasaba a manos comunistas y, en cierto modo, después de «maquillada», se transmitía por Baranés a Dides. ¿Lo sabía el mismo Baranés? El comisario Dides lo sospechó inmediatamente.

EL «BARON ROJO». EL CENTRO DE LA RED DE ESPIONAJE

Una vez que se comprobó que las notas eran las mismas no hubo más que examinar a fondo el personal que rodeaba a monsieur Mons. El ministro del Interior se ha conformado con decir que el secretario general ha cometido «una grave negligencia dejando a sus colaboradores la posibilidad de compulsar las notas y de poder disponer de ellas tan libremente como para poder copiarlas». Parece demasiado fácil.

Dos funcionarios, empleados sólo hace dos años en el Ministerio, han sido los transmisores de los secretos. Labrusse y Turpin conocían —según su declaración— a Baranés, a quien entregaban periódicamente las informaciones que tenían. Labrusse ha dictado, en una ocasión, personalmente a Baranés el texto de las notas de M. Mons.

Baranés, a su vez, por un doble y espinoso conducto, se ponía en contacto con el partido comunista y el comisario Dides. Aunque no está comprobado totalmente, parece ser que era M. Astier de la Vigerie, «el barón rojo», el centro de esta red de espionaje. Las relaciones de Baranés con el partido comunista quedan, en el curso de la encuesta, perfectamente establecidas. Por lo pronto, no se trata de un colaborador ocasional, sino permanente de Astier de la Vigerie, en cuya mesa de trabajo se encuentran muchos de los secretos militares de Francia, conocidos, antes que nadie, por el enemigo.

Por otra parte, Baranés recibía información de la siguiente forma: a través del antiguo diputado comunista —pagado por Baranés— Pierre Herve, que había sido, tiempo atrás, redactor jefe de «L'Humanité». Venía después Lausselac, del periódico comunista «La Terre».

Al llegar a este punto, la Policía dudó de las afirmaciones de Baranés. Ninguna información daba como prevista la relación, ni tan siquiera el conocimiento, entre ambas personas. Baranés, friamente, describió el despacho

personal de Lausselac en «La Terre», comprobando más tarde una sección de la D. S. T. la total exactitud de la descripción.

EL TERCER HOMBRE DEL «AFFAIRE»

Existía un tercer informador. Este tercer confidente, verdadero tercer hombre del «affaire», constituye una pieza esencial en el proceso. Se trata de Fromentau adjunto, nada menos, que de M. Malleret-Joinville, el «general Flic» de la organización comunista, el jefe del servicio de orden y seguridad del partido.

De Fromentau ha tenido, Baranés las grandes noticias. De él supo, antes que nadie, por lo menos un mes antes que se produjera, la expulsión de Marty del partido. Por él se supo, y esa comunicación pasó a la Policía, a través de Baranés, el famoso asunto de la conferencia económica de Moscú. Como se recordará, en 1952 Moscú organizó una conferencia económica, y con ese motivo hizo propaganda en Francia para que ciertos hombres de negocios participaran en ella. El Gobierno francés quiso saber quiénes eran los que habían dado su adhesión a la propaganda, y Baranés, tres meses antes de celebrarse la apertura de la conferencia, facilitó una lista completa. Este asunto, que demostró la capacidad de Baranés para extraer noticias de la organización comunista, motivó una réplica curiosa en «L'Humanité» del día 16 de noviembre.

Decía «L'Humanité» que la lista proporcionada por Baranés era falsa. Daba como prueba de ello el nombre de M. Bouvier-Ajam, que no había acudido a la conferencia, aun cuando el resto de la lista fuera exacto. «L'Humanité» se permitía citar, como omitidos, los nombres de Simon Mora y Georges Boris. Los dos agregados al Gabinete de Mendes-France.

LA LUCHA CONTRA BARANÉS

El debate en la Asamblea ha puesto en evidencia algunos aspectos de la forma de llevar adelante la investigación. Según Legendre —que sigue aquí las manifestaciones del periódico «Nouveaux jours»—, el proceso verbal concerniente a la actividad de Baranés entre el 10 y el 18 de septiembre ha desaparecido y, por lo tanto, no ha podido ser remitido al juez de instrucción.

El 12, en la noche, Baranés recibía de la D. S. T. una carta por la que se le invitaba a ponerse a su servicio. El día 13, en la mañana, un inspector fué a verle para darle, personalmente, una cita para el día siguiente, a las 7,30, en el Bosque de Bolonia. Cita a la que, naturalmente, no se atrevió a acercarse el redactor de «Liberation».

Al crear, pues, toda serie de obstáculos para que la investigación alcance, de verdad, a los culpables, se ha olvidado manifestamente que las relaciones de Baranés con la sección anticomunista de la Policía no eran nuevas. Su peligroso juego de agente doble comenzó cuando M. Brune era ministro del Interior y, desde esa fecha, Baranés fué puesto a disposición del comisario Dides.

«¿Por qué este servicio? —de-



Baranés llega a Reuilly para ser sometido a un nuevo interrogatorio

cia Legendre en el dramático debate de la Asamblea—. Porque a la liberación todos los servicios policíacos anticomunistas estaban desorganizados. Los comunistas han aprovechado su paso por el Gobierno para «limpiar» la Policía, para hacer desaparecer las fichas y destruir los archivos. Los policías que por convicción hicieron anticomunismo antes de la guerra y durante la guerra, habían sido liquidados...»

«LOS COMUNICADOS DE VICTORIA»: SE PIERDE INDOCHINA

Una de las informaciones que al trascender al público han señalado la alta presión de la Asamblea durante el debate ha sido la que se refiere a la comunicación de Baranés a Dides la noche del 20 al 21 de julio. Esa noche, desde «Liberation» Baranés comunicaba a Dides que M. Boris acababa de telefonar desde Génova al «Movimiento de la Paz» —organización comunista— para ser el primero, decía, en anunciar la buena nueva y expresar a la Prensa comunista que publicara al día siguiente grandes comunicados de victoria: Indochina para los comunistas.

Unas noches después se celebraba, calladamente, una fiesta en el domicilio de Nguyen van Ky. Este señor, de origen vietnamita, naturalizado francés, ha sido durante dos años y medio el representante oficinero del Vietnam comunista indochino en Francia y uno de los hilos del «Affaire des fuites».

Nguyen van Ky, que estuvo en Génova como consejero oficinero del Vietnam, tenía en Francia, en París, tres domicilios. Cuando después de innumerables tardanzas y vacilaciones ha sido posible hacer una investigación en ellos, aun ha sido posible encontrar una lista de las personas que frecuentaba más. Estos son: M. Claude Bourdet, M. Stephane, del «Observateur»; M. Boris Labrusse, M. Miterrand y M. Mendes-France.

LA PISTA DE LOS PASAPORTES FALSOS

Una serie entera de maniobras se ha desencadenado para apresar a Dides. La maniobra de diversión se comienza con lo que se ha comenzado a llamar «la pista de los pasaportes falsos». Dides, para proteger a alguno de sus colaboradores, los ha usado, pero no es esta, ni mucho menos, la primera vez que la Policía recurre a semejante cuestión. La misma Dirección de Seguridad Territorial, Mr. Wyvot, su jefe, según inmediatamente ha demostrado en su lucha implacable la Prefectura de Policía, así lo ha hecho también. Y M. Bertaux, que fué Director de la Sureté, ¿merece también la prisión? Porque ahora se hace público un asunto del mayor interés ocurrido en 1949.

La noche del 20 de octubre de ese año llegaban al Pavillón Henri IV, de Saint-Germain, dos personajes. El uno llevando un pasaporte belga; el otro, simplemente, con una carta de identidad a nombre de Steiner. Al mismo tiempo que ellos se presentaba un inspector de la D. S. T., que ordenó al dueño del hotel que no registrara en las fichas de la Policía el nombre

de Steiner. El nombre así permaneció durante quince días en París, abandonó la ciudad para regresar más tarde, yéndose a vivir a una pensión familiar: ese hombre, protegido por la D. S. T., no era otro que Skorzeny, el coronel alemán que libertó a Mussolini de su estrecho nido de águilas.

Al principio de la investigación, en el comienzo de la encuesta, se hizo cargo de ella el juez militar comandante Ressiguiet. Pero un nuevo escándalo—se ha dicho en la Asamblea francesa—ha intervenido en la cuestión. Por orden del ministro del Interior se ha nombrado un juez «civil», adjunto del militar, y cuyas fronteras teóricas en cuanto a su función y derechos parecen ser iguales estrictamente a los del comandante Ressiguiet. No hay que decir que ello perjudica enormemente la marcha de un proceso ya de por sí notablemente interferido por la política.

«LA ACTITUD DEL GOBIERNO ES SIN PRECEDENTE»

En el curso del debate, al llegar a ese punto neurálgico y poco claro que es nombramiento del juez civil M. Duval, «usted —decía Legendre en el curso de su dura exposición de los hechos— le ha nombrado y en condiciones tales que los dos jueces se encuentran en condiciones de igualdad para instruir el mismo asunto: ello es absolutamente ilegal. O bien el juez Duval debe ser un subordinado del comandante Resseguiet, o bien el comandante Resseguiet debe ser un subordinado del juez Duval. Pensad que, en esta ocasión, no es la personalidad de M. Duval la puesta en causa, sino los actos del Gobierno. ¿Qué reproche puede hacerse al juez que ha estado hasta el presente encargado de la causa? La actitud del Gobierno no tiene precedentes».

¿Y LOS MUERTOS DE DIEN-BIEN-FU?

Difícilmente podrá ser referida la enorme emoción del inmenso público que, desde las tribunas, seguía el desarrollo de la dramática controversia. Las interpeleciones de M. Legendre hicieron subir la fiebre. Las revelaciones sensacionales del diputado del Oise, que han colocado, quiérase o no, al Gobierno en una situación poco agradable, al ir exponiendo en una casi mecánica y minuciosa exposición todas las trabas que se han puesto para la persecución de los culpables, de la lentitud del proceso contra los comunistas y, por último, de las acusaciones personales con-



La esposa de Baranés, acompañada del abogado de su marido, se dirige a prestar declaración

tra ministros del Gabinete Mendes-France, llevaron al gentío que escuchaba a una «entrada» personal en el debate. El padre de uno de los muertos de Dien-Bien-Fu que asistía desde su tribuna a la exposición, se puso en pie para gritar estrepitosamente: «¿Y los muertos de Dien-Bien-Fu?»

Contrariamente a lo que ocurre en casos semejantes, hubo varios bancos de diputados que aplaudieron la interrupción. El presidente del Consejo intervino con esta fría reprimenda: «Es escandaloso aplaudir una intervención que proviene de la tribuna pública.»

Sin embargo, la pregunta quedaba pendiente en el aire: ¿Y los muertos de Dien-Bien-Fu, que han sido traicionados por la comunicación de esos secretos militares que tan fácil ha sido para los comunistas obtener?

Pregunta que quizá pueda ser respondida por el número 13.318 del «Journal Officiel» del 6 de octubre último (página 4.534), en la que se revela que el número de militares del Cuerpo Expedicionario de Indochina, condenados por contumacia, desertión o paso al enemigo se eleva a 5.568.

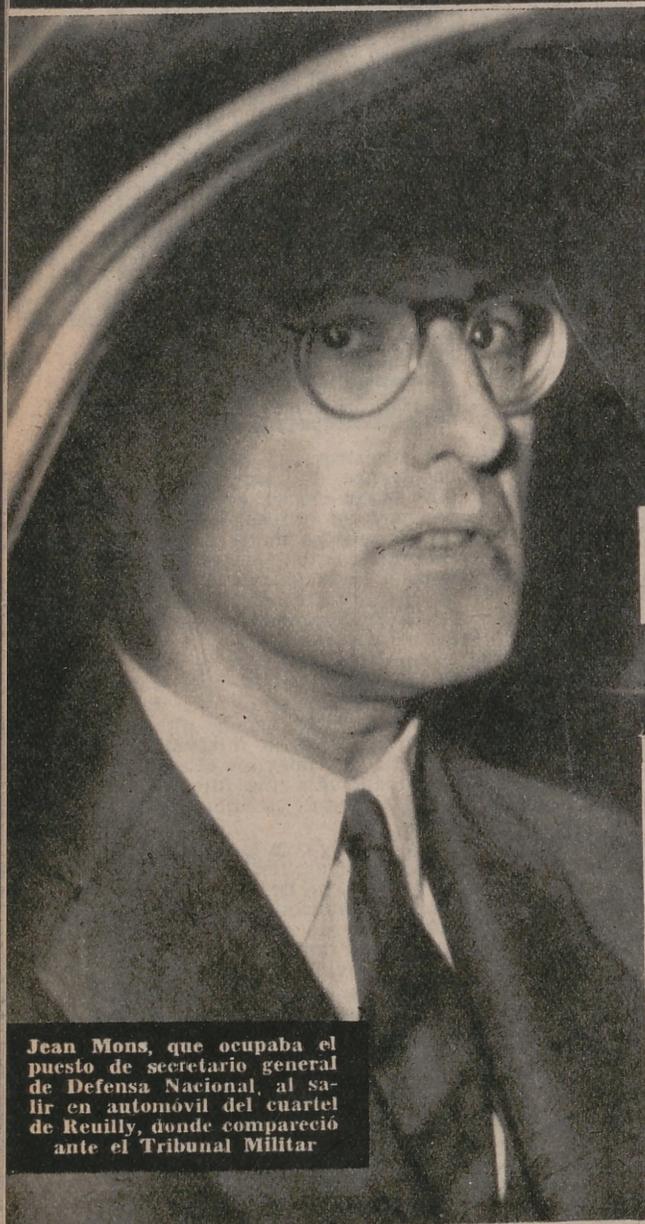
Cifra demasiado importante para que no pueda hacerse un parentesis para la conciencia: no sólo se entregaba por el comunismo francés los secretos al Vietnam, sino que sus hombres abandonaban su bandera en el momento de peligro. Y la abandonaban porque su bandera no era la de Francia. Era la de Rusia.

Por eso, como ha dicho bien el diputado del Oise, el circuito de «las fugas» no termina en ese cuadrilátero Mons, Turpin, Labrusse y Baranés. «Yo oso decir —declaró el diputado Legendre— que el centro de espionaje comunista es Astier de la Vigerie.»

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



Jean Mons, que ocupaba el puesto de secretario general de Defensa Nacional, al salir en automóvil del cuartel de Reuilly, donde compareció ante el Tribunal Militar

LAS "FUGAS DE LOS SECRETOS MILITARES", UNA TRAICION EN TODA REGLA

EL JEFE DEL GOBIERNO, ACUSADO

¿POR QUE SE DETUVO AL COMISARIO DIDES?



El comisario Dides, refrescándose después de atrapar al misterioso «Charles»

EL PROBLEMA CENTRAL DE FRANCIA

LA ENCUESTA DEL ESPIONAJE EN LA ASAMBLEA DEL "PALAIS BOURBON"

El clima impresionante de la reunión del día 3 de diciembre se refleja en la crónica que puede leer en la página 60